

134

QUEHACER



Un país
amarrado

El universo jud

RS **resumen semanal**

Compendio de los más importantes acontecimientos políticos y sociales a nivel nacional.

(Disponible sólo en versión electrónica)

TARIFA ANUAL NACIONAL Y/O INTERNACIONAL (50 números) Precio único: US\$ 30.00 Paquete 2002

Deseo tomar () suscripción (es) anual (es) a **Resumen Semanal**

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____

País: _____

Telf./Fax: _____ RUC: _____

E-mail: _____

Forma de Pago:

() Cheque a nombre de **desco**

() International Money Order a nombre de **desco**

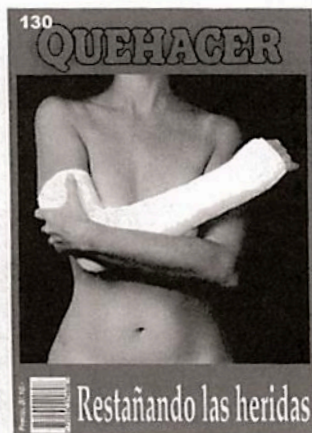
() Abono en Cta. Cte. Del Banco Wiese N° 071-1222170 DESCO/PUBLICACIONES(*)

(*) Para suscriptores extranjeros: Los costos bancarios –tanto del país de origen como de destino– corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo nacional o internacional, remitir a nombre de **Resumen Semanal**, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito. A vuelta de correo le enviaremos boleta o factura según requiera.

desco – Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo
León de la Fuente 110, Lima 17 – Perú
Telf. (51-1) 2641316 Fax: (51-1) 2640128

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

Dirección:

Ciudad: País:

Tel.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte S/.

071-2568829/DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte. US\$

071-1222170/DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

QUEHACER

Lima, enero-febrero 2002



El universo judío, un mundo complejo y poco conocido entre nosotros, ha cobrado interés debido al recrudecimiento del eterno conflicto de judíos y palestinos y aquí, desde la importante y marcada presencia israelí en el nuevo gobierno de Alejandro Toledo.

Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Annie Ordóñez

Foto de carátula y contracarátula:

Anamaría McCarthy,
de la serie Vendada, 2001

Diseño de carátula y cuidado gráfico:

Anamaría McCarthy

Diagramación y composición:

Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17,
Perú. ☎ 264-1316. Fax 264-0128

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a
nombre de DESCO.

Quehacer: Revista bimestral del
Centro de Estudios y Promoción del
Desarrollo, DESCO.

Consejo Directivo de DESCO:

Julio Gamero, Presidente; Mariana
Llona, Jorge Noriega, Carlos Reyna,
Alberto Rubina, Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

[http:// www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm](http://www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm)
e-mail: qh@desco.org.pe

Poder y sociedad

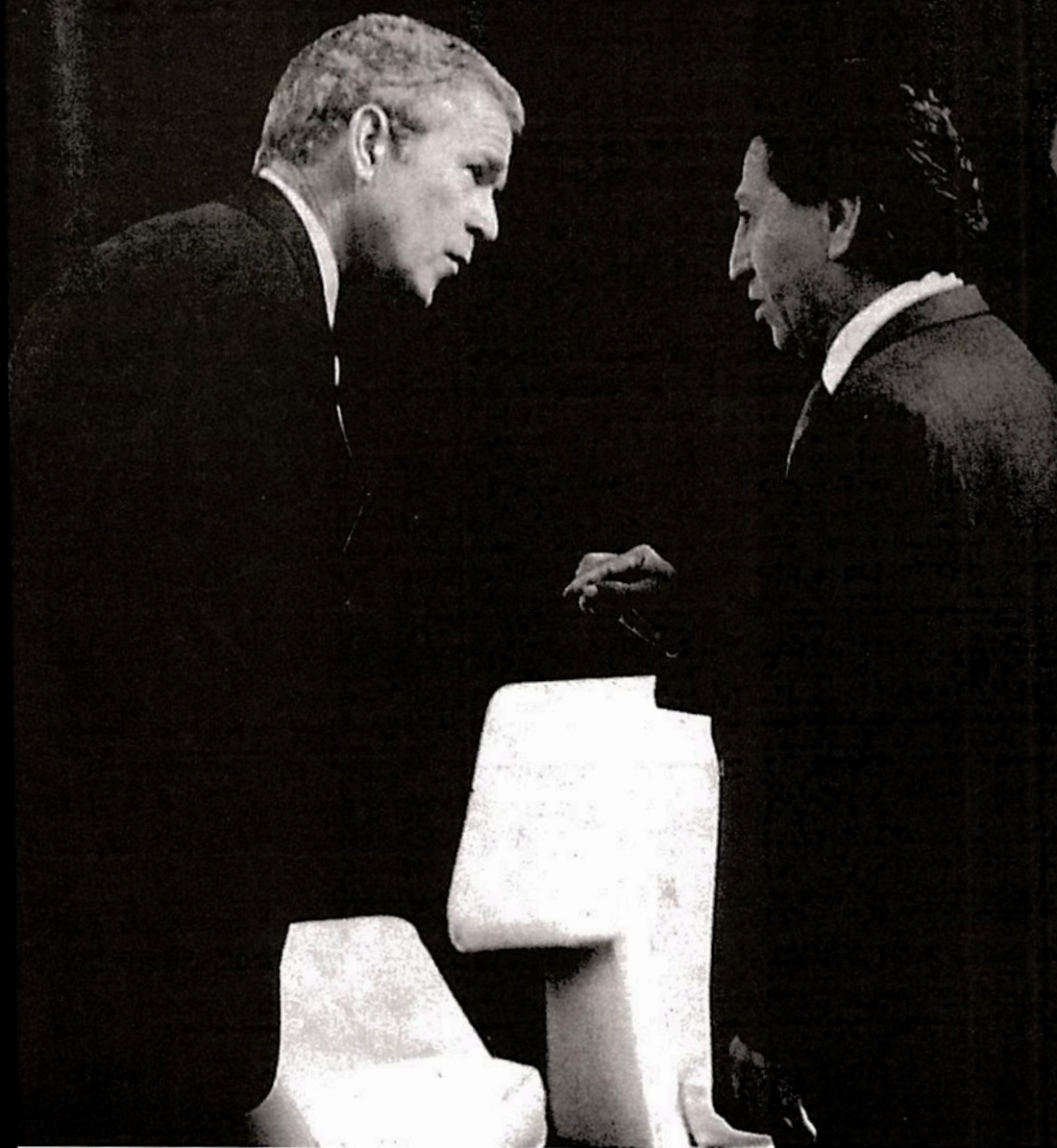
Tragedias nacionales y visita de George Bush	5
Un héroe americano / <i>Carlos Franz</i>	8
Cómo pasar una temporada en el Perú y sobrevivir para contarlo / <i>Nicolás Yerovi</i>	13
La jungla sin justicia / <i>Shane Green y Mamais Juep Green</i>	21
Lumpen-empresariado y derrumbe del fujimorato / <i>Alberto Vergara</i>	24

El universo judío

La diáspora judía	31
La panaca Toledo y el segundo círculo / <i>Francisco Durand</i>	32
Un conflicto sin solución a la vista / <i>Una entrevista con Isaac Bigio por Abelardo Sánchez León</i>	38
Medio Oriente: ni shalom ni salam / <i>Ramiro Escobar La Cruz</i>	46
Mi gurú / <i>Eduardo Said</i>	53
La identidad compartida / <i>Roberto Lerner</i>	60
Los judíos llegamos huyendo / <i>Una entrevista con Isaac Mekler por Abelardo Sánchez León</i>	72
Inventores de sueños / <i>Emilio Bustamante</i>	80
La vida modificada de Jacobo Lerner / <i>Melvin Ledgard</i>	86
Hijos del libro: escritores americanos judíos / <i>Peter Elmore</i>	92

Cultura

«Siempre digo que no escribo poesía para que no me jodan» / <i>Una entrevista con Rodolfo Hinostroza por Abelardo Sánchez León y Martín Paredes</i>	98
Historia de tres inocentes palabras / <i>Guillermo Nugent</i>	106
<i>Canto premiado</i> / <i>Una entrevista con Jorge Nájar por Sara Beatriz Guardia</i>	110
Permiso para escribir / <i>Martín Paredes y Ricardo Zavaleta</i>	114
No cruzarás dos veces la misma calle / <i>Una entrevista con Óscar Malca por Martín Paredes y Ricardo Zavaleta</i>	120
«El meñique de la suegra» y los orígenes de la novela policial en el Perú / <i>Ricardo Sumalavia</i>	122



Tragedias nacionales y visita de George Bush

La visita de George W. Bush aparece como la buena noticia, después de todas las tragedias ocurridas en el país a finales del año pasado e inicios del 2002: incendio en Mesa Redonda, lluvias descomunales en la sierra, asesinato de colonos a manos de los Aguaruna, amago de invasiones de tierras urbanas, a lo que se podría añadir el fracaso de la activación económica, el nulo crecimiento de la tasa de empleo, la figura dubitativa del presidente Toledo y la peligrosa consolidación de una oposición con reminiscencias fujimoristas en numerosos medios de comunicación escrita y televisiva. El gobierno considera que la visita de George W. Bush es la buena nueva ante tanto castigo natural y humano que hemos recibido.

En general, salvo en el mundo desarrollado, y no siempre, los gobernantes norteamericanos no suelen ser bien recibidos. Hace poco, en Corea del Sur, quemaron numerosas banderas de los Estados Unidos en un viaje oficial del presidente Bush. La administración norteamericana se preguntará cuál será la reacción del pueblo peruano cuando venga Bush sólo por un día, como en visita de médico. Si juzga por el accionar violento de algunos gremios, no dudará en apostar por un recibimiento hostil, de esos que apuntan a mostrar al mundo la imagen de un país en pie de lucha, en defensa de sus derechos y por la reposición en sus cargos, cuando fueron despedidos por el gobierno de Fujimori sin que el gobierno de los Estados Unidos dijera nada.

Pero los tiempos cambian. Pocas son las personas que recuerdan el recibimiento agresivo de los estudiantes sanmarquinos a Richard Nixon, cuando visitara el país siendo vicepresidente de Eisenhower, a quien escupieron e intentaron meter en la pileta de su patio ancestral. Esos eran tiempos de enfrentamiento ideológico contra el imperialismo yanqui, cuando las fuerzas izquierdistas y apristas tenían influencia entre el alumnado. Hoy, más bien, quizá debido a la globalización, prevalece una visión más pragmática, sobre todo en una juventud que sueña con migrar al país del norte. Es muy probable que Bush sea

recibido por esos sectores como el Tío Tom o el Tío Rico Mac Pato, ofreciendo ayuda y planes para reducir la pobreza o aumentar el empleo, ya que la relación que acostumbra establecer con los países son de socio o de enemigo, según estén con ellos o contra ellos. Después de la guerra con Afganistán, sus nuevos socios quieren ganarse algo: Rusia, sin duda, Pakistán, India, además de la Inglaterra de Tony Blair, por cierto. En ese reparto, América Latina ha quedado abandonada a su suerte y los Estados Unidos no se han dignado mirarla, ni siquiera ante el desplome financiero de la Argentina. Si Argentina hubiese sido México, otro sería el cantar, a juzgar por la ayuda que recibieron sus vecinos del sur en 1994.

América Latina no pasa por un buen momento político y, sin embargo, los líderes responsables en gran medida de sus actuales tragedias, podrían volver. En la Argentina, Carlos Menem, aunque sea difícil de creer, podría regresar a la Casa Rosada; el presidente Cardoso, en Brasil, se va quedando solo; Toledo no supera el 27% de aprobación y figuras como Alan García se permiten tomarle el pelo: decir, por ejemplo, que resulta peligroso sentarse a concertar con un presidente que goza de tan baja popularidad o que Toledo es un piloto que le pide consejo a los pasajeros; en Ecuador hay dos ex presidentes en el exilio (Bucaram y Mahuad) y no sería raro que el primero intente volver a la política activa; Colombia arde y las FARC secuestran, matan y atentan contra las próximas elecciones presidenciales, en las que sobresalen las figuras grises de Serpa y Uribe; Venezuela es un polvorín con un Chávez embravecido. Si la administración norteamericana se ha dignado echar una rápida mirada a la América del Sur, podemos conjeturar que la visita de George W. Bush persigue dos propósitos: buscar socios para el Plan Colombia comprometiéndolos de manera más firme con sus objetivos, erradicar la subversión y el narcotráfico, para lo cual no se descartaría el viejo sueño de forzar la creación de una fuerza de intervención continental; y propiciar en el área gobiernos y actitudes más firmes en defensa de la estabilidad y la democracia. A cambio de ello, ayudar a los países andinos en su relación preferencial con los Estados Unidos: la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas (ATPA). La agenda estará cargada de drogas, de narcotraficantes, de subversión y terrorismo, pero estarán ausentes los temas del desarrollo económico, de las políticas sociales o de cómo contribuir a fortalecer un sistema judicial ejemplar que pueda hacerle frente a los gobiernos corruptos.

La democracia, tal como ha funcionado en los últimos veinte años, ha convivido, sin mayores contratiempos, con niveles de corrupción nunca antes vistos en Argentina, Perú, Brasil, Paraguay, Ecuador y Venezuela. La brecha entre los ciudadanos y su clase política se ha profundizado. El común de los mortales ve con indignación cómo los políticos se suceden y se protegen en el poder con el exclusivo afán de robar. Y sospechan que éstos cuentan, en algún grado y en algún nivel, con la complicidad o la permisividad de algunas agencias norteamericanas en los negocios de las drogas y las armas. Figuras tan polémicas como Vladimiro Montesinos y Osama bin Laden tienen en común el que ambos han sido formados por la CIA, ambos manejan o manejaban hilos de poder internacional y ejercían el poder ya sea directamente desde el gobierno o respaldados por un Estado.

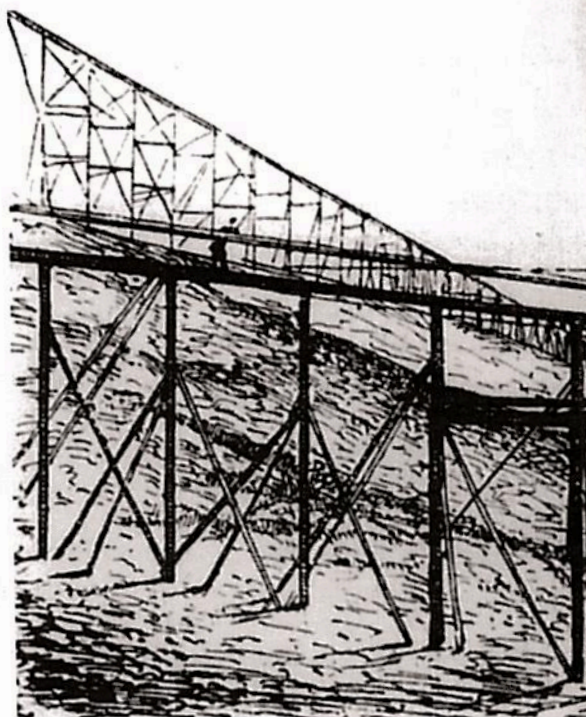
Preocupa, por eso, que se insinúe como noticia principal un mal uso de los fondos públicos en el actual gobierno: ministros de Estado que engordan durante su gestión o dispendiosos viajes, como el de Toledo y su comitiva a la China, o ahora último la supuesta compra o proyecto de compra de un costoso helicóptero para el presidente, cuando todavía no se da por cosa juzgada a la mafia de Fujimori y Montesinos, cuyos millones de dólares se esconden en diversos bancos del extranjero. Poca cosa, en verdad, si se mide con el rasero de la credibilidad pública que tales acusaciones suscitan. Pero junto a ellas está el despliegue de reproches y críticas a la gestión del presidente Toledo, que tienen amplia acogida en la opinión pública y que afectan directamente a la gobernabilidad. Con justa razón o sin ella, vastos sectores de la población se movilizan, con frecuencia preocupante, en defensa de sus reivindicaciones.

Suena paradójico, pero contribuir al desplome del actual gobierno significa levantar la sombra fujimorista y darle vida. La lentitud de las medidas reactivadoras en la economía, los errores del mandatario, sus frecuentes contradicciones, la sensación de desinteligencia entre el Ejecutivo y el Congreso, y en el seno del propio gobierno, la falta de reacción ante boxeadores políticos del calibre de Alan García o Montesinos, explicaría la urgente necesidad de ofrecerle una mano al Perú por parte de diversos gobiernos extranjeros, entre ellos el norteamericano, que consideraría la visita de un día del presidente Bush como una forma de respaldo a un país que sale con serias dificultades de una dictadura despiadada, e intenta forjar una democracia en los tiempos del cólera. ■

Un héroe americano

En medio de la actual pax americana, estas reflexiones sobre mierda e inocencia en la fundación de los imperios.

CARLOS FRANZ*

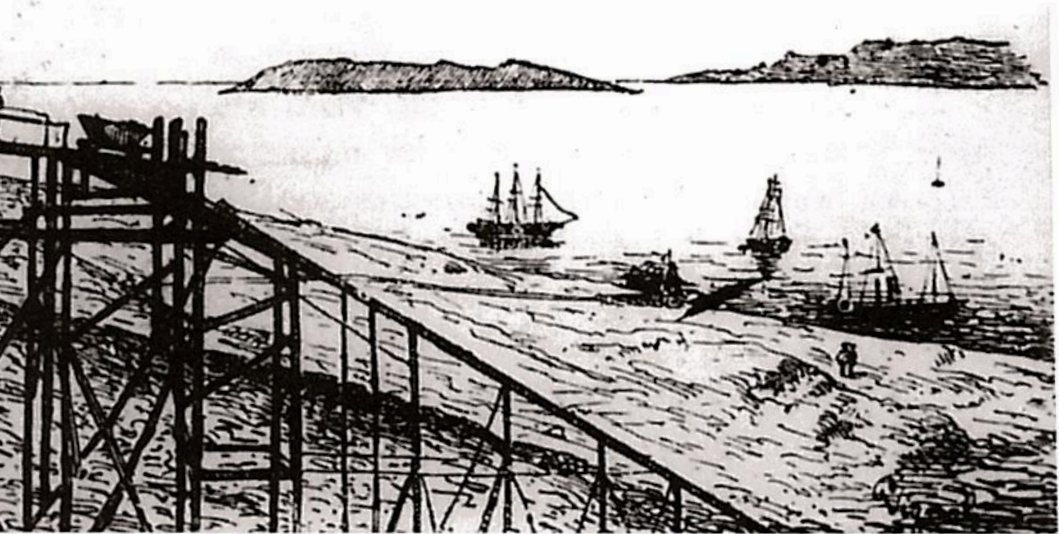


«Schley —el héroe que rescata Carlos Franz con EEUU, para extender la civilización y la cris-

La nieve sucia. Los pies de los transeúntes pisoteando la nieve frente a la pequeña ventana de mi subterráneo. Yo era muy joven y vivía en Washington D.C. Tenía poco dinero, no conocía a casi nadie, y escribía todo el día encerrado en ese oscuro **english basement**, donde roncaba la caldera que calentaba la vieja casa por encima de mí. Y cada vez que levantaba la cabeza veía esos enérgicos pies apresurados, ensuciando la nieve. Cuando un amigo rascó el vidrio, esa mañana, y me invitó a acompañarlo en un paseo fuera de la ciudad, no titubeé ni un momento en escapar.

Annapolis es un pequeño puerto de estilo colonial, alojado en un seno cristalino de la bahía de Chesapeake, entre los bosques de Maryland. Cientos de miles de turistas estadounidenses

lo visitan cada año. Es un destino obligado del patriotismo americano, pues es sede de la Academia Naval (donde se tornea el musculoso y largo brazo de los marines); a la vez que alberga el capitolio más antiguo de los Estados Unidos, aun en uso. Entré en él. Había memorabilia de la Independencia, retratos de congresistas olvidados, banderas polvorientas. Y al fondo un grupo de turistas, con sus gorras de béisbol respetuosamente en la mano, todos rodeando aquella estatua dorada de un oficial con la mirada de bronce perdida en mares y glorias pasadas. El pedestal nos informaba que el contralmirante Winfield S. Schley (1839-1911) fue el triunfador en la batalla de Santiago de Cuba, librada el 3 de Julio de 1898, durante la guerra Hispano-Americana. En ella, la armada americana, comandada por Schley, destruyó completa-



limpia pluma—, buen amigo de Teddy Roosevelt, fue un convencido del destino imperial de los Estados Unidos a través del comercio». (Grabado sobre cargamento guanero).

mente a la flota española del almirante Cervera sellando la derrota de España. No pude evitar estremecerme un poco: este fue el golpe de gracia que dio fin a 400 años de imperio español en América; a la vez, de allí surgió el imperio americano de ultramar, con la adquisición de Puerto Rico y las Filipinas. La muerte de un imperio, el nacimiento de otro... Y en ese vértice épico, este héroe. Los turistas se descubrían respetuosos, le mostraban la estatua a sus hijos y le daban el paso al siguiente en la fila. Menos yo, que me quedé clavado allí, estorbando a los patriotas, cap-

turado por el nombre de esa otra batalla que descubrí inscrita en el pedestal de Schley, un poco más abajo: «Islas Chinchas».

Evoqué esos islotes perdidos frente a la desértica costa peruana. Las tres rocas calvas chorreadas de excremento de pájaro. Como buen latinoamericano, sabía que ignoraba nuestra historia. ¡Pero no hasta ese extremo! ¿Cuándo ocurrió aquella batalla tan memorable que merecía estar inscrita junto a la de Santiago de Cuba, en el monumento de semejante héroe americano?

Al día siguiente, al volver a Washington D.C., me fui a la biblioteca del Congreso y me senté a investigar esta otra batalla del héroe.

Las Islas Chinchas son unos promontorios desérticos, en los 13°, 32' de latitud sur, a 13 millas de la costa de

* Carlos Franz es chileno. Su más reciente novela, *El lugar donde estuvo el paraíso*, ha sido traducida a ocho idiomas y llevada al cine en España. Actualmente es *Visiting fellow* en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Este artículo fue publicado originalmente en la revista inglesa *Granta*.

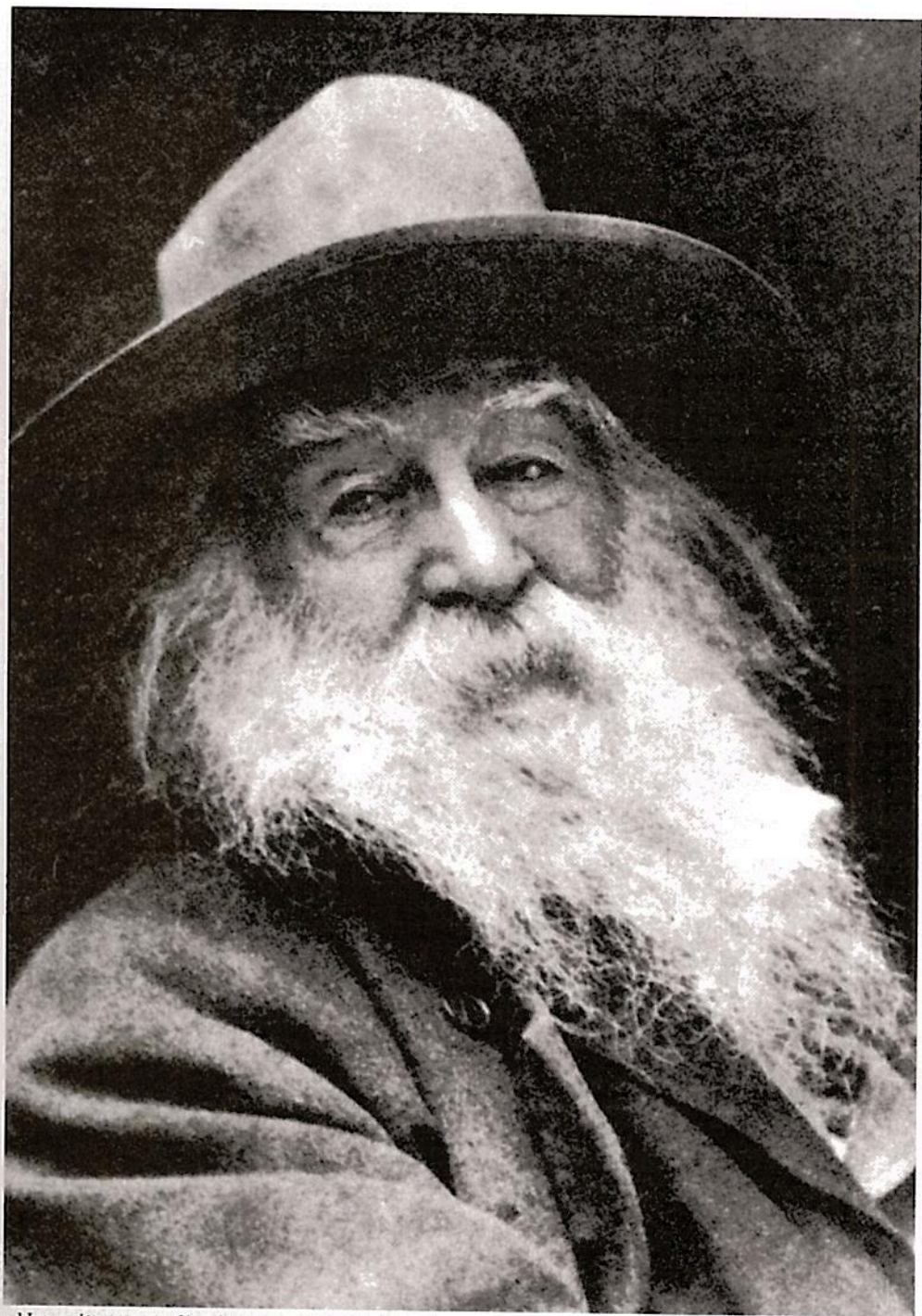
Pisco, en el Perú. Hasta comienzos del siglo XX fueron las principales proveedoras de guano, es decir de excremento de pájaro, utilizado entonces como fertilizante por medio mundo. El monopolio del comercio del guano era británico, la flota mercante que lo atendía era estadounidense, y el gobierno peruano cobraba los impuestos. En la base de esa pirámide de explotaciones estaban los esclavos, hundidos hasta el cuello excavando mierda de pájaro. En su mayoría eran chinos comprados en Shanghai. (Después he concluido que entre ellos deben haber estado también los penúltimos Rapa Nui, los primitivos habitantes de la Isla de Pascua, que unos años antes habían sido secuestrados en masa, incluyendo a su último rey y a todos sus sacerdotes, para explotarlos hasta la extinción en estas islas cagadas).

En 1865, una guerra de opereta enfrentaba a Chile y Perú contra España, precisamente por la posesión de esas rocas. En medio de ella, el joven y bravo teniente Schley llegó a la zona a bordo del USS Wateree, un barco de palas armado como buque de guerra, para proteger los intereses americanos. Durante algunos días no tuvo nada que hacer. Luego, repentinamente, asomó la ocasión que iniciaría su gloriosa carrera de armas. Durante la noche del 25 de enero de ese año, más de 400 esclavos se rebelaron en la Isla del Medio y mataron a sus guardianes. Sin duda, pretendían aprovechar la crisis para evadirse de su infierno. Un oficial peruano llegó a pedir ayuda al barco americano. Schley no se hizo de rogar, desembarcó y condujo a sus hombres en una heroica carga subiendo un estrecho sendero en la oscuridad, hasta lo alto de un acantilado. Desde arriba, los esclavos bombardeaban a los invasores con piedras y, es de suponer, con mierda. «Al llegar a lo alto de los riscos, las fuerzas Americanas fueron desplegadas y

abrieron fuego sobre los revoltosos...», nos confiesa Schley, con profesional inocencia, en el breve párrafo que le dedica a esta hazaña en sus memorias. Al día siguiente, los peruanos llegaron para terminar la tarea fusilando a los cabecillas. Los esclavos supervivientes volvieron al trabajo. Los británicos volvieron a su negocio. Los españoles y los chilenos se retiraron con la cola entre las piernas. La flota mercante americana pudo seguir transportando el guano. La mierda de las Islas Chinchas siguió fertilizando el mundo. El USS Wateree levó anclas.

Traté de imaginar lo que sintió Schley al dejar atrás el sitio de su batalla. Pero no pude. Desde mi cómodo asiento en la biblioteca del Congreso me resultaba imposible concebir esas islas enfrentadas a la desolación de uno de los desiertos más secos del mundo, las bandadas de pelícanos aullando en la inmensidad del océano, los morros grises, calcinados. En las grietas el guano, acumulado hasta 20 metros de altura, durante siglos. Y hundidos en él los esclavos, excavando bajo el sol brumoso del Perú. No hay palabras suficientes. Quizá sólo se pueda exclamar: «**The horror! The horror!**», como dice Kurtz, en *Heart of Darkness*, la novela de Joseph Conrad. Pero Schley sólo había dicho «**Fire!**».

La comparación no es caprichosa. Schley, como Kurtz, estuvo en el Congo, remontó el mismo río en 1887, sólo diez años antes de que lo hiciera Conrad. Al comienzo de la novela vemos un barco de guerra que cañonea un invisible campamento de nativos sublevados: «En la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el agua, allí estaba ese barco, incomprensible, bombardeando un continente». Schley, buen amigo de Teddy Roosevelt, fue un convencido del destino imperial de los EEUU, para extender la civilización y la cristiandad a través del comercio.



«Un grito en medio de la multitud./ Es mi propia voz rotunda, arrolladora y final». Walt Whitman (1819-1892) presenció la fabulosa expansión de aquella época en los EEUU: el empuje hacia el oeste, la rápida construcción de las ciudades, la llegada de inmigrantes, el proceso de la democratización, la gran guerra civil, el desenvolvimiento industrial posterior.

Kurtz escribe su reporte para la «Sociedad Internacional por la Supresión de las Costumbres Salvajes», con el mismo objetivo; pero al final anota febrilmente, cansado de tantos eufemismos: «¡Exterminen a todos esos brutos!»

Sin embargo, hay una diferencia crucial: Kurtz se quiebra y se hunde en las tinieblas; Schley triunfó toda su vida. Kurtz es un personaje imaginario, complejo, faustiano; Schley fue sencillamente real. En la Academia Naval de Annapolis fue ese tonto en clases que es el más ingenioso en los recreos, el típico mal alumno, al que se le perdona todo por ser el más popular entre sus compañeros. Era alegre, charlatán, y dado a las bromas arriesgadas, a cortarle el sombrero a sablazos a un periodista (sin mala intención, por supuesto). Fue condecorado por el Congreso, recibió una espada de oro. Y tiene su estatua dorada. Pero su mayor triunfo fue que jamás perdió su inocencia. En sus memorias pudo escribir: «El amor conquista todas las cosas; cuando nos llena el alma no hay muralla tan alta, ni mar tan profundo, ni isla tan desolada... como para que puedan derrotarlo».

«Amor», en lugar de «horror». Por supuesto, ¿por qué tendría que haber mencionado el horror? Cuando este se le acercó demasiado, en la forma de esos fantasmales chinos y pascuenses cubiertos de excremento, simplemente los suprimió, les disparó. Es más, sospecho que aquella noche el joven Schley no disparó sobre los esclavos de las Islas Chinchas. No, Schley le disparó a la mierda misma. Fusiló a la mierda, para mantenerla del otro lado de la luz, del lado de las tinieblas.

Y, probablemente, lo hizo porque su saludable instinto le indicó que unas islas —unas vidas— tan desoladas como aquéllas eran una amenaza intolerable para ese «amor» que menciona en sus memorias. Intuyó, oscuramente, que esos esclavos eran una negación de su

libertad, de su inocencia escolar, de su sentimentalismo de hierro, de su optimismo a toda prueba (excepto la prueba de la mierda). O los negaba a ellos o se negaba a sí mismo y a todo lo que él representaba. Es decir, en el fondo, fusiló a esos esclavos para proteger su propia inocencia.

Mirado así, Schley merece su estatua dorada. La merece incluso más por la «batalla» de las Islas Chinchas que por su gran victoria en Santiago de Cuba. En esta última ayudó a conquistar un imperio; pero en la primera hizo algo más precioso: defendió la felicidad de sus ciudadanos. Quiso salvar su inocencia. En aquellas islas desoladas Schley quiso salvar al sentimentalismo estadounidense de enfrentarse a la mierda del mundo.

Salí de la biblioteca del Congreso y bajé caminando por el mall, entre los museos. Inevitablemente, me vinieron a la mente esos versos de Whitman: «Mientras paseo por estos anchos, majestuosos, días de paz...» Los imperios, como las religiones, son peligrosos porque son simplificaciones sentimentales del infinito. Afortunadamente, su propia diversidad los desmiente y, a veces, los obliga a enfrentarse a sí mismos. EEUU no es sólo el imperio de Schley sino que también es la patria de su contemporáneo Whitman, el poeta demócrata que no temió perder la inocencia. Whitman, quien quiso ser todos los hombres, incluso los que viven en el horror y la mierda: «Yo soy el esclavo acosado, yo tiemblo cuando me muerden los perros./ El infierno y la desesperación me siguen...»

La nieve blanqueaba la silueta irreal del castillo del Smithsonian. La cúpula del Capitolio brillaba como si hubiera sido de hielo puro. Era un día tan hermoso que, de haber podido, no habría vuelto a mi subterráneo. A mi ventana desde la cual se veía la nieve sucia. ■



El año 2001 terminó dramáticamente con el incendio de Mesa Redonda y el 2002 empezó mojado con el huayco de la cuenca del Rímac. Este carro ahogado simboliza la actualidad política, recibe la arremetida cada vez más abierta de una oposición neofujimorista. (Foto: Caretas)

MANUAL PARA APRENDICES

Cómo pasar una temporada en el Perú y sobrevivir para contarlo

NICOLÁS YEROVI*

QUEHACER

Cuando un amigo visita el Perú me veo en la necesidad humanitaria de someterlo a un breve pero entusiasta curso de sobrevivencia, absolutamente imprescindible para que él entienda algo de la procelosa aventura que está por empezar y, en consecuencia, adopte la conducta pertinente para no zozobrar en el intento.

En vista de los buenos resultados logrados hasta la fecha, he discurrido que hacerlo público en las páginas de **Quehacer** es un deber conspicuo, considerando la cuantiosa lectoría de esta publicación y su particular interés por el bienestar del prójimo.

Lo primero que debe saber un visitante es que para pasar una temporada en el Perú hay que ser profundamente irresponsable. Más aún si el visitante tiene familia y dependientes en el extranjero. Para agregarle las virtudes que nos han convertido en un destino preferente para los amantes del turismo de aventura, es justo añadir que, además de irresponsable, resulta pintoresco, entretenidísimo y por demás tragicómico. No todo es riesgo ni novelable osadía. Los peruanos ya no nos damos cuenta pues vivimos habituados a este caos increíblemente concertado, pero al foráneo puede serle fatal si no está debidamente advertido. Establecida esta premisa fundamental, pasemos a considerar los detalles.

EL PEATÓN NO EXISTE

A Jean Luc le pareció muy gracioso el mensaje impreso en el envés del boleto de peaje que había recibido al momento de tomar la autopista al sur: «Emape te recuerda... RESPETA LAS REGLAS DE TRÁNSITO». «¿Alguna vez han sido respetadas?», me preguntó Jean Luc, presa de una curiosidad febril, «no veo que nadie lo haga»,

añadió. Entonces yo debí explicarle que efectivamente, todos los conductores ignoraban tales reglas pero era de buen gusto recomendar respetarlas.

Existían, por cierto, excepciones, cual era mi caso, el de un automovilista que se detenía ante la luz roja del semáforo, pero precisé que esto sólo acarrea una cadena infernal de bocinazos de protesta y alguna ocasional mentada de madre; aunque nada se podría comparar a esa oportunidad en la cual me gritaron desde un vehículo que venía detrás de mí: «¡muévete pues baboso!, ¿no ves que está en rojo?».

En el Perú es absolutamente irrelevante el color de la luz que un semáforo lleve encendida, pues nadie la considera una indicación sino tan sólo una amable sugerencia. Es que se parte del principio de que las obligaciones fueron hechas únicamente para los demás, nunca para uno que es persona importante y lo suficientemente ocupada para no reparar en esas candideces.

Si te das de narices en una calle estrecha con un carro que viene en sentido opuesto al permitido, más vale que retrocedas pues el otro tiene preferencia por derecho de concha. Los propios carros de la policía lo hacen sin que estén persiguiendo a ningún infractor: burlan los semáforos, van contra el tránsito, invaden las aceras y ponen en marcha sus sirenas y cirulinas de colores porque sus ocupantes descubren que tienen hambre y ya viene siendo hora de saciarla: nada más sentador que unos tallarines rojos combinados con huevo frito y papa a la huancaína.

A Ernesto, quien huyó del país poco después de que el segundo gobierno de Belaunde empezara a ser carcomido por una inflación que por entonces

* Periodista y escritor peruano. Su primera novela, *Caza de tantos*, fue publicada por PEISA el año pasado.

parecía galopante, sin imaginarse que tal migración al extranjero le ahorraría los años del más crudo espanto nacional, a Ernesto, digo, veinte años después de su partida, lo aterran esos vehículos chatarrosos y diminutos donde la gente viaja doblada y adocenada, esos ruidosos armatostes que los peruanos llamamos combis asesinas, pero seguimos viajando en ellas. No hay día en el cual por lo menos un par de distraídos peatones no sean desbaratados por el apresurado paso de estos veloces mamarrachos, o que éstos no terminen desgraciándose contra otros estacionados en la vía sin señales de emergencia, contra muros impertinentes o viviendas precarias levantadas a la vera del camino. Pero a nadie le importa, normal nomás, como suele decirse hoy en día ante la evidencia y la costumbre del desastre habitual.

Un detalle tragicómico es la serie de inscripciones que sobre los parabrisas posteriores o los parachoques suelen lucir los propietarios de estas mortales carrochas: «Trabaja y no envidies», «La tuya, carajo», «Lo mismo te deseo a ti»; pero además de este refranero estrambótico, también es usual hallar dedicatorias afectivas: «a la memoria de mi padre, Glicerio», el paternal «a mis hijitos Jacqueline y Jonathan», el cínico «soy fiel, no insistas», el sediento «San Pao», el autobiográfico «Depredador», el confesional «Calígula» o el apasionado «Jocelyn, te amo». Sin embargo, yo siento una particular predilección por aquellos rótulos de índole religiosa y catequística: «Lea la Biblia», estampados por el menos cristiano de los mortales.

Cabe colegir sin mayor agudeza que tanto para conductores como para las autoridades que deberían cautelar su correcto desempeño al frente del volante, el peatón no existe; y si existe, su vida no vale nada. Y hasta los propios peatones parecieran estar de acuerdo en ello ya que los casos de transeúntes que dejan de utilizar por voluntad propia los puentes peatonales y son arrolla-

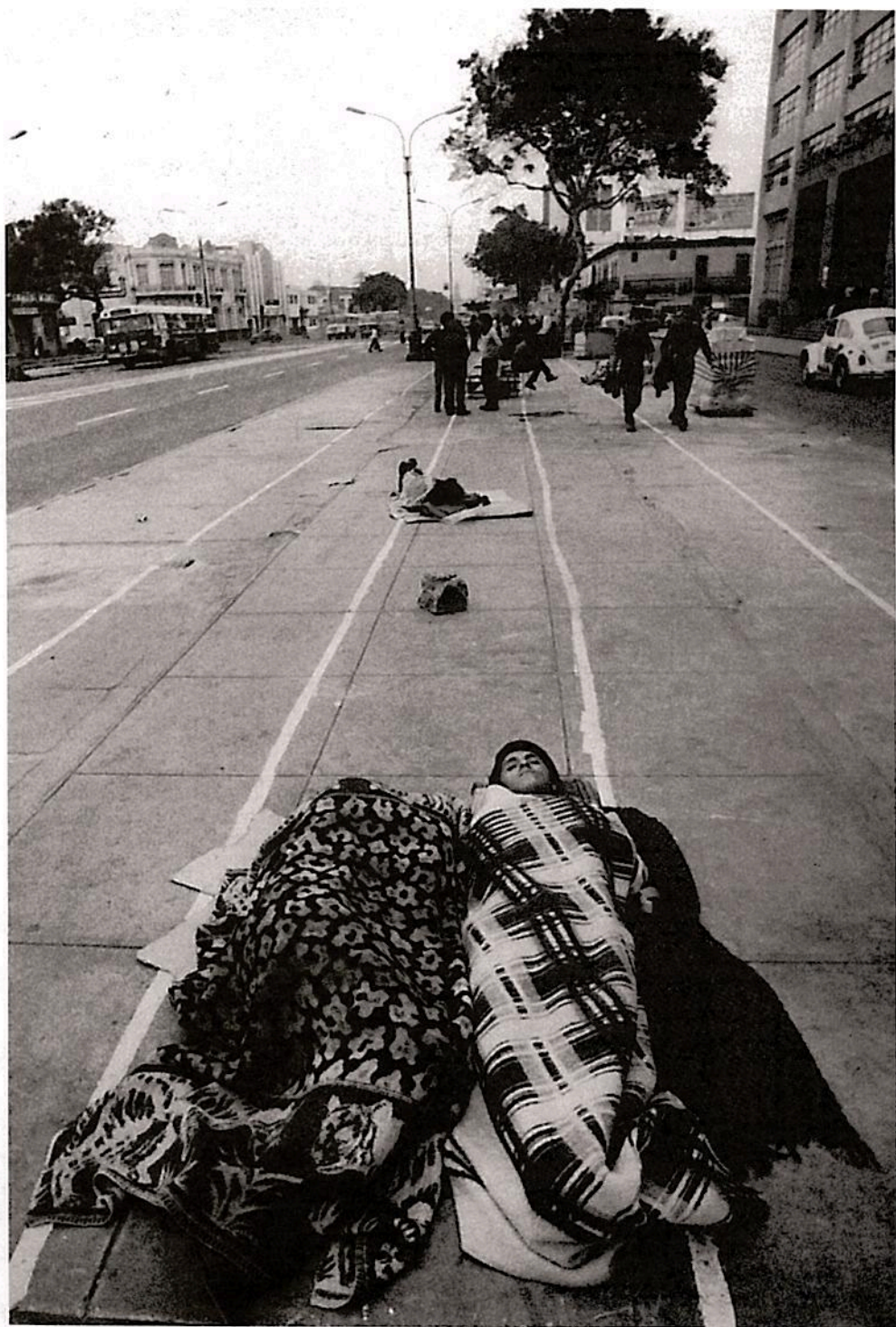
dos en las vías de alta velocidad son de lo más comunes. Al cabo, para la pobreza de vida que les ha deparado el destino, perderla no es perder gran cosa.

LA PROPIEDAD NO EXISTE

Impelidos por la miseria y organizados por una gavilla de pícaros traficantes de tierras, son decenas de miles los peruanos que eligen la estación veraniega para invadir terrenos ajenos, instalar carpas de plástico y tienduchas de esteras al extremo superior de las cuales dejan ondear percutidas banderas peruanas como si se tratara de dententes mágico-patrióticos, capaces de impedir la arremetida de la policía con el fin de desalojarlos. Estos invasores, siguiendo la misma lógica de curarse en salud, adoptan para lo que en los cincuenta llamábamos «barriadas», en los setenta «pueblos jóvenes» y ahora «asentamientos humanos», el nombre del presidente o del familiar presidencial más conocido. Así, durante la cleptocracia abundaron los asentamientos humanos «Kenya may love» o «Keiko te pasastes», como hoy, recuperada la democracia, deben proliferar los denominados «Eliane Karp estás buenaza» o «Chantal eres la voz».

En el colmo de la temeridad se ha detectado, hace pocos días, un volante distribuido en la ciudad de Ayacucho donde los promotores de la invasión de unos terrenos en Cañete dan hasta sus teléfonos para que los desposeídos se inscriban con una módica suma, y titulan el panfleto «Donación de terrenos con resolución ministerial».

Y todo esto ocurre porque, en los hechos, la propiedad no existe. La voluntad de apropiarse de lo ajeno, por el contrario, sí. Con el ejemplo que han dado el japonés volador y su socio, hoy confinado en su cárcel chalaca, ¡qué se podría esperar! Y lo curioso es que más temprano que tarde, el fruto del latrocinio inmobiliario acaba siendo reconocido y formalizado por el Estado.



La defensa del sitio: puesto callejero, lote barrial, territorio nativo ancestral. (Foto: Carlos Domínguez).

Un caso que da fe de lo antes dicho es aquél que estremeciera al país al promediar el pasado mes de enero, cuando catorce colonos perdieron la vida en la ceja de selva del departamento de Cajamarca por manos de un grupo de nativos aguarunas quienes, desde hacía varios años y respaldados por específicas resoluciones judiciales, venían protestando por la invasión de sus tierras, la misma que había sido autorizada por el poder Ejecutivo en beneficio de familias colonizadoras. Hartos de tal abuso contra sus derechos ancestrales, los aborígenes no tuvieron mejor ocurrencia que tomar la justicia por cuenta propia con los brutales resultados de un homicidio en masa. Tan cruento como estúpido corolario no hace sino poner en evidencia la ineptitud de la función pública para hacer prevalecer tanto el derecho de propiedad como la sensatez más elemental, estableciéndose, de paso, un menudo disparadero antropológico a ser tratado por especialistas antes de que desaparezcan nuestros connacionales, de ser posible.

Pero esta inexistencia de lo propio no sólo atañe al asunto inmobiliario, para llamarlo de algún modo, sino que también es extensible a los efectos personales. De otro modo no es comprensible que durante los últimos años la televisión haya propalado imágenes en las cuales un grupo de pirañitas acomete a un paseante cualquiera en determinadas zonas de Lima, lo bolsiquean y calatean ante la vista y paciencia de todo el mundo, y al respecto nadie ha hecho nada más que evitar transitar por estos reinos de la impunidad callejera. Ello sin mencionar las razones que han convertido a Lima, por ejemplo, en una ciudad enrejada, donde todos los predios cuyos ocupantes están en condición de afrontar tal gasto, están cubiertos por barrotes que más semejan una prisión que una vivienda, ocasionando que la gente honrada viva presa en sus casas y los delincuentes se paseen libres por la calle.

Pero esta creciente afición por lo aje-

no tiene, entre los más pobres que dispendian sus vidas en los desérticos e insalubres poblachos marginales, un telúrico y salvaje remedio: el linchamiento. Ladrones contumaces, fumones reincidentes, terminan sus miserables vidas enterrados vivos en los arenales luego de ser azotados por una turba de sus indignadas víctimas ante la ausencia de la autoridad policial, configurando una versión fuenteovejunesca por demás implacable y airada.

LOS DEMÁS NO EXISTEN

En su espacio radial llamado «Yo soy el público», el cual fue irradiado durante treinta años entre 1945 y la fecha de su deceso, mi padre solía repetir una frase que todavía resuena en mi memoria: «En esta tierra peruana todo el mundo hace lo que le da la gana». Si bien la prepotencia y el atropello han gozado de antiguo prestigio entre nosotros por cuanto representan una demostración del poder al cual la inmensa mayoría se siente llamada, ha sido durante las últimas décadas que este rasgo nacional ha obtenido su consagración social.

A un puñado de fanáticos asesinos que se arrogaban el derecho de hacer volar en pedazos a quien pasare por la calle cuando estallaba un coche-bomba, le sucedió un régimen político nauseabundo que se adueñó no sólo del erario nacional sino que, además, no tuvo reparo alguno en comerciar con drogas, con armas y con todas y cada una de las compras realizadas por el Estado, organizando, para ello, una banda criminal que comprendía desde el presidente de la República hasta el último grumete o avionero que se ocupaba de supervisar el correcto aijo de cocaína en el buque de la Armada o en el avión presidencial que debía transportarla al extranjero.

Así, la prepotencia y el atropello antes mencionados, de la mano con la corrupción omnipresente, pasaron de ser un uso soterrado y semi clandestino, a

ser un hábito público, expuesto sin ninguna vergüenza y hasta digno de admirarse, con lo cual la inversión de la escala de valores, cuando menos formalmente admitida, fue total y desembozada. Si el propio presidente abusaba de todas y cada una de sus atribuciones, burlándo-

bocinas y alarmas altisonantes que despedazan el tímpano ajeno y propio, con la naturalidad de quien respira.

«Los demás no existen, sólo existo yo», podría titularse este desconsiderado sainete. Y en la loca manía por prepotear poder y autoridad autodelegada,



Con la bota en la cara. La discolorada idiosincrasia nacional pareciera que añorara el mocasín autoritario de la dictadura moderna y chicha, pa' que nos ponga en su sitio. (Foto: Carlos Domínguez).

se cínicamente y despreciando la inteligencia de sus gobernados, ¿por qué no lo habría de hacer también el ciudadano común, quien aspiraba, por qué no, a ser también presidente y pasar de la condición de don nadie de la cual había partido Fujimori, a convertirse en una suerte de dios pagano?

Observe usted —me decía la tía de un viejo amigo español que anduvo de paso por Lima— cómo la inmensa mayoría porquea sus autos delante de las cocheras, y lejos de disculparse por hacerlo o argüir el pretexto de una emergencia, hasta se indignan cuando el dueño de éstas les pide que los muevan para usarlas. Constate usted cómo la ciudad entera es un desconcierto perpetuo de

hasta el más famélico de los cuidacarros se arroga el privilegio de dirigir al conductor para el efecto de parquear su coche: «aguanta, aguanta, quiebra, quiebra, ahí nomás, de frente, queda, queda», como una suerte de divinidad miserable, pero convencida.

Hace un cuarto de siglo y con una agudeza que entonces yo no alcanzaba a percibir, el poeta Luis Hernández respondió de la siguiente forma a una de las preguntas que yo le hiciera: «la sociedad ni siquiera está mal; no hay sociedad».

LA LEY NO EXISTE

Pese a que deben haber sido pro-

mulgadas decenas de miles de ellas, ninguna ley es vista como tal. Nadie cree tener deberes, tan sólo derechos. Y ante el embarazoso contratiempo de tener que afrontar una acusación en el Poder Judicial, sabido que tal poder del Estado es tan o más corruptible que los otros de acuerdo a la tradición nacional y a la reciente experiencia fujimontesinista, nadie se preocupa de tener razón sino el dinero suficiente para torcer la mano jurisdiccional.

El desgraciado caso del incendio que cobró 267 vidas en el centro comercial de Mesa Redonda el pasado 29 de diciembre del 2001, no hace sino demostrar que las ordenanzas municipales prohibiendo el mercadeo callejero y la ley que impedía la importación de artefactos pirotécnicos detonantes, no eran sino estúpidas consideraciones retóricas que a nadie interesaban. La misteriosa desaparición del cordón policial que debía impedir el ingreso a la zona de los vendedores ambulantes, días antes de la tragedia, corrobora el hecho de que, en primer lugar, las autoridades presumían el incumplimiento de la ordenanza, y, en segundo lugar, muy probablemente los agentes del orden fueron económicamente persuadidos de dejar la cancha libre en beneficio, tanto de proveedores como de comerciantes al menudeo. En suma, el despropósito total.

Eventos de esta cruel naturaleza no hacen sino subrayar que el país, tal y como lo ha dejado la horrible dictadura felizmente fenecida, es un país que no resulta susceptible de ser transformado. Las heridas en el tejido social, económico y moral del mismo son de naturaleza tan sustantiva que, sin duda, es menester no sólo transformar sino refundar la república.

LOS CULPABLES TAMPOCO EXISTEN

Porque en el Perú faltarán muchas cosas, pero concha sobra. Todos son

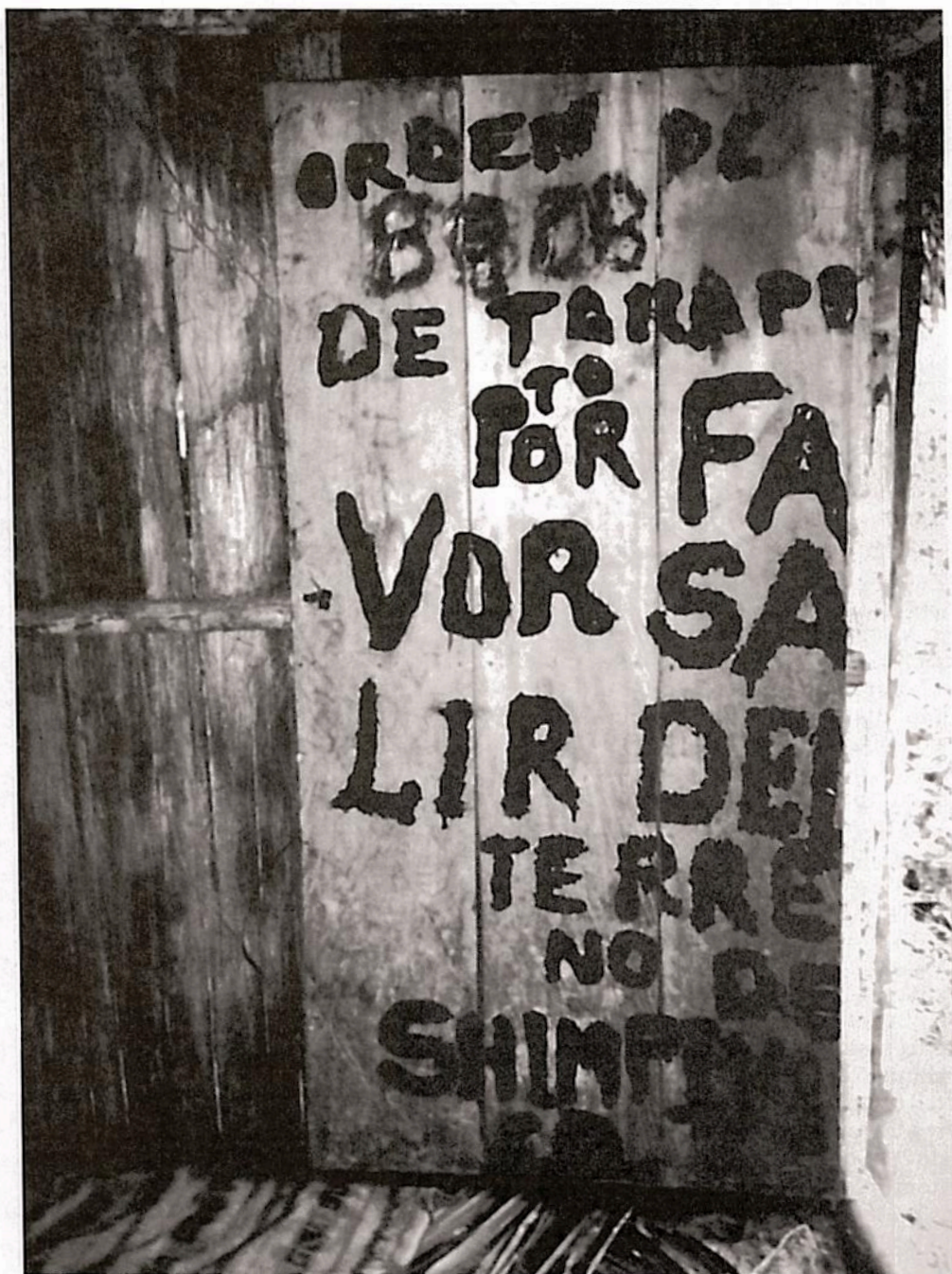
inocentes. Los hemos visto en las pantallas de nuestros televisores recibiendo millones de dólares que más parecían maquetas de arquitecto para un conjunto habitacional, de manos de Montesinos, pero ninguno admite haber robado, «era para comprar un camioncito y hacer labor social», dice uno, «era una contribución para mi campaña electoral», dice otro. El apátrida cobarde que vive en Tokio bajo la complicidad del gobierno nipón ha firmado todos los decretos secretos de urgencia que dispendiaron más de mil novecientos millones de dólares, muchos de ellos en pleno conflicto bélico internacional, según señalan las investigaciones realizadas, pero él se denomina un perseguido político. ¿Alguno de estos altos jefes militares con millonarias cuentas en Suiza ha reconocido públicamente su delito, le ha pedido perdón al país, ha sido degradado en público? Ninguno.

A qué grado de cinismo habrá arribado el avatar nacional que en el inconsciente colectivo ha llegado a calar la frase «voy a decir mi verdad». «La verdad», que es una sola, en el Perú ha dado paso a la verdad de cada quien. Nadie habla de «mi versión», «mi punto de vista», aquí hay tantas verdades como habitantes.

ENTRE LA LÁSTIMA Y LA ENVIDIA

Cuando acompañé al aeropuerto a Wolfgang para despedirlo, luego de que disfrutara la procelosa aventura de residir un par de meses en el Perú cumpliendo labor periodística, aquella de informar a sus lectores suizos acerca de la tragicomedia nacional, algo había de lástima en su mirada, cosa que me ofendió en el más escolar de mis orgullos patrios, pero luego percibí con beneplácito que en esos mismos ojos compasivos refulgía un no sé qué de envidia. Claro, con lo aburrido que debe ser vivir en Ginebra...

Entonces, por un instante, fui feliz. ■



Aquí en plena selva, entre los límites de las comunidades nativas Aguaruna «Shimpiyacu» y «Cachiyacu», aparece un tambo construido por colonos en territorio nativo. En la puerta descubrimos el aviso dejado por los Aguaruna de Shimpiyacu y dirigido a su dueño; dice: «Orden de Tarapoto. Por Favor Salir del Terreno de Shimpiyacu». Un día después de nuestra llegada a este sitio llegó su dueño con un compañero que nos confesó lo siguiente: se trataba de su primera visita a la selva del Alto Mayo en «búsqueda de terreno.»

La jungla sin justicia

SHANE GREENE, ANTROPÓLOGO, UNIVERSIDAD DE CHICAGO, EEUU.

MAMAI JUEP GREENE, COMUNERA DE LA COMUNIDAD AGUARUNA, BAJO NARANJILLO, SAN MARTÍN

Los violentos eventos transcurridos el jueves 18 de enero en la selva norte del departamento de Cajamarca, en los que indígenas del grupo étnico Aguaruna aplicaron justicia propia en defensa de su territorio nativo legalmente constituido, fueron transmitidos ampliamente por las noticias nacionales e internacionales. Aunque estamos viviendo fuera del país y conocimos dichos sucesos por medio de la versión norteamericana, nos sentimos obligados a contextualizar de manera más amplia estos eventos infortunados. Como antropólogo, trabajé más de dos años en varias comunidades Aguaruna en los departamentos de San Martín y Amazonas, y mi esposa es comunera de la comunidad nativa Bajo Naranjillo, del departamento de San Martín.

La muerte de casi veinte colonos es el resultado de la ocupación ilegal del territorio de la provincia fronteriza de San Ignacio perteneciente a la comunidad Aguaruna de «Los Naranjos», y de la constante presión campesina por conservar unas cuantas hectáreas de tierra para el cultivo de café. No pretendemos argumentar a favor de la respuesta violenta y extrema de algunos indígenas contra el asentamiento Flor de la Frontera. Sin embargo, es importante explicar la situación que venía presentándose en la zona Aguaruna desde años atrás. Los co-

muneros de la comunidad Aguaruna afectada habían buscado el desalojo de los colonos a través del poder judicial, sin lograr ninguna acción concreta por parte de los funcionarios locales competentes para el caso. Debido a la falta de acciones judiciales necesarias para el desalojo de los colonos del terreno nativo, el juez provincial implicado será sujeto a una investigación. Se sospecha, además, que éste participaba en un «doble juego», transmitiendo mensajes contradictorios a las dos partes: a los Aguaruna les decía que debían solucionar el problema haciendo uso de su costumbre, mientras que a los colonos les decía que tenían razón en quedarse en el terreno ocupado.

Es muy triste que un acto de violencia de esta magnitud sea la única forma de llamar la atención de las autoridades estatales y de los ciudadanos peruanos sobre un problema que data de varios años. Aunque el conflicto entre colonos y nativos es mucho más complejo y más amplio, los titulares de la prensa no se preocupan por contextualizar históricamente los eventos del 18 de enero, que son enfocados de manera simplista en «el ataque de los nativos en contra de los colonos». La invasión del territorio nativo (reconocido pero no respetado) y la apatía del poder judicial impulsaron las acciones violentas de algunos Aguaruna de San Ignacio, situación que se presenta a lo

largo de la selva peruana y en toda la amazonía de América del Sur. Irónicamente, en las últimas décadas el Estado ha titulado territorio a cientos de Comunidades Nativas bajo la Ley de Comunidades Nativas de 1974; pero en lugar de resolver los problemas y de

en agresiones de los colonos hacia los indígenas Aguaruna. Así, en las comunidades nativas de Chamikar y Tsuntsunsa, en el departamento de Amazonas, fueron asesinados el señor Tibijam y el señor Nugkagkit a raíz de conflictos entre comunidades nativas



Es una foto en la cual se ve claramente la ironía de la selva. El límite oeste de la Comunidad Nativa Aguaruna «Alto Naranjillo» es un «Bosque de protección». Se nota una contradicción evidente: el descubrimiento de un «Bosque de protección» que se encuentra sin protección alguna.

ser una forma legal de protección territorial efectiva, los nativos amazónicos siguen sufriendo la colonización de sus tierras y preguntándose si sus títulos de terreno comunal tienen algo más que un valor simbólico. Entre los Aguaruna, son múltiples y de vieja data los casos de colonos que han invadido los territorios reconocidos legalmente como nativos. Además, el problema se agrava por la falta de mediación y acción por parte de la policía y el poder judicial frente a las denuncias de los Aguaruna. En casos anteriores, los conflictos territoriales han resultado

y asentamientos campesinos recién establecidos.

En 1999 participé en el replanteamiento de los linderos de varias comunidades Aguaruna por el Río Mayo, en el departamento de San Martín, con técnicos del Ministerio de Agricultura. De las 13 comunidades Aguaruna reconocidas, 7 de ellas (Bajo Naranjillo, Alto Naranjillo, Alto Mayo, Shimpiyacu, Cachiyacu, Yarao, y Kusu) están sufriendo invasiones significativas en sus territorios titulados. En varios de estos casos, el Ministerio de Agricultura, por su propia naturaleza burocrática y su

falta de conocimiento de la realidad territorial y política de la selva, otorgó títulos provisionales a colonos en terrenos ya titulados a los nativos, sobreponiendo títulos de propiedad y agravando el conflicto entre nativos y colonos. Además, en un supuesto intento por solucionar los casos de invasión de terreno nativo en el Alto Mayo, funcionarios del Ministerio de Agricultura presionaron a los nativos para que otorgaran derechos usufructuarios a los colonos, creando una serie de terrenos «cedidos en uso» para los colonos dentro de territorio Aguaruna. Debido a la presión de dichos funcionarios, la propuesta fue aceptada y aplicada en el Bajo y Alto Naranjillo, pero con un notable resentimiento por parte de los nativos, que no tuvieron otra alternativa para solucionar el conflicto. En otros casos, los nativos no aceptaron tal propuesta y siguen luchando por sus derechos territoriales y por el debido respeto que tanto hace falta. Hoy en día, la comunidad nativa de Shimpiyacu se enfrenta con docenas de colonos que se niegan a retirarse de los terrenos indígenas. Han sido varias las denuncias de los líderes Aguaruna ante el poder judicial correspondiente en Moyobamba, sin recibir ninguna acción judicial hasta el momento.

La falta de acción por parte de los jueces y encargados del Ministerio de Agricultura ha sido justificada por la carencia de los fondos estatales suficientes para remover y trasladar a los colonos. Así, dichos funcionarios evaden su responsabilidad y buscan que los colonos e indígenas solucionen sus problemas por medio de un acuerdo mutuo, lo cual suele ser muy difícil considerando los intereses radicalmente opuestos de las dos partes. En efecto, los Aguaruna no sólo poseen los títulos legales sobre el territorio, sino que siguen practicando un modo de vida caracterizado por la caza, la pesca y la tala y quema; un estilo de vida tradicional en el cual se necesita un territorio extenso de bosque relativa-

mente no intervenido, aunque algunos nativos tengan algunos cultivos para el consumo comercial también. Por otra parte, los colonos, normalmente andinos y en algunos casos desesperados por su propia pobreza, llegan a la selva en busca de terreno para establecer cultivos comerciales, como el café y el arroz. Su primera tarea al llegar a la selva es talar el bosque y sembrar sus cultivos, lo cual resulta en la destrucción ecológica que a su vez afecta de manera directa el medio de subsistencia de los Aguaruna. Estos son apenas unos pocos ejemplos de la multiplicidad de problemas que resultan de la colonización descontrolada y la falta de acción estatal para combatirla, tanto en territorio Aguaruna cuanto a lo largo de la selva peruana, donde diversos grupos indígenas habitan y enfrentan problemas semejantes.

Con respecto al rechazo violento de los Aguaruna en contra de la colonización de sus tierras en la selva norte, el congresista Luis Guerrero inspeccionó el sitio de los hechos y prometió establecer una comisión para investigar las causas y a los funcionarios judiciales que ignoraron en repetidas ocasiones el problema de la invasión territorial de los terrenos nativos. Esperamos que la moción del Sr. Guerrero no se limite a producir una investigación a corto plazo que determine únicamente las causas inmediatas de este caso. Ya es hora de que el Estado peruano reconozca su implicación en estos conflictos al fomentar e ignorar los efectos de la colonización descontrolada en la selva. También es hora de que el Estado establezca y dé cumplimiento al orden territorial en la selva, empezando por el reconocimiento y el firme respeto de los pueblos indígenas, que sin lugar a dudas poseen un derecho histórico sobre sus territorios. Consideramos que a largo plazo la declaración y el cumplimiento de la titulación del territorio nativo beneficiará tanto a los agricultores colonos como a los pueblos nativos. ■



Refrescando la memoria. Los videos de Montesinos derrumbaron al régimen corrupto de Fujimori. La lentitud de la justicia, sin embargo, aviva los escombros de la antigua mafia. (Foto: Caretas).

Lumpen-empresariado y derrumbe del fujimorato

ALBERTO VERGARA*

*El apego que se muestre al gobierno absoluto
guarda proporción directa con el desprecio que se profese
por su país.*

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *EL ANTIGUO RÉGIMEN Y LA REVOLUCIÓN*

Catorce de setiembre del 2000, el dueño de uno de los bancos más poderosos del país prende el televisor y ve a un criollísimo Alberto Kouri recibiendo unos dólares con los que él se limpiaría los zapatos. De pronto el ambiente le parece familiar y recuerda su estadía en esa misma sala; recuerda que le propuso a Montesinos eliminar la segunda vuelta para evitar que Fujimori tuviese que llegar a 50% (a lo que Vladimiro Montesinos respondió que había una legalidad que respetar, que eso implicaba una reforma constitucional y todo un proceso), recuerda también otros diálogos: yo tengo unas ideas para hacer negocios con el Estado, hermanito, cómo no, le respondió Vladimiro. En fin, ya está sudando con tanto recuerdo sin nostalgia y empieza a convocar a sus allegados, también horrorizados ante la difusión. El banco entero ya sabe que allí en el último piso hay problemas, y cada uno de ellos llevará el temblor a sus respectivas casas generando un sismo social.

En otro punto de la ciudad, un importante **broadcaster** observa en Canal N a Kouri arqueándose, estirando la espalda, está solo en una oficina, la escena empieza a parecerle familiar, esa mesa yo la conozco piensa, la imagina cubierta de billetes y... sí, esa es. Allí mismo recibió diez millones de dólares. Coge el teléfono, llama a su director general mientras de pie riega su angustia con un potente whisky y sigue mirando la televisión. El director sube asustado, esto no puede ser exclama, coge el anexo y le ordena a la secretaria que llame al general Perencejo y a ese ministro tan bien hablado, la secretaria ha sentido una voz alterada, se lo comenta a su vecina. De esta manera, casi como un ébola de la inmundicia secretado desde la oficina principal, el canal entero es contagiado por el pánico de la mafia.

Estas escenas se repitieron por todo el país. Periodistas, magistrados, otros banqueros y **broadcasters**, tráfugas, funcionarios públicos y lo peor de nuestra fauna dirigencial sintió tras la difusión del video que el hermetismo de la banda se había roto; que cada quien, individualmente, era un potencial Kouri, con la deshonra pública cercana y la vida en una celda a la vuelta de la esquina. Pero lejos de practicar mafiosos códigos de honor, en el sentido scorsesiano de la idea, el miedo y el temblor de piernas que esto generó convirtió a estos «lumpen-empresarios» (ni atisbo de la «lumpen *intelligentsia*» de la que hablaba Favre) en átomos acelerados sin dirección, intentando que no se manchase su honra.

Avanzaré mi hipótesis. El terremoto político que desencadena la difusión de este video es descendente, de arriba hacia abajo, de los altos de la pirámide social desciende como una bola de nieve hacia los estratos más bajos. La difusión genera pánico en buena parte de la clase empresarial del país y ésta contagia su nerviosismo hacia el estrato siguiente, ésta a la de más abajo y así sucesivamente. Estamos, pues, ante un efecto terrorífico que se propaga como una epidemia entre las esferas más altas del poder y éstas emanan temores e inseguridades que se trasladan hacia sectores menos involucrados con el Estado mafioso. Porque lejos del fango montesinista la imagen no resulta tan escandalosa. Es decir, ante la exposición del video no son las clases populares las que presionan al gobierno buscando hacerle perder el equilibrio al régimen. De abajo hacia arriba no se transmite prácticamente nada en términos de socavamiento de poder.

Si recordamos, la prensa había denunciado cosas bastantes peores que la población toleró; descuartizamientos y ejecuciones, millonarias cuentas de Montesinos, extorsiones, un avión

* vergarapaniagua@hotmail.com

presidencial cargado de cocaína detenido en Europa, falsificación de firmas por millones. Estos ejemplos fueron bastante más escandalizadores y sin embargo no dieron un golpe de gracia semejante al del famoso video. Es cierto que no se puede comparar aisladamente cada suceso, pues éstos se producen en distintos momentos, pero al ser tan graves es por lo menos interesante preguntarse por qué uno es un terremoto irreversible y aquéllos resultan apenas sismos que el gobierno doma como a una fierecilla chúcara.

Agregaré que la difusión del video genera, en realidad, dos efectos sucesivos que coadyuvan al colapso del régimen. El pánico del «lumpen-empresariado» hace que cada uno de ellos se quiebre, se desmoralice. Pensaban que la videoteca de Vladimiro era un búnker inexpugnable; nadie los vería nunca traficando con el dinero de los peruanos. Seguido a este efecto de terror en cada «lumpen empresario», surge la segunda consecuencia de la exposición del video. Al no nuclearse, al no tener las agallas para juntarse y mantener su proyecto mafioso, el cogollo de la clase dirigente vinculada al fujimorismo deja al gobierno de Fujimori sin una de las importantes patas en que su dominación se sostenía. La sinapsis delictiva que vinculaba a Montesinos y el «lumpen empresario» desfallece y se apaga generando un cuerpo que ya sin coordinación, lento y torpe, implosiona.

Los destapes de corrupción son frecuentes en la vida política internacional. Tenemos ejemplos a pasto. En Italia el histórico linaje de la Democracia Cristiana y del Partido Socialista se chamuscó entre tanta ladronería; Collor de Mello fue destituido por la Cámara de Diputados y encarcelado (mientras su socio Farias desaparecía para reaparecer unos meses después, muerto) por hacer del proceso de privatización el más rentable de los

negocios; tras un largo proceso de investigaciones, Nixon terminó renunciando a la Presidencia para no ser derrocado y enjuiciado, y el justicialismo olvidó sus sueños de reelección hace unos años tras un escandaloso tráfico de armas y el no menos repugnante caso Cabezas. En fin, sobran los ejemplos tanto en América Latina con sus debilidades institucionales como en las democracias más sólidas; (piénsese en el caso ENRON que viene sacudiendo a los EEUU en los últimos meses, una quiebra fraudulenta que incluye complicidades a todo nivel, desde Bush jr. hasta el Congreso, tanto entre los demócratas como los republicanos). Pero ninguno de los destapes que generaron todas estas crisis políticas conllevaron el inmediato derrumbe de toda una organización estatal. Y es porque pareciera ser cierto que las democracias se reforman y las dictaduras se derrumban.

La caída de los gobiernos a causa de la corrupción suele ser lenta, y tal lentitud se debe fundamentalmente a dos cosas: la difícil tarea, generalmente de la prensa, de ir consiguiendo indicios que demuestren las magnitudes del escándalo y, en segundo lugar, la cercanía o lejanía, según el caso, de unas elecciones en las que se pueda relevar al gobierno cuestionado (siempre que no estemos en regímenes en que la figura del adelanto de elecciones ante una crisis esté prevista). En el caso peruano, el video no era un indicio sino una prueba insuperable, un instrumento con el que hubieran soñado Woodward y Bernstein. De otro lado, esta evidencia grosera sumada al permanente estado de excepción del país generaron una salida igualmente excepcional: la convocatoria a elecciones generales. Así, ninguno de los factores que suelen frenar el avance de la descomposición política se presentaba.

En las clases bajas no hay que abundar en explicaciones sobre su silencio y su insoluble unión al fujimorato:

asistencialismo malintencionado para el cuerpo y desde la televisión anestésico de amplio espectro embrutecedor para la voluntad. Fueron básicamente las clases medias, maltratadas desde todos los frentes durante los noventa, las que alguna cuota de resistencia opusieron. El grado de libertad de un país suele estar en directa proporción con la amplitud de su clase media. Mi hipótesis de derrumbe por pánico me lleva a tener que afrontar dos conse-

cuencias. Primero, de haber mantenido un espíritu de cuerpo la alianza lumpen-empresariado-fujimorato (en este segundo componente asumo el vínculo con las FF.AA.) podría haber superado el mal momento y mantenido la línea de flotación (La historia es el acumulado de situaciones únicas, pero no de posibilidades únicas). De hecho, desde el 28 de julio se vivía una temporada en la que parecía haber prevalecido la teoría de los hechos

Ante un crucifijo de madera, en la cárcel de Castro Castro, un barbudo Joy Way simboliza la corrupción fujimorista todavía impune. (Foto: Caretas).



consumados. En segundo lugar, habrá que aceptar que el país no cuenta con un pueblo virtuoso en materia de aprecio a las libertades. No pretendo desde luego esgrimir un argumento determinista, el famoso y reaccionario «no estamos preparados para la

Perú, 1980-2000». En: *Lecciones del Fujimorismo*. Lima: IEP, 2001).

En los noventa nuestra clase empresarial ha vuelto a demostrar sus enanos horizontes y su liliputiense compromiso con el país. Una vez más ha preferido el negocio rápido, a la som-



Chongo a la vista: ¿protesta, desestabilización política o intento de mandar a Toledo a Cabana? Montesinos tiene la respuesta. (Foto: Caretas).

democracia», ya que siempre se puede empezar el revolucionario aprendizaje de la democracia. Pero creer que la presión popular resultó determinante para la caída del régimen no deja de ser una buena intención. Martín Tanaka lo ha dicho con todas sus letras, *las movilizaciones eran muy espontáneas..., sin organización, sin capacidad de afectar la producción o la provisión de servicios esenciales. Así, su capacidad de presión resultaba sólo simbólica.* («¿Crónica de una muerte anunciada? Determinismo, voluntarismo, actores y poderes estructurales en el

bra, amparado en un discurso de liberalismo económico (situación tan vieja como la República misma si hacemos caso a Paul Gootenberg. *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano 1820-1860*. Lima: CBC, 1997). Pero esta clase dirigente conservadora, portadora de un decoro aún virreinal donde se perdona el pecado pero no el escándalo (o sea, la cutra pero no el video), que economiza en jabón y prodiga los perfumes (González Prada siempre tiene una frase que aportar en estos menesteres), extasiada de Chinochet duran-

te toda la década, fue incapaz de ver al país más allá que como una parcela en la que cada quien debía encontrar cómo se agenciaba su riqueza. Sumisos frente al poder una vez más. De la misma manera en que Velasco les robó sus tierras sin que opusieran resistencia como **clase para sí**, si se me permite una expresión de absoluta inactualidad, una vez divulgado el video tampoco se concibieron como un frente amplio de la expropiación estatal, sino que presos del pánico se dispersaron en movimientos y llamadas anárquicas quitándole al fujimorato ese mecanismo que lo fortalecía: el sincronizado engarce de cierto sector financiero y político con el de los medios de comunicación. Cuando esta aplanadora funcionaba bajo un solo ritmo, cuando las revistas anunciaban lo que el poder judicial transformaría en una nueva expropiación y los noticieros callaban en todas las lenguas; mientras esta sincronía del mal caminaba como un cronómetro, podían dominar el país. Cada vez con más dificultad pero lo lograban. La estructura implosiona porque la cortesana vergüenza interrumpe la sinapsis ya mencionada.¹

El país comenzó a sentir que lo acontecido era grave porque a través de distintas manifestaciones siente, se las huele, que algo se pudre en Dinamarca. No se indigna, las calles no se ven abarrotadas frente a semejante delito; sólo se sienten movimientos, se espera. Y mientras el país aguarda el desenlace sin saber mucho del epicentro y sólo percibe el eco de las

1 Cometo injusticias en estas apretadas consideraciones clasistas. No toda la clase empresarial fue «lumpen empresarial»; hubo una «fachoempresarial» que, sin ser cómplice, nunca se enfrentó a un gobierno claramente ladrón mucho antes de su descomposición final y con quien compartía un sentimiento en la forma autoritaria de llevar las riendas y una economía supuestamente libre. Desde luego, también hubo los empresarios claramente opositores, pero éstas fueron presencias meramente individuales.

ondas, aún más arriba de la unión «lumpen empresariado»-fujimorato, se decide la suerte. La presión norteamericana se encarga del descabello. Así, todo el proceso de debacle fujimorista se juega lejos de los ojos del país, incluso en su golpe final, fuera de éste. Julio Cotler ha afirmado que para que la coalición fujimorista entrara en descomposición, a la deserción de las agencias norteamericanas se agregó el enfrentamiento de los empresarios con el gobierno («La gobernabilidad en el Perú: entre el autoritarismo y la democracia». En: *El Fujimorismo*. Lima: IEP, 2000). Yo diría que el enfrentamiento se produjo, en un sector del empresariado que se comportó sumisamente nueve años frente al dictador, pero que no se había deslizado por las hondonadas del delito (lo que líneas arriba he definido, sin rigurosidad alguna, como «fachoempresariado»). Pero este enfrentamiento no considero que sea el clave. Lo es, en cambio, el temor al que se ha hecho referencia en este artículo, el pánico que desarticula el vínculo entre Montesinos y otro sector del empresariado, éste sí cómplice como el que más.

Creo conveniente tomar conciencia de las cosas que se han expuesto en este artículo si deseamos que la primavera democrática no sea fugaz. Es muy pronto para olvidar la alianza de carácter totalitario (Hannah Arendt lo reseña como una de las particularidades de este tipo de regímenes) entre los adinerados y el populacho. Que una panorámica foto del Paseo de la República el 27 de julio del 2000 no nos haga olvidar nuestra culpabilidad frente al fujimorato; no caigamos en el error de inventarnos una tradición contestataria al recordar los lavados de bandera o alguna marcha universitaria. Nos hemos salvado del fujimorato sin saber muy bien cómo ni por qué, sin presenciar las reales pugnas y presiones que lo derribaron. Asumir este hecho será la mejor vacuna contra un futuro proyecto autoritario. ■



La diáspora judía

El conflicto palestino-israelí, originado desde la proclamación de la independencia del Estado de Israel en 1948, se ha agravado considerablemente a partir de los últimos ataques ordenados por Ariel Sharon contra los cuarteles de Yasser Arafat. Estamos asistiendo a la escalada de un conflicto armado entre un Estado constituido, Israel, y un proyecto de Estado, el palestino; un conflicto de por sí cruento que por momentos parece no tener fin ni solución a la vista. A pesar de la distancia geográfica y de la característica miopía de la prensa nacional, el Perú (y América Latina en general) no puede permanecer indiferente a lo que allí sucede. Por ello, Quehacer considera importante abordar diferentes aspectos del universo judío, un mundo complejo y muy poco conocido para el común de la gente, para ofrecer una imagen que supere la demarcación política del Estado de Israel y analice la presencia judía en el mundo. Precisamente esta presencia ha cobrado en el Perú nuevos bríos e intereses a través de las amistades del presidente Toledo y los contactos de la primera dama con líderes israelíes de primera línea como el canciller Shimon Peres. Para nadie resulta un misterio que la presencia israelí en el mundo ha dividido a las fuerzas políticas y ha demarcado con mayor énfasis aquello que se conoce como Occidente y el mundo árabe. El atentado del 11 de setiembre no hizo más que evidenciar con mayor fuerza estas demarcaciones políticas, económicas, religiosas y culturales.

Abrimos las siguientes páginas con diversos análisis sobre la presencia judía en el gobierno actual, el lobby judío internacional (y el incipiente lobby judío en el Perú), el impacto del Estado de Israel en los difíciles momentos actuales, así como las destacadas expresiones culturales de los intelectuales judíos en el cine y la literatura. Incluimos también –desde la otra orilla, y aunque por esta vez, tocado parcialmente– un íntimo artículo del destacado intelectual palestino Edward Said, traducido especialmente por Mirko Lauer. ■



El canciller israelí Shimon Peres con la primera dama Eliane Karp en la asunción del mando de Alejandro Toledo. Su visita hizo más que evidente la marcada presencia judía en el gobierno. El Perú es el séptimo socio comercial de Israel en América Latina. (Foto: Caretas).

La panaca Toledo y el segundo círculo

FRANCISCO DURAND*

Un texto talmúdico dice que la verdad no se ha hecho para poseerla sino para discutirla y analizarla. El principio, supongo, es de aplicación universal.

El gobierno de Toledo parece especial, diferente porque la pareja presidencial es nueva en política y un tanto inusual. El presidente es «indio», «cholo» (indio modernizado); así se reclama y sobre esa base ha hecho su carrera en el mundo occidental. La renuente primera dama es judío-belga, y emocional y antropológicamente identificada con lo indígena. Toledo es a veces descrito como «mi cholo de oro». Más allá de esas peculiaridades, es un gobierno más, promedio, propio de los tiempos modernos y de viejos juegos de poder.

Alejandro Toledo llegó al Palacio de Pizarro con un programa populista de promesas de cambio emitidas con una retórica que recuerda a Fernando Belaunde, su mentor y aliado. Una vez en el poder (o, mejor dicho, desde la campaña, a partir de contribuciones fuertes), y como en el segundo belaundismo, el programa electoral quedó de lado, los pedigüños también, y se armaron los círculos de poder en torno al presidente.

EL PRIMER CÍRCULO

En efecto, Toledo no es más que la repetición del segundo gobierno de Belaunde: un populismo medio conservador con orientación neoliberal, donde los asuntos económicos son manejados por un círculo de tecnócratas y empresarios que rodean al presidente. Ulloa y Rodríguez Pastor, junto con Webb, Kuczynski, Dañino y Abusada lo hicieron en 1980. Hoy los viejos empresarios-políticos Ulloa y Rodríguez Pastor han muerto, pero, salvo Abusada (demasiado identificado con el cuestio-

nado ministro Camet, envuelto en el escándalo de Aeroperú y otros entuertos más, pero vivo aún), quedan el trío Webb, Kuczynski y Dañino. Son el primer círculo del poder.

Este primer círculo, a través de Dañino, el gran chambelán, maneja oficialmente las grandes decisiones políticas, como se ha demostrado en la primera recomposición del gabinete. Y también las privatizaciones, los impuestos, la emisión de bonos soberanos, el pago de la deuda, las compras, el presupuesto; en fin, la llamada política económica. Son decisiones en parte inspiradas en la lógica sistémica del capitalismo y en parte en la lógica de la renta, que coexiste perfectamente con cualquier doctrina económica y que el concepto política económica esconde bastante bien.

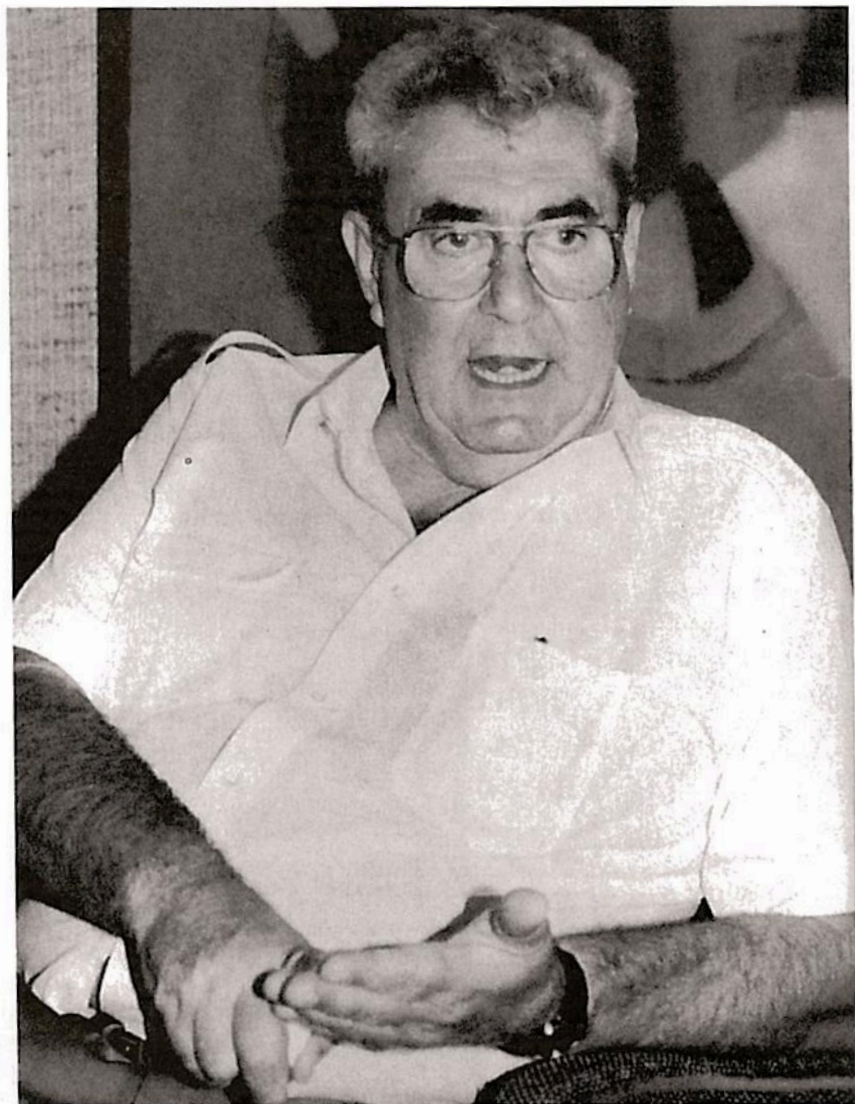
A diferencia del segundo belaundismo, estas decisiones se hacen en un contexto donde ha ocurrido una profunda transformación del poder. En veinte años la economía se ha privatizado y transnacionalizado, lo que da un enorme peso al sector privado, a las grandes empresas multinacionales (del norte o del sur) y a lo que queda de los Doce Apóstoles, hoy reducidos a la mitad. Han caído Álvarez Calderón, Lanata Piaggio, Nicolini, Wiese y Picasso. Piazza y Delgado Parker aún aletean y es posible que recuperen posiciones. Este último es uno de los contribuyentes de la campaña de Toledo y pugna por recuperar el Canal 5. Quedan Benavides de la Quintana, Ferreyros, Romero, Brescia, Raffo y Bentín, todos algo modernizados, reciclados o bien posicionados en ciertos nichos, y algunos todavía vulnerables a los zarpazos de la competencia extranjera. Siempre pesan, aunque se reclinan en silencio, lo que no permite verlos. Pero empresas como la Telefónica, las eléctricas y las mineras, y bancos como

* Sociólogo peruano, profesor universitario en la Universidad de San Antonio, Texas, Estados Unidos. Se ha especializado en el estudio del empresariado.

el Sudameris y el Bilbao Viscaya, les hacen sombra.

Ciertas decisiones de «política económica» nos harán saber cómo están vinculados a la estructura de poder. Para empezar, la manera como se ha manejado el caso tributario de las eléctricas da una idea de la efectividad con que los grandes intereses entran en juego en contacto con el primer círculo. Ni siquiera se había formado el nuevo gobierno

cuando el vicepresidente Raúl Diez Canseco, acompañado por Kuczynski, hizo una gestión telefónica para que la SUNAT no acotara la deuda tributaria. La SUNAT lo hizo y las empresas reclamaron un arbitraje, afirmando que era el mecanismo correcto para zanjar la disputa. El representante español de ENDESA, Hidalgo, afirmó que se defendería «con uñas y dientes». Lo hicieron, arañaron y mordieron a su gusto,



Adam Pollack, amigo íntimo de Toledo, empresario que cayó en desgracia económicamente y ahora juega en las ligas mayores del poder. (Foto: Caretas).

ganaron el arbitraje, pero se encontraron con un Congreso fuerte y una opinión pública en contra. Ahora el caso se encuentra en **stand by** debido a las repercusiones políticas que pueda tener como revelación de la vieja naturaleza del poder de este nuevo gobierno.

Existe un segundo círculo de menos peso que no se puede perder de vista. Como en el infierno de Dante, aquí también debemos descender por niveles. Nos referimos a la presencia inusual de grandes empresarios judíos (peruanos, peruano-israelitas, americano-israelitas) en torno al presidente y su esposa. La información que se tiene no permite sostener la hipótesis de que se trate de un **lobby**, pero su presencia es clara y, según los casos, fuertemente influyente.

Quizá me equivoque, pero parece más una diáspora de intereses económicos, cada cual en lo suyo. La diversidad de orígenes y fortunas, la nacionalidad o nacionalidades formales que tienen, el hecho de que unos sean «de la colonia» y otros no, o que no se reconozcan propiamente como tales la variedad de contactos con el poder político (vía Alejandro, vía Eliane, ambos, por otras vías) así lo sugiere. La otra explicación es que se están articulando, es decir conformando como **lobby**. Existen algunos indicios al respecto, pero no pruebas. El tiempo nos lo dirá.

EL SEGUNDO CÍRCULO

Entre los personajes empresariales judíos o de origen judío destaca por su cercanía al presidente, Adam Pollack. Toledo lo ha identificado como un «amigo muy cercano», aunque habría que definir qué quiere decir esta palabra en la cosmogonía andina del presidente, tan difícil de penetrar. Se trata de un personaje de menor fortuna y, hasta ahora, de poca fortuna. Operó CPN Radio, que luego vendió al grupo Galski, que a su vez la vendió a Gestión. También tuvo un laboratorio que entró en liquidación. Este rasgo no debe extrañar. En la última crisis hay tantos empresarios

quebrados o en problemas económicos que han entrado en política (Carlos Bruce y Eduardo McBride, por ejemplo).

Destaca aún más el más afortunado y misterioso de los empresarios: Yoseph Maiman. Peruano que vive en Israel como cónsul honorario, Maiman es en rigor un gran empresario internacional. Nació en el Perú, vive en Israel desde 1971 e invierte en todo tipo de países, árabes incluidos. No tiene el peso de George Soros pero maneja más capital que el fondo de inversiones de Kuczynski. Los tres quizá no tengan vínculos entre sí, pero están todos en el mismo giro. Como propietario único, Maiman lidera el Grupo MERHAV que fue fundado en 1977, y MIC, una empresa financiera internacional que comenzó a comprar bonos de la deuda externa peruana desde 1986 (US\$36 millones). Victor Joy Way fue funcionario de MIC entre 1984 y 1988 (Caretas, 3 de mayo del 2001).

Maiman es el peso pesado entre estos púgiles. Su cercanía al poder es palaciega y se conecta tanto con Toledo como con Eliane Karp. Es no sólo un gran inversionista con jet propio, que anda viajando por el país en busca de oportunidades o conociendo, y que participa en las fiestas y cocteles de la clase política peruana. Es altamente probable que fuera Maiman quien estableció el vínculo entre Toledo y Shimon Peres. El ministro israelí de relaciones exteriores y líder laborista realizó una extraña visita al Perú, un país que no tiene importancia económica (¿salvo la compra de armas?), geopolítica o de cualquier otro tipo para Israel (Caretas, 2 de agosto del 2001).

El viaje a Nueva York del presidente Toledo a la Cumbre Económica Mundial realizada a fines de enero, a la cual fue acompañado por Pollack, sirvió para entablar contactos con la comunidad judía norteamericana y para concretar un viaje a Israel en visita oficial. La anunciada visita constituye un paso más en la dirección de establecer relaciones estrechas con ese país.

La propia colonia judía es pequeña, y se ve reducida ahora por la emigración,

y no justifica la visita. Se encuentra además internamente dividida y algunos de los nombres que vamos a mencionar no gozan de respeto. La presencia de Peres en el cambio de mando indica que el Estado de Israel, por alguna razón, ha decidido estrechar relaciones con el Perú.

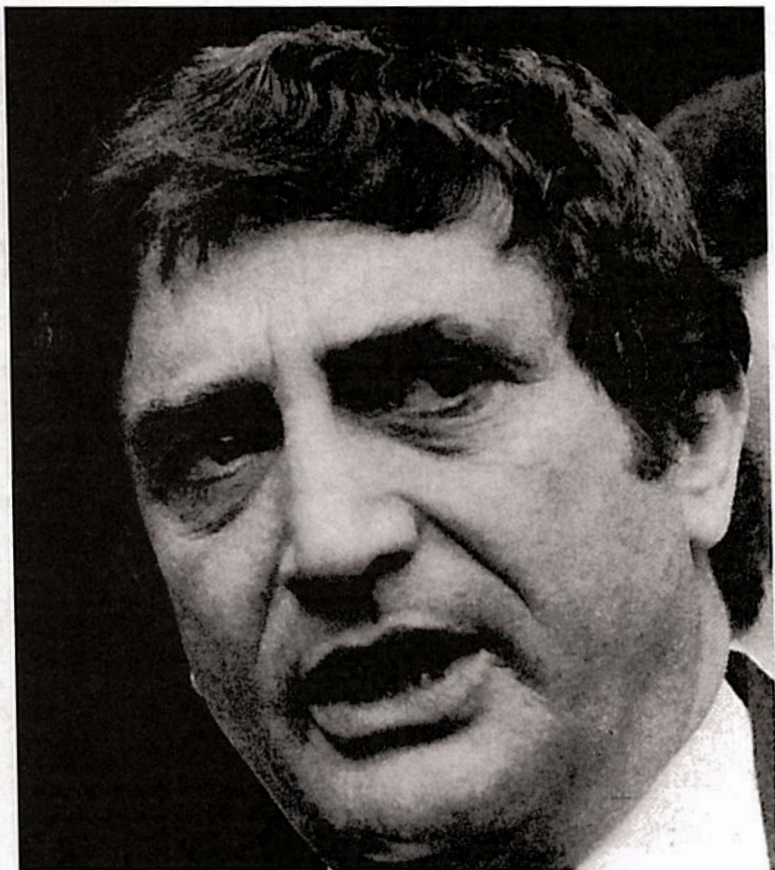
A Maiman se le relaciona con grandes compras o audaces proyectos de inversión, aunque no hay nada concreto aún. Quien ha destacado estas denuncias ha sido el inefable Álvaro Vargas Llosa. Lo importante de su testimonio y opiniones es que conoce el monstruo por dentro. Apenas terminada la primera vuelta de la elección, participó en la famosa e íntima visita de Maiman a la pareja presidencial en el balneario de la República Dominicana. En noviembre del año pasado, Alvarito afirmó que en la gira de Toledo a Asia, Maiman se reunió con Adam Pollack, Gil Shavit, el sobrino de Baruch Ivcher, para hacer un **lobby** a favor de un consorcio alemán para la compra de repuestos militares. A partir de la denuncia, el periodista y escritor tiene que enfrentar varios juicios. ¿Cuáles son los intereses en el Perú de un empresario que maneja varios miles de millones de dólares e invierte en más de treinta países? Que Maiman afirme que «no tiene intereses económicos en el país, salvo los estrictamente emocionales» me resulta inverosímil (**Gestión**, 14 de noviembre del 2001).

Siguiendo con la lista, destaca claramente Baruch Ivcher, dueño de Canal 2, del diario **Liberación**, de Colchones Paraíso, además de inversionista (junto con los gemelos Levy, del hotel Los Delfines) en la Tinka, esa extraña lotería privada. Ivcher es un peso mediano de cuidado. Contribuyó, según información publicada en los medios y no desmentida, con unos US\$300 000 a la campaña. Sus medios de comunicación, además, han apoyado y siguen apoyando abiertamente al gobierno. En materia de prensa está asociado con otro personaje político y periodístico, Gustavo Gorriti Ellenbogen, quien luego de hacer su servicio militar

en Israel retornó al Perú como experto en terrorismo. Durante su etapa de exilio, ha trabajado a nivel directivo en el diario **La Prensa** de Panamá, propiedad de esa dinámica colonia judía. Luego fue asesor de prensa de Toledo y candidato al Ministerio de Defensa. Hay otros lazos. Alberto Borea es el abogado de Ivcher. También lo es de los Levy, del quebrado Banco Nuevo Mundo, rescatado por el gobierno actual y en cuya quiebra se cree hay gato encerrado.

Un peso entre mediano y liviano es Luis León Rupp, dueño de los hoteles Cesar's y Bolívar, quien aportó en especie (costumbre muy peruana) a la campaña de Toledo dándole uno de sus edificios como local central de Perú Posible. Un peso pluma es David Waisman, empresario de Gamarra, líder de la SNI en un tiempo, quien ha destacado en el Congreso y quien fuera el primer ministro civil de la cartera de Defensa.

Finalmente, está George Soros, el hombre que se hizo multimillonario apostando a la caída de la libra esterlina y que posee y dirige uno de los grandes fondos de pensiones de los EEUU. Hasta donde se sabe, Soros se conectó con la campaña de Toledo entre la primera y la segunda vuelta, cuando el cholo se hizo presidenciable. Al parecer, la conexión se estableció en una gira a EEUU de varios destacados miembros del entorno toledista y de la oposición empresarial para gestionar que el Senado norteamericano comenzara a investigar a Montesinos. En ese país el contacto lo habría abierto Elliot Abrams, judío-americano, ex funcionario republicano, vinculado a Henry Kissinger, quien actuaba como abogado y «lobista» de Baruch Ivcher. A través de una de sus fundaciones para promover la democracia, Soros contribuyó con un millón de dólares a la campaña de Toledo, de los cuales una mitad se guardó en EEUU mediante gestiones de «Coqui» Toledo, sobrino y cajero del presidente. Soros financia generosamente a Transparencia, entidad encargada de velar por elecciones limpias. Y está a punto de abrir un local en



Yoseph Maiman, rico hombre de negocios y cónsul honorario del Perú en Israel desde 1984, es el peso pesado de los empresarios judíos en el entorno palaciego. «No es un santo», según Toledo. (Foto: Caretas).

Lima. Por tanto, mantiene por alguna razón una cierta presencia.

Tales son los personajes del segundo círculo. Lo que no sabemos es si están relacionados con el primero de alguna forma. A la fecha, no hay evidencias de ello. Existe un testimonio de un almuerzo realizado en Nueva York entre Soros, Kuczynski y un empresario peruano. Pero tales contactos son normales. A fin de cuentas, están en el mismo giro, en el manejo de fondos de inversión o comparten un interés mutuo en la política peruana. ¿Hay algo más? No lo sabemos, aunque no hay que perderle la pista al tema. Así es la naturaleza de las relaciones entre poderes, el económico y el político. Es una trama densa pero

opaca, cuando no turbia, aunque a veces sale alguien (Alvarito) y ocurre algo (un escándalo o revelación) que de pronto echa luces sobre el tema.

Lo cierto es que, sea mediante el primer círculo o por el segundo, este gobierno ha trabado relaciones muy estrechas y al más alto nivel decisorio con personajes del mundo empresarial nacional e internacional, aspecto que la opinión pública tiene tanto interés como derecho en conocer. La conexión entre el gobierno y los inversionistas judíos se parece a la pareja presidencial y es quizá por ello que se ha formado. Es la ruleta de la política peruana. Antes había inversionistas y fundaciones japonesas, ahora le toca el turno a otro círculo. ■

Un conflicto sin solución a la vista

UNA ENTREVISTA CON ISAAC BIGIO*, POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN



«De los 15 millones de judíos que hay en el mundo, 4.6 viven en Israel. La mayoría de los 10 millones restantes se solidariza con Israel y apoya la existencia del Estado de Israel». (Foto: Carla Levi).

El problema judío aparece ya no sólo vinculado a las más graves y recientes derivaciones del interminable conflicto palestino-israelí, sino incluso vin-

culado al atentado de las Torres Gemelas. ¿Por qué es esto así?

– El problema es que en el Medio Oriente se libra una disputa, que ya lleva más de medio siglo, sobre el terri-

torio que unos llaman Israel y otros Palestina. Un amplio sector de la población judía mundial apoyó, y apoya, que ahí se constituyera un Estado judío; pero para los árabes, la formación de un Estado no Árabe en medio del corazón de una región que va desde Marruecos hasta Irak, donde se habla árabe y la mayor parte de la población es musulmana, es considerada como una afrenta tan humillante como lo fue la expulsión de los árabes de España. Esa contradicción entre palestinos e israelíes ha llevado a constantes guerras —ya van cuatro desde la intervención en Líbano— y dos rebeliones árabes, las llamadas **intifadas**. Ese problema es uno de los causantes de que, por ejemplo, Bin Laden proponga acciones militares contra Estados Unidos, porque sostiene que Estados Unidos está ocupando los territorios sagrados musulmanes y apoya a los judíos contra los palestinos.

— **¿Tú ves, entonces, un vínculo entre Bin Laden y la problemática israelí-palestina?**

— Sí, hay un vínculo. Bin Laden es un multimillonario saudita cuyo objetivo es construir un gran califato que involucre a todos los países musulmanes, y que vaya desde Mauritania en el Atlántico africano hasta Indonesia. Y para él es fundamental la destrucción del Estado de Israel y su reemplazo por un Estado puramente musulmán, porque sin eso no se podría construir esa gran sociedad teocrática que él está buscando.

— **Cuando te refieres a un sector amplio de la población judía mundial, ¿qué debemos entender por eso?**

— Lo que yo trato de decir es que de los quince millones de judíos que hay en el mundo, 4,6 viven en Israel, y que la mayoría de los diez millones restantes se solidariza con Israel, apoya la existencia del Estado de Israel.

— **No sólo el mundo judío, sino el mundo occidental también.**

— Bueno, yo diría que la Unión Europea es partidaria de una solución bi-estatal, y creo que también Estados Unidos está por partir ese territorio en dos, un Estado palestino y uno judío.

— **¿Qué opinión te merece Arafat? ¿Cómo ha llegado a la actual situación en que su liderazgo aparece muy debilitado?**

— Arafat se convirtió en el dirigente de la Organización para la Liberación Palestina en 1979. Su planteamiento en aquel entonces era que Palestina debería ser un solo Estado democrático secular laico, donde ninguna religión predominase, pero al mismo tiempo reclamaba la expulsión de ciertos judíos que él calificaba como colonialistas. Posteriormente Arafat ha evolucionado hasta que en la década de los noventa, sobre todo después del fin de la Unión Soviética, se vuelve más pragmático y plantea que los palestinos deben reconocer la existencia del Estado de Israel, lo que antes era un tabú, y entonces acepta para ello un Estado palestino con menos del veinticinco por ciento del territorio original. De ahí se crea la Autoridad Nacional Palestina, que tiene control sobre ciertas áreas de ese territorio. La idea era que para el año dos mil se llegase a un acuerdo según el cual la mayor parte de los territorios ocupados, es decir la Cisjordania y una parte de Jerusalén, pasaran al control del nuevo Estado palestino. Sin embargo, las negociaciones de paz llegaron a un **impasse**. Los palestinos defienden el derecho de tres millones de refugiados (se supone que hay entre seis y siete millones de palestinos, pero la mitad de ellos no vive en territorio palestino) a regresar a los territorios que serían parte del Estado de Israel, con el argumento de que ellos provienen de allí, allí han tenido sus casas, sus chacras y que tienen derecho a regresar. Pero Israel vetó eso sosteniendo que si permitiera que los árabes regresasen se podría

* Analista de la política internacional, colaborador del diario El Comercio de Lima. Profesor del London School of Economics and Political Science.

alterar la composición étnica del Estado y, por lo tanto, dejaría de ser un Estado judío. Ese **impasse** llevó a la fractura del proceso de paz y a una nueva **intifada**. Actualmente el problema con Arafat es que esta **intifada** lo ha venido desbordando y, de otra parte, el gobierno de Sharon ha aplicado mano dura con él. Entonces hay una polarización con un Hamas creciendo y un Arafat perdiendo piso. Por una parte, no puede reprimir a los Hamas porque si no se alienaría a la población palestina, pero tampoco puede hacerle caso a Israel. Por otra parte, no puede aliarse con el Hamas contra Israel, ya que en ese caso dejaría de ser el hombre que quiere la solución biestatal. Sería desbordado. Por eso es que ahora es una figura con peso decreciente. Podría sobrevivir, es cierto, pero difícilmente.

– **¿Tú ves una posibilidad de solución a este conflicto? ¿Cuál sería tu posición?**

– Bueno, yo creo que hay que ver las posibles soluciones. Un Estado puramente musulmán es inviable; implicaría una limpieza étnica de los judíos y de los árabes no practicantes o que son de otras religiones. La otra posibilidad, la de un Estado puramente judío, también la veo difícil de materializar porque en Israel, según los censos oficiales, viven cuatro millones seiscientos mil personas clasificadas como esencialmente judías, y un millón de ciudadanos árabes israelíes. Además, hay unos tres millones de palestinos en los territorios ocupados y posiblemente otros tres viviendo en la diáspora. Y está rodeado, además, por ciento cincuenta millones de árabes. Sería muy difícil para Israel sobrevivir como un Estado unido puramente judío en ese contexto. Una tercera posibilidad es que se mantenga el Estado unido, pero con una república secular, donde todos los ciudadanos puedan ser iguales, un árabe pueda ser ministro, un judío lo mismo y donde haya una constitución y todos los ciudadanos sean plenamente igua-

les. Pero esa alternativa es cuestionada por muchos judíos que quisieran un Estado judío; y tampoco podría ser del gusto de muchos palestinos que quisieran un Estado sólo de ellos.

Entonces, la otra alternativa es una partición. Pero inclusive si hay una partición va a haber siempre el problema de que un sector de los palestinos va a querer volver a algunas tierras que ocupa Israel y eso va a ser un motivo de permanente conflicto.

– **¿Hay diferencias culturales muy fuertes entre el mundo árabe y el mundo judío en esa zona que hagan imposible una convivencia más flexible?**

– Bueno, hay algo muy interesante. En algún momento la mitad de la población israelí estaba conformada por judíos árabes, porque en el mundo árabe siempre ha habido una presencia judía. Es más, las comunidades judías antiguas han estado asentadas en el mundo árabe. Yo te diría que actualmente en Israel la mayor parte de la población habla también árabe, y si bien se habla el hebreo mal, muchos de los que hablan hebreo son judíos árabes. Yo no veo que haya una incompatibilidad entre judíos y árabes, yo creo que existe la posibilidad de un entendimiento entre ellos.

– **¿El pueblo judío siente que Israel es su sitio, su lugar?**

– Bueno, en primer lugar cuando tú me hablas del pueblo judío, yo creo que hay muchos matices dentro del pueblo judío.

– **¿Podrías explicarme?**

– En la actualidad, la mayor parte del pueblo judío tiene de alguna manera un sentimiento sionista¹ o prosionista; pero hasta poco antes de la segunda guerra mundial el sionismo era una minoría dentro del pueblo judío y apenas poco menos del 5% de los judíos en el mundo vivía en lo que hoy día es Israel. La mayor parte de los

1 El movimiento sionista preconizaba la creación de un Estado judío moderno en Palestina.



Según Isaac Bigio, para Bin Laden es fundamental la destrucción del Estado de Israel y su reemplazo por un Estado puramente musulmán.

judíos buscaba asegurar sus derechos civiles en los mismos países donde residían. Había una gran gama de judíos socialistas, algunos apoyaban la revolución rusa, otros eran social demócratas; otros más, por ejemplo los judíos ortodoxos, eran y son anti israelíes por-

los ortodoxos y los seculares, entre izquierdistas y derechistas, hay toda una gama de opiniones encontradas.

- Lo que se expresaría en la variedad de congregaciones que existen.

- Bueno, hay muchas congregaciones judías que están divididas por orí-



Hay judíos para todos los gustos, ortodoxos y heterodoxos, pero básicamente son un grupo humano alrededor de una religión, que cree en el Antiguo Testamento. (Foto: Bernard Hermann).

que sostienen que la creación del Estado de Israel va en contra de la Biblia que dice que hay que esperar al Mesías para construir el Estado judío. Los judíos no están unidos. Yo diría que uno de los países con un sistema de partidos más amplio y el más dividido entre partidos, es Israel. Hay muchas opiniones diversas entre los judíos. Yo no pienso que la población israelí sea homogénea. Hay muchos problemas internos, unos quieren la paz; otros mano fuerte; entre

genes regionales, pero también hay divisiones entre las distintas sinagogas. Desde la sinagoga ultraortodoxa, hasta la sinagoga liberal, reformista, donde, por ejemplo, se permite que hombres y mujeres recen juntos, que la gente pueda comer de todo, o que el rabino pueda ser mujer, o que venga el sábado en el auto a la sinagoga. Hay una amplia gama de expresiones religiosas. Los judíos no tienen un papado, una autoridad central.

- No hay un Papa. ¿Quiénes vendrían a ser las autoridades?

- Depende. Por ejemplo, en el caso de Inglaterra, hay la sinagoga ortodoxa -que aunque agrupa a una minoría de los judíos, es la minoría más grande- pero con ella no se sienten identificados los judíos liberales ni los de los diferentes grupos ultra ortodoxos o hasídicos. Los hasídicos son una rama del judaísmo; se visten de negro, tienen cánticos especiales. No hay una autoridad judía suprema. Tal vez lo más cercano a eso sería la sinagoga ortodoxa, pero como te repito, no es avalada por muchas gamas de los judíos.

- ¿Uno puede cambiar de una a otra?

- Sí, uno puede cambiar.

- ¿Qué son entonces los judíos? O, más bien, habría que preguntar: ¿qué no son los judíos?

- Yo pienso que los judíos no son una clase, no son una raza, no tienen un idioma común; algunos piensan que tienen elementos de una nación, pero yo pienso que eso es cuestionable porque no tienen un territorio con una economía contigua. Los judíos son básicamente un grupo humano alrededor de una religión, que cree en el Antiguo Testamento. Ahora, paradójicamente, hay judíos que no son creyentes, judíos ateos, y eso explica que el judaísmo, a diferencia de los cristianos, los budistas, los mahometanos, no sea una religión proselitista, sino una religión que se hereda por la madre, por la sangre. Uno puede ser un ateo hijo de una madre judía, y ser judío, y uno puede ser un no creyente en hogar judío, en la tradición judía, y se le considera judío. Mi respuesta es que los judíos, como ya te he dicho, constituyen básicamente un grupo humano que tiene cierta vinculación con un tipo de religión.

- ¿Por qué ese odio? ¿De dónde proviene ese antisemitismo que se ha dado en la historia? ¿Qué ha hecho el pueblo judío para merecer esto?

- En primer lugar, no es cierto que a los judíos siempre los hayan odiado. Ha habido civilizaciones con las que los judíos han cohabitado y han mantenido larguísima períodos de colaboración. Por ejemplo, en la España mora, donde los judíos -creo que representaban a una cuarta parte de la población- y los árabes se llevaron muy bien durante siglos. Ahora bien, creo que hay varios tipos de antisemitismo. Hay el antisemitismo medioeval, cuando cada vez que había un problema buscaban un chivo expiatorio y se la agarraban con los judíos. Cuando, por ejemplo, los príncipes o los reyes necesitaban dinero, un recurso era expropiar a los judíos; por lo tanto, fabricaban calumnias contra ellos, como por ejemplo que se bebían la sangre de los niños cristianos. Posteriormente, con el arribo del capitalismo surge un nuevo tipo de antisemitismo, porque el capitalismo barre con los ghettos y con la diferencia entre los judíos dedicados a la economía no mercantil en una sociedad no mercantil, y el resto de la sociedad. Entonces eso genera que muchos judíos empiecen a entrar a las profesiones. Tal vez el célebre caso Dreyfus, quien siendo judío llegó a ser oficial del ejército francés. Fue objeto de una conspiración y se le juzgó y condenó injustamente. Ahí tenemos otra modalidad de antisemitismo. Otra manifestación fueron los célebres pogroms que organizaba la policía zarista movilizándolo a sectores populares para saquear, robar y matar a los judíos, y distraer así a la gente de los verdaderos problemas sociales que los afligían. Pero nadie llegó tan lejos en esto como la Alemania Nazi. Hitler tenía la necesidad de unificar a Alemania para enfrentarla contra la Unión Soviética; en su intento de crear un Estado totalitario necesitaba crear un chivo expiatorio y el chivo expiatorio ideal fueron los judíos. Entonces su lógica llegó a planificar el exterminio más grande que ha habido en la historia.

- ¿El holocausto?

- El holocausto. Yo considero que el holocausto nazi es la matanza más descomunal de la historia. En los distintos procesos de conquista siempre ha habido el interés de someter, esclavizar o reducir a la servidumbre a un pueblo, o de exterminar poblaciones. Pero el holocausto nazi es un exterminio científico, moderno, con trenes, cámaras de gas, una planificación, que no se ha vuelto a dar.

- Hay un antes y un después del holocausto. ¿Cómo ha afectado el holocausto al pueblo judío?

- Yo creo que los judíos han cambiado mucho con el holocausto. En primer lugar, ha hecho que la mayor parte de los judíos no vivan en Europa Oriental y ha eliminado, ha sido un factor clave, en eliminar la cultura *Yidish*, que era muy importante; ha ocasionado que la mayor parte de los judíos viva en las Américas y ha hecho factible la creación del Estado judío. Yo no concibo que hubiese habido un Estado de Israel sin el holocausto. El holocausto fue lo que empujó a varias potencias a crear el Estado de Israel y que empujó a muchos judíos a emigrar al Estado de Israel, en cuanto el Estado de Israel se les aparecía como la única garantía contra otro holocausto.

- ¿Hay ahora un antisemitismo árabe?

- Hay un antisemitismo nuevo entre los sectores árabes, pero es un antisemitismo distinto porque es una reacción al hecho de que ellos se sienten discriminados por el Estado de Israel. Bin Laden, por ejemplo, tiene un fuerte discurso antisemita; es un antisemitismo ligado a un odio a los Estados Unidos, es un antisemitismo distinto al que anteriormente te he explicado. Distinto al de los zares, que no buscaban la exterminación; distinto al de los nazis que, ellos sí, programaron un exterminio sistemático. Ellos hubieran querido exterminar hasta el último judío que había en el mundo. Exterminar a los judíos y gitanos como minorías étnicas en un territorio fundamentalmente germánico.

- En el origen de los problemas está la creación del Estado de Israel. ¿Cómo evaluarla hoy, a la distancia? ¿Fue una imposición de Occidente?

- Bueno, depende de la perspectiva que tú tengas. Para los palestinos, el Estado de Israel es una imposición, porque ellos al momento de la creación del Estado tenían dos tercios, el setenta por ciento de la población, y les dieron un poquito menos de la porción equivalente del territorio; y, además, se les despojó de sus tierras. Para los judíos fue una gran conquista porque, para ellos, por primera vez podían tener un Estado moderno.

- ¿Cómo y qué fuerzas decidieron la creación del Estado israelí?

- Por paradójico que parezca, la Unión Soviética al principio apoyó a Israel más que los Estados Unidos. Durante la gran guerra, y luego de finalizada ésta, la Unión Soviética era partidaria de un Estado judío, en parte por los efectos del holocausto y en parte porque pensaba que el Estado israelí podría llegar a ser un aliado de ellos. Pero cuando se desarrolla la guerra fría, Israel se inclina más hacia Occidente y la Unión Soviética empieza a tener más aliados en Egipto, por ejemplo con Nasser, o en Siria. Entonces la Unión Soviética se vuelve profundamente anti-israelí.

- Jerusalén aparece en este conflicto como uno de los obstáculos más difíciles de vencer. ¿A quién pertenece Jerusalén?

- Bueno, ahí hay un gran debate. Para una gran parte de los judíos Jerusalén es la capital única, eterna e indivisible del pueblo judío; por lo tanto debe mantenerse unida en el Estado de Israel. Para los musulmanes Jerusalén es una de sus tres ciudades sagradas. Para los cristianos Jerusalén también es importante. Entonces la disputa es qué hacer con Jerusalén.

- Como una mujer. ¿Qué hacer con Jerusalén? ¿Ahora es la capital de Israel?

– Es la capital. Israel sostiene que es su capital, pero muchos países no reconocen a Jerusalén como capital de Israel y siguen sosteniendo que Tel Aviv es la capital. Ahora la solución con Jerusalén tiene que ser parte de un plan integral; si uno está de acuerdo con la

cesiones de ambas partes. Si, por ejemplo, hay una partición, tiene que haber algún elemento federativo entre ambos; sistemas económicos, derechos de ciudadanos en ambos lados, donde un ciudadano palestino pueda ser parte de Israel y viceversa; y si hay un Esta-



Según Bigio, Arafat va perdiendo piso: no puede reprimir a los Hamas porque si no se alienaría a la población palestina, pero tampoco puede hacerle caso a Israel. Es una figura con peso decreciente. (Foto: Carla Levi).

partición, entonces es necesario un tipo de partición con Jerusalén. Si uno está de acuerdo con un Estado unitario, Jerusalén tiene que ser parte de ese Estado unitario. Entonces es parte de una solución integral.

– ¿Te atreverías a proponer algún camino que conduzca por fin a encontrar una solución a este conflicto, que por momentos parece que no tuviera ninguna?

– Yo creo, en síntesis, que solamente hay dos alternativas para este conflicto. Una es una partición entre dos Estados, uno árabe y otro hebreo. Y la otra es un Estado unitario, una república unitaria secular. Cualquiera que sea la alternativa, si hay una partición o una república secular, tiene que haber con-

do unitario tiene que haber ciertos elementos de autonomía para las comunidades en dicho Estado. Yo creo que la solución pasa por una serie de compromisos, cuyo objetivo sea que al final haya una igualdad entre los ciudadanos de ambas partes, porque ese tipo de compromiso haría una opción viable y sería en beneficio de los propios judíos, tanto a nivel local como a nivel mundial. Permitiría paz, permitiría integración con la región y permitiría beneficios para que los judíos puedan tener derechos iguales en todos los países del mundo. Mi conclusión es que debe haber una solución en la cual se parta de que haya una igualdad entre ambas partes y una convivencia entre ambas partes. ■



Plegaria sin atender. Los muertos suman 1300: 900 palestinos y 400 israelíes. Pero esto no podría llamarse «guerra». No hay un ejército contra otro, ni un campo de batalla definido.

Medio Oriente: ni shalom ni salam¹

RAMIRO ESCOBAR LA CRUZ*

En las últimas semanas, el conflicto en el cercano Oriente está llegando a extremos de violencia alucinantes. Mientras Ariel Sharon bombardea por aire, mar y tierra la franja de Gaza y Cisjordania, las brigadas de kamikazes palestinos crecen en progresión geométrica. Israel se ha convertido en un lugar absolutamente inseguro, pese a las promesas de seguridad de Sharon. ¿Cuál es el nudo de este conflicto? Ramiro Escobar estuvo en la zona del conflicto en junio del año pasado, en plena intifada, y ofrece acá una visión documentada de lo que acontece en este polvorín del planeta.

A la una de la mañana ese viernes sofocante de junio (era verano en el Medio Oriente), el malecón de Tel Aviv era una fiesta, un jolgorio casi de costa catalana, con decenas de bares y restaurantes abiertos, con cientos de jóvenes buscando un lugar donde beber y bailar sin piedad bíblica alguna. El **Shabatt** –que en verdad empieza el viernes por la noche– significaba poco para ellos; era, a la católica, sólo un tiempo de solaz y diversión.

La vida adolecía de una normalidad asombrosa, muy distinta a la tragedia que pintaban los noticieros de todo el planeta. De pronto, la realidad cortó la escena como con un cuchillo. Mientras dos amigos israelíes y yo empezábamos a degustar una sopa, en un restaurant de propiedad de un **kibutz**, una multitud despavorida prácticamente nos cayó encima.

–¡No vaya para allá, señor! ¡Es una bomba!– nos advirtió angustiado un mesero de origen boliviano, en medio de la batahola.

¿GUERRA?

Tratamos de avanzar hacia el lugar del incidente, armados apenas con una cámara fotográfica. Pero ya la rapidísima policía israelí había acordonado el lugar. Minutos después, se escuchó un sonido extraño, como el de una explosión apagada. El robot especial que se usa en este tipo de casos había hecho su tarea: fue una falsa pero terrible alarma.

Dos semanas antes, a fines de mayo del 2001, no hubo tiempo ni de gritar. A pocas cuadras de allí, cerca al delfinario de Tel Aviv, un joven jordano explotó junto con varios jóvenes israelíes en la puerta de una discoteca. Hubo más de veinte muertos. Frente al lugar del atentado, aún había flores y tristeza. También rabia, desesperanza, impotencia, dolor.

Ocho meses más tarde, la situación no ha hecho más que empeorar. Los muertos ahora suman más de 1300, por lo menos 900 palestinos y unos 400 israelíes, lo cual da una idea de la desigualdad de la batalla. Pero difícilmente esto podría llamarse «guerra», por más que Sharon mande tanques y aviones sobre tierra palestina. No. No hay un ejército contra otro ejército, ni un campo de batalla definido.

Lo que hay es un país establecido, próspero y militarmente muy poderoso contra un proyecto de país, pálidamente organizado, armado a lo más con carros blindados, fusiles y morteros. Y encima ocupado. Árabes, occidentales, las Naciones Unidas e incluso muchos israelíes aceptan que el meollo principal de esta hoguera es la ocupación de Cisjordania y Gaza, que empezó en 1967 con la Guerra de los Seis Días.

¿Fue algo injusto? En el Medio Oriente la delimitación oficial de las fronteras ha sido pulverizada por los conflictos armados. En este caso, el hilo de tensiones se remonta más atrás, al 29 de noviembre de 1947, cuando la ONU decide la partición de Palestina y le otorga a Israel un área que no incluía ni Cisjordania ni Gaza. Ni siquiera Jerusalén, la ciudad a la que los judíos de todo el mundo (incluyendo a los israelíes, que son los judíos ciudadanos de Israel) consideran su capital eterna e indivisible.

1 Shalom significa «paz» en hebreo. Salam tiene el mismo significado en árabe.

* Periodista en asuntos internacionales.

TUMULTUOSA VECINDAD

Se trataba de una forma de compensar a los judíos por el irreparable holocausto. El Sionismo, fundado por Teodoro Herzl hacia fines del siglo XIX, había considerado otros lugares —una parte de Uganda, por ejemplo—, pero la memoria histórica hebrea pudo más y consiguió volver a la tierra del Maná, siglos después. Allí, ya vivían árabes y judíos, juntos y a veces revueltos.

La historia anterior a la partición es larga y tendida, llega hasta los tiempos bíblicos del Éxodo, pasa por las Cruzadas, por la ocupación turca, por la ocupación británica. Baste decir, no obstante, que la convivencia entre árabes y judíos fue siempre difícil, pero no imposible. Sólo llegó al paroxismo con la creación del Estado de Israel.

Uno de los puntales de la convivencia árabe-judía, en la época anterior a 1948, fue el filósofo judío-vienés Martín Buber. Su gran opositor fue Zeev Jabotinski, inspirador del actual Likud, el partido de Sharon. Desde entonces, no ha habido unanimidad en la comunidad judía sobre esta cuestión. No la hay ni siquiera entre los judíos peruanos.

El 15 de mayo de 1948, el legendario David Ben Gurion, proclama el Estado de Israel. Al día siguiente, siete ejércitos árabes lo atacan. Era el comienzo de un rosario de conflictos armados que hicieron pender de un hilo la paz mundial.

La guerra de 1948 terminó con un armisticio firmado en 1949, tras el cual Israel pasó a controlar más del 75% de toda Palestina, más de lo que le había asignado la ONU. En los años siguientes, los cañones no dejaron de sonar en el Medio Oriente. La tensión entre Israel, Egipto, Siria, Líbano y Jordania era permanente y en 1956 en el Sinaí hubo otra guerra que no alteró demasiado las fronteras.

SEIS DÍAS QUE TRANSFORMARON LA REGIÓN

Fue la Guerra de los Seis Días de 1967

la que sembró un problema hasta ahora irresuelto. Para los árabes era una guerra de reconquista, de recuperación de los territorios invadidos por Israel en 1948. Para los israelíes se trató de la respuesta al presidente egipcio Gamal Abdul Nasser, quien concentró 100 000 soldados en el Sinaí, violando un acuerdo de desmilitarización.

Entonces ya circulaba en el Medio Oriente un abominable dicho, que merecería una exploración psicoanalítica: «los árabes quieren echar a los israelíes al mar». El Mediterráneo funciona en este caso como una suerte de tenebroso hoyo final, al cual Israel será arrojado si no se defiende. Como confirmando esos temores, en 1967, antes de la guerra, Araf, el entonces presidente iraquí, habría dicho: «llegó el momento de borrar esa mancha».

Al final, lo que quedó borrado fueron las fronteras anteriores a ese año. Entre el 5 y el 11 de junio, el ejército israelí, con Moshé Dayán a la cabeza, destruyó a los ejércitos de Siria, Jordania, Egipto e Irak. Provocó 15 000 muertos, destruyó 400 aviones y 800 carros de combate y pasó de tener 21 000 km² a controlar 70 000 km². Ocupó todo el Sinaí, los Altos del Golán, Cisjordania y Gaza. Era, en rigor, el dueño de Palestina.

Allí se origina parte del problema. En 1979, Israel hace la paz con Egipto y devuelve el Sinaí, pero mantiene bajo su control Cisjordania y Gaza. Entonces, para el Estado Judío, la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) era sólo un movimiento terrorista. Arafat vivía refugiado en Túnez, pero sus huestes ya daban la batalla en estos convulsionados territorios.

LA AUTONOMÍA EN SALMUERA

En octubre de 1973, durante la celebración del Yom Kippur, una importante efemérides judía, Egipto y Siria atacaron por sorpresa a Israel y casi voltean la historia. Pero Israel neutralizó el ataque, al punto que casi toma Damasco. Henry Kissinger logró la

desmovilización de las tropas en el Sinaí y el Golán. Las fronteras entonces tampoco se movieron.

Recién en 1994, tras los Acuerdos de Oslo de 1993, logrados en base a contactos secretos previos entre israelíes y palestinos, Israel acepta que en Cisjordania y Gaza se instale la Autoridad Nacional Palestina (ANP), manejada por la OLP de Arafat. El mítico líder palestino vuelve a Palestina veintisiete años después y hasta gana el Premio Nobel de la Paz, junto a los líderes laboristas Shimon Peres e Isaac Rabin.

¿Todo bien muchachos? En absoluto. La ANP tiene un Parlamento, ministros, pero no un territorio concreto. Las zonas autónomas palestinias están sembradas de más de un centenar de asentamientos judíos (unos 200 000 colonos), promovidos principalmente por gobernantes del Likud. Palestina es entonces una suerte de país salpicado de enclaves israelíes, como salta a la vista cuando uno va, por ejemplo, de Jerusalén hacia Belén.

La histórica ciudad del pesebre pertenece a Palestina, pero al frente, literalmente a tiro de piedra y de fusil (eso es lo que desgraciadamente suele ocurrir), está el asentamiento judío de Gilo. Lo mismo pasa en Ramallah, donde Arafat estuvo cautivo hasta el pasado 10 de marzo, en Nablús, en Jenin, en Hebrón. Los enemigos jurados prácticamente duermen juntos.

Además, los soldados israelíes controlan la entrada y salida de los territorios palestinos, con lo que la autonomía se convierte, casi, en un cuento de las mil y una noches. Israel justifica estos extremos por el dramático índice de atentados suicidas que han perpetrado los palestinos contra la población civil israelí. Pero los resultados han sido desastrosos. No ha habido ni seguridad ni paz. Sólo rebelión, muerte, más atentados.

No hay que olvidar, asimismo, que otra parte del problema son los más de tres millones de refugiados que viven fuera de Palestina. Parte de la negociación consiste en que retornen a lo que

consideran su patria, lo cual incluye partes de Israel. ¿Puede Israel aceptar eso sin sentirse amenazado? Esa, junto con el **status** de Jerusalén, es la mayor papa caliente del conflicto.

Además, dentro de Israel ya viven muchos árabes, que tienen ciudadanía israelí y representación parlamentaria. Nazareth, por ejemplo, es una zona árabe-israelí. En junio del 2001 todavía se podía observar en la entrada de la ciudad llantas quemadas, restos de una revuelta reciente a favor de los palestinos. A comienzos de marzo, cuando arreciaron los ataques de Sharon, en varias de estas zonas hubo una huelga general.

RABIN Y LA ESPERANZA PERDIDA

¿Cómo se ha llegado a la feroz situación actual? Ha habido muchos momentos de tensión, incluso otra **intifada** (1987), pero nunca se había estado tan cerca del precipicio. Una razón, que ya parece indiscutible, es que Sharon no es precisamente un mago de la negociación sino un señor, nunca arrepentido, de la guerra. Y tiene al frente a su archienemigo de toda la vida: Yasser Arafat.

Hoy se ve, con sangrienta claridad, que ésa era la ecuación perfecta para el estallido indiscriminado de la violencia. Es más, el 28 de setiembre del 2000, Sharon protagonizó una provocación sin nombre. Ingresó acompañado por decenas de hombres armados a la Explanada del Monte del Templo, un lugar sagrado para los árabes musulmanes, lo que enervó hasta la médula a los palestinos. La consecuencia, trágica, fue una nueva **intifada**.

¿Por qué entonces votaron por él los israelíes? ¿No fue un acto excesivo depositar la confianza en un hombre que, incluso, enfrenta hoy un juicio por crímenes de guerra en Bélgica? Hay que bucear nuevamente en la historia para entenderlo.

Lo conversado en Oslo se concretó en aquella ceremonia celebrada en Washington el 13 de setiembre de 1993, cuando un Bill Clinton bonachón hizo que



La chispa que incendió la pradera se inició con la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania en 1967, la Guerra de los Seis Días. Cuarenta años de conflicto y diez años de búsqueda de la paz han alterado las fronteras de los países implicados y han redibujado el escenario del conflicto de esa parte del mundo. En la foto, Shalala Street, Hebrón. (Foto: James Nachtwey).

Isaac Rabin y Arafat se dieron la mano, acabando, aparentemente, con años de odio. Lo que ambos firmaban era la Declaración de Principios de Washington, por la cual se ponían en marcha justamente los Acuerdos de Oslo. Eso implicaba el reconocimiento del Estado de Israel por parte de los palestinos, el otorgamiento de la autonomía de Cisjordania y Gaza, y echar las bases para discutir el status de Jerusalén. No era un acuerdo perfecto, pero tenía una virtud: empezó a crear, en ambos pueblos, cierta mística pacifista. Hubo manifestaciones de alegría tanto en Israel como en Palestina y

Rabin se convirtió en el adalid de esa nueva e inusitada era.

El entonces primer ministro israelí no se detuvo en su campaña por conquistar la paz. En 1994 firmó un tratado de paz con el rey Hussein de Jordania, poniendo fin a 46 años de enfrentamientos. En 1995, se reunió con Arafat, con el presidente egipcio Mubarak y con el mismo Hussein en El Cairo, para impulsar el proceso de paz. Se jugó a fondo, a pesar de que los ultraderechistas israelíes no dudaron en compararlo con Hitler.

El 4 de noviembre de 1995, durante una manifestación por la paz en Tel Aviv,

Yigal Amir, un joven fanático israelí perpetró el magnicidio que cambió, para mal, la historia del conflicto. Mató no sólo a Rabin de varios disparos sino que también asesinó, simbólicamente, el curso de un proceso. Shlomo Ben Ami, ex canciller israelí y respetable intelectual, definió el crimen como «un momento de crisis de nuestra conciencia colectiva».

Shimon Peres asumió el mando, pero las cosas ya nunca fueron iguales. Al año siguiente, perdió las elecciones frente a Benjamín Netanyahu, candidato del Likud. El cazurro político derechista ofreció devolver el 40% de los territorios ocupados, pero a la vez mandó construir un túnel en Jerusalén, que desembocaba nada menos que en el barrio árabe de la ciudad.

Las cosas casi vuelven a arder por esta decisión aventurada y no hubo progresos en la negociación, hasta que en 1999 Netanyahu perdió el apoyo de la Knesset (el Parlamento israelí) y tuvo que llamar a elecciones. En mayo de ese año, el laborista Ehud Barak, otro ex general al igual que Rabin, accedió al cargo de primer ministro.

EL RIESGO LATENTE

Barak, sin embargo, tampoco logró negociar exitosamente con Arafat. La versión más corriente es que le ofreció todo Cisjordania y Gaza. Pero es más preciso afirmar que el ofrecimiento era de algo más del 90 por ciento de los territorios ocupados. Según fuentes palestinas, el escaso porcentaje sobrante era suficiente para que Israel mantuviera el control.

- 2 El Príncipe Abdulá Bin Abdulaziz de Arabia Saudita ha propuesto recientemente que Israel se retire de los territorios ocupados, a cambio de lo cual los países árabes reconocerían, por primera vez en su historia, al Estado de Israel. La UE, los Estados Unidos y buena parte de la opinión pública israelí apoyan la propuesta, pero Sharon no parece muy interesado en ella. Por último, el 13 de marzo, el Consejo de Seguridad de la ONU se pronunció a favor de la creación de un Estado Palestino, una prueba más de que las políticas guerrilleras no tienen futuro.

Como fuere, Barak se tornó impopular y apenas un año y ocho meses después de su elección, el 9 de diciembre del 2000, llamó a nuevas elecciones. Para entonces, ya los sectores israelíes más conservadores estaban en una campaña dirigida a convencer a los votantes de que lo más importante era la seguridad. La segunda **intifada** ya había empezado (en septiembre del 2000).

Parapetado acaso tras el miedo a desaparecer en el mar, un 62% de los israelíes apoyaron a Sharon, contra sólo un 37% que votaron por Barak, quien intentaba la reelección. Cuánta falta le hacía entonces a los laboristas Rabin, esa curiosa mezcla de soldado y pacifista, que despertó, por lo menos por unos meses, la ilusión de que la paz valía más que cien mil batallas.

Entretanto, los grupos como Hamás y la Yihad Islámica desataron una ola de atentados terroristas dentro y fuera de Israel y encontraron en la presencia de Sharon su mejor justificación. Arafat quedó atrapado entre el fuego de las brutales represalias de su viejo enemigo y el peligro de tener una **intifada** dentro de la **intifada** si reprimía a las milicias integristas.

Hoy la popularidad de Sharon va cayendo, después de varios centenares de muertos y miles de heridos, mientras la Liga Árabe sostiene que la propuesta del príncipe Abdulá de Arabia Saudita² es la «última oportunidad de Israel». No tan lejos, en algún lugar de Afganistán, Osama Bin Laden también enarbolaba la causa palestina como uno de los motivos de su escalada de terror.

Es a ese escenario al que en marzo ha llegado Anthony Zinni, el enviado especial de la Casa Blanca. Desgraciadamente, mientras se afana hablando con uno y otro bando, el riesgo de un estallido en Tel Aviv, Cisjordania o Gaza está latente. Porque las bombas de tiempo de este conflicto están allí, todavía puestas por los malos acuerdos y los extravíos políticos. Y no será un robot quien las desactive, sino el coraje visionario de algunos hombres. ■



Mi gurú

POR EDUARDO SAID* / TRADUCCIÓN DE MIRKO LAUER

Ibrahim Abu-Lughod, quien fue catedrático de ciencia política en Northwestern University y más tarde vicerector de la Universidad Bir Zeit en la margen occidental, murió de 72 años el pasado 23 de mayo en su hogar de Ramallah, luego de una larga enfermedad. Me llegó la noticia de su muerte a la salida del aeropuerto de Tel Aviv, camino de visitarlo. Fue mi amigo más antiguo y más querido, notable como pensador introspectivo y un maestro y líder de carisma, cuya perspicacia sustentó una amistad que duró casi 50 años. Cientos fueron a su entierro en Jaffa, y al 'azza –el velorio– en su hogar y en el Centro Qattan de Ramallah. Varios de sus amigos hablaron en la conmemoración que hubo en un teatro de Ramallah al día siguiente de que fuera enterrado junto a su padre en un cementerio sobre la ensenada donde solía llevar a sus visitantes a nadar, siempre negándose a visitar el contiguo café playero israelí, que igual parecía de lo más acogedor. Uno de los oradores en el entierro de Jaffa fue Faisal Husseini, quien iba a morir exactamente una semana después en un cuarto de hotel kuwaití.

* Especialista en estudios culturales, es desde hace algunos años un distinguido catedrático de la Universidad de Columbia, y un dedicado activista de la causa palestina. Su libro más conocido es *Orientalism* (1979), la denuncia de un discurso acerca del este mundial usado por Europa para dominar a los colonizados. En 1993 publicó *Culture and Imperialism*, una recopilación de ensayos.

De muy diversas maneras la rica vida de Ibrahim y su muerte reflejan y aclaran ambos la turbulencia y el sufrimiento ubicados en el meollo de la experiencia palestina: por eso su vida merece ser examinada. Hay en ella mucho que ilustra la situación palestina en toda su irresolución. La cosa que llamaba la atención de todos al momento de su muerte era que Abu-Lughod había ejercido su propio derecho de retornar a Jaffa, algo que sólo una persona con su extraordinaria voluntad podría haber hecho. Nadie dejó de comentar su retorno a Palestina en 1992, tras una ausencia de 44 años, ni la década que pasó allí redondeando su vida de maestro, intelectual público y fundador de instituciones.

A pesar de ese desenlace teatral, subsistía en él una vasta inestabilidad. Seguía insaciado e inestablecido. Pero el retorno no lo cambió, aunque su contento fue mayor en casa que en el exilio. Para él Palestina fue una interrogación nunca completamente respondida, o siquiera adecuadamente articulada. Todo en su personalidad confirmaba ese desasosiego, desde su gregariedad hasta los humores de su introspección, desde su optimismo y energía hasta el paralizante sentido de impotencia que ha afectado a tantos de nosotros. Su vida expresa a un tiempo derrota y triunfo, abyección y logro, resignación y decisión. Para decirlo con brevedad, era una versión de Palestina, vivida en toda su complejidad

por uno de los mejores palestinos de nuestro tiempo.

Ibrahim—un hombre implacablemente articulado— será recordado menos por sus escritos, relativamente pocos, que por su capacidad de organizar personas y de establecer instituciones que les pro-

tro de Investigaciones Qattan para la Educación. Aun así, parecía consciente de que la lucha por Palestina no podría ser ganada fundando instituciones de este tipo, o incluso mediante la repatriación y el retorno. A la postre se trataba de estructuras reflexivas, autoreferenciales,



mitieran jugar un papel más efectivo que como individuos. En Estados Unidos fue clave en la fundación de la AAUG (la Asociación de Graduados Universitarios Árabe-Americanos), el Fondo Unidos de la Tierra Santa, El Instituto de Estudios Árabes, el *Arab Studies Quarterly*, y la editorial Medina Press. Fue el primer motor en el proyecto de una Universidad Abierta Palestina, cuya sede debió estar en Beirut hasta que en 1982 la guerra en el Líbano truncó la idea. En la margen occidental diseñó un centro para la reforma curricular y más tarde el Cen-

y serían minadas por la desposesión, la lucha y la interminable pérdida. Como un héroe de Conrad, Ibrahim siempre parecía estar intentando rescatar sentido y orgullo de los dramas que ocurrían en torno suyo, así como de sus propias debilidades.

Consideren los dramas que rodearon su vida. Al momento de su muerte una poderosa pero desorientada *intifada* se desarrollaba bajo su ventana. En 1982 había sido el sitio de Beirut, cuyos resultados fueron las masacres de Sabra y Shatila y la evacuación de

Líbano (la suya propia así como la de la OLP); en 1948 había sido la caída de Jaffa, la dispersión de su familia, el inicio de su largo exilio norteamericano, y su defensa abierta de la causa palestina; hasta, en 1992, su abrupto retorno a la margen occidental. Casi todo árabe-americano que combate el estereotipamiento racista, el racismo ideológico sufrido por los palestinos, y el perenne antagonismo al Islam, tiene una tremenda deuda con Ibrahim. El empezó la lucha, y en el caso de la mayoría de nosotros, hizo la lucha posible en primer lugar.

Luego de casi cuarenta años de lucha en norteamérica, hubo en efecto algún tipo de retorno –o *ʿawda*– pero sólo devolvió a Ibrahim a un sustituto fallido: no a una Palestina liberada sino al Área A de Oslo y, con su pasaporte estadounidense, a una Jaffa muy bajo control israelí. Probablemente fue el primero en advertir que el retorno palestino estaba sujeto al poder israelí aun al momento de su muerte (personal de inteligencia anónimo amenazó con cancelar su entierro), igual que fue el primero en advertir en 1988 que el Consejo Nacional Palestino y la OLP se habían transformado de movimiento de liberación en movimiento de independencia nacional. Algo mucho menos, como iba a revelar Oslo.

Nadie mejor que Ibrahim sabía convertir los escombros de la derrota en algo así como un logro. Pero nunca se quedaba satisfecho con triunfos puramente morales. Era de un realismo que le impedía no comprender el poder militar descarnado a tomar en consideración en, por ejemplo, la supervivencia de Arafat a los cataclismos de Beirut 1982. «No tenemos tanques», decía, «No tenemos poder real. Por eso ha sido tan fácil para los israelíes destruir nuestras instituciones y matar a toda esa gente».

Conocí a Ibrahim en Princeton, en 1954. En esos días no había alumnos de

pregrado extranjeros en las universidades. No había afroamericanos, ni mujeres: sólo los hombres jóvenes de la elite blanca recibiendo una excelente educación clásica y aprendiendo a sentir que era su derecho gobernar el mundo. Más tarde muchos de ellos lo hicieron. Un acaudalado residente del pueblo le había dado al departamento de música dinero para que los alumnos graduados asistieran al muy respetable programa de conciertos de Princeton. Me encargaron ir entregando los boletos. Una tarde particularmente calurosa y lenta de setiembre llegó un joven de modales vivaces, penetrantes ojos verdiazules y un denso acento; pidió boletos, me mostró a la volada su carnet de identidad (no pude pescar su nombre, solo registrar que se trataba de un estudiante graduado), y luego, cuando ya se iba, se volvió y me pidió repetir mi nombre. Cuando se lo volví a decir regresó hasta el interior de la oficina y me preguntó de dónde era. Yo dije algo así como soy de Egipto ahora, pero antes era de Palestina. Se le encendió el rostro: yo también soy de Palestina, dijo, de Jaffa. Ibrahim estaba estudiando con Phillip Hitti, un inmigrante libanés que había montado un destacado departamento de «Estudios orientales», es decir historia y cultura árabes. Me presentó a otros estudiantes graduados árabes, y en un santiamén tuve un grupo de amigos mayores con quienes podía hablar en árabe y lamentar la presencia sionista en Princeton, particularmente evidente durante la crisis de Suez.

Ambos dejamos Princeton en 1957 –él con un doctorado, yo con un bachillerato– y volví a Egipto por un año. Vi a Ibrahim y a su esposa Janet regularmente en El Cairo, donde él trabajaba para la Unesco. En aquel tiempo había pocos indicios de las actividades políticas que nos aguardaban. Yo me desplacé hacia el posgrado de Harvard y me vi menos con los Abu-Lughod, aunque sabía que habían vuelto a los EEUU

a empezar sus carreras docentes. Entonces nos cayó encima a todos el rayo de 1967, y de pronto recibí una carta en que Ibrahim me pedía colaborar con un número especial de *Arab World*, el mensuario de la Liga Árabe que se publicaba en Nueva York. Él era el director invitado para el número, concebido para observar la guerra desde una perspectiva árabe. Aproveché la ocasión para examinar la imagen de los árabes en los medios, la literatura popular y las representaciones culturales desde la Edad Media. Ese fue el origen de mi libro *Orientalism*, que dediqué a Janet e Ibrahim.

Los años que siguieron los Abulghod los pasaron en Chicago y yo en Nueva York, pero fueron de mayor acercamiento a partir de la política. Testificamos ante el Congreso, nos reunimos con George Shultz en 1988, instalamos el Instituto de Estudios Árabes en Boston, fundamos el *Arab Studies Quarterly*, y asistimos a sesiones del Consejo Nacional Palestino en El Cairo, Amman y Argel. Durante esos años de gran actividad Ibrahim reveló una capacidad genial para descubrir individuos talentosos en los Estados Unidos y en el mundo árabe, a los cuales ponía en contacto y ayudaba a trabajar en grupo. En junio de 1982, luego de un año en París, se mudó a Beirut a poner en marcha la Universidad Abierta Palestina, que había diseñado junto con la Unesco y la OLP. Dos días después de su llegada, la fuerza armada israelí invadió Líbano, y casi inmediatamente después su nuevo departamento fue destruido por un cohete israelí. Pasó los siguientes dos meses asediado en Beirut, viviendo en casa de mi madre con su buen amigo Shoel Miarri. Durante esas difíciles semanas nos comunicábamos de manera regular, casi siempre a instancias de Arafat, quien utilizaba a diversas personas, yo entre ellas, como intermediarios con el gobierno estadounidense.

Beirut probablemente fue para Ibrahim la experiencia más importante vivida hasta ese momento. Primero le enseñó que hasta las mejores instituciones pueden ser minadas por la mediocridad y la brutal inestabilidad de política y sociedad en el Medio Oriente. Segundo, le enseñó la verdadera dinámica del poder, tanto cómo afecta a quienes lo tienen, como a quienes carecen de él. Tercero, y acaso lo más importante, le enseñó que uno siempre puede seguir adelante, aunque el fracaso aceche. Ese fue el verdadero Ibrahim: el hombre que comprendió que lo único que cabía era seguir adelante, mantenerse optimista y leal a los camaradas (y sacarle el jugo al sentido del humor, no importa cuán macabro).

Cada tanto, me decía: somos mediocres, Eduardo, mediocres, y a la postre quizá sea esa misma mediocridad la que va a derrotar a los israelíes y a toda su brillantez. Pero siempre añadía: somos un buen pueblo, y terco, aunque no siempre seamos muy hábiles. Lo que más le indignaba de Oslo eran las ignominias que implicaba para los palestinos. El obsequioso y payasesco histrionismo de Arafat nos perturbaba mucho a ambos, y nos daba gran vergüenza habernos dejado convencer por él antes de Oslo. A diferencia de mí, Ibrahim quiso vivir en la parte de Palestina que Oslo había excavado y parcialmente arrancado a los israelíes —el Área A— y fue allí donde se aplicó al trabajo, con sus colegas y sus alumnos.

Ibrahim creía en los estándares académicos e intelectuales, fuera en la cultura árabe o en Occidente. Lo ponía eufórico descubrir a alguien en quien discernía potencial o talento, pues eso le daría la oportunidad de sacar a luz lo oculto y hacerlo brillar. Hay muchos —yo soy uno de ellos— que se sienten descubiertos, apreciados y luego llamados a filas por Ibrahim. Era el más grande de los alentadores, protectores, patrocinadores. Nada le

gustaba como un cumplido («estuviste fantástico») y nada tan definitivo como sus ataques («He is a jerk», la «j» pronunciada con un denso acento de Jaffa). Como maestro se debatía entre un prurito por influir y dominar, y el deseo de que predominara la igualdad. Como padre de tres muchachas talentosas y esposo de una académica de gran valor, era más tolerante con las mujeres que el árabe, o para el caso el occidental promedio. Aun cuando estaba siendo paternal, ese monitoreo tenía una calidad fraterna, y rara vez podía uno sentir tiranía, aunque sí era capaz de asumir un gesto tiránico, por lo general con muy buenos fines. Debajo del rugiente aplomo había un corazón amable.

Como muchos de nosotros, nunca se repuso realmente de la pérdida de Palestina, y sus primeros días de refugiado lo marcaron indeleblemente. Los recuerdos de ese tiempo, si bien nunca dicho con todas sus letras, siempre parecían ser parte de su furia contra Israel; y él comprendía que nuestra lucha sería larga y compleja, y que la autodeterminación no sería algo que veríamos en nuestras vidas. De una manera u otra, «la transformación de Palestina» (título de su recopilación de ensayos más conocida y un eufemismo para el robo del país por parte del sionismo) dominó la obra de su vida. Pero no era un militante irreflexivo, sino un intelectual feroz, y a veces hasta corrosivamente independiente. A pesar del hecho de que profesional y personalmente siempre estaba trabajando por la causa, nunca se le hubiera podido describir como un profesional. Era demasiado un amateur, impulsado por el amor y el compromiso.

Ibrahim me introdujo al tema y a la experiencia, por así decirlo, de Palestina. Como era siete años mayor que yo, y más versado en la vida de la Palestina del mandato, despertaba en mí y en otros el deseo de desenterrar memo-



Eduardo Said.

rias de nuestros primeros días, antes de que la *nabka* lo cambiara todo. Tenía un enorme, puntillosamente acumulado y articulado conocimiento de nuestra historia, así como una memoria viva de los orígenes de todas las personas y las cosas, dónde habían ido, dónde estaban ahora, o cuándo habían desaparecido.

Jaffa tiene que haber sido un lugar notable en los años 40. La escuela donde fue Ibrahim, Amariye, produjo una sorprendente colección de adolescentes, que en su condición de refugiados pasaron a vivir vidas distinguidas como activistas, académicos, empresarios. Ibrahim me presentó a esas personas y

ellos se han vuelto amigos cercanos. Entre ellos están Shafik El-hout, su aguerrido amigo, el bastión de la OLP que nunca abandonó su puesto en Beirut, ni siquiera durante la ocupación israelí de la ciudad, en el otoño de 1982, pero que renunció al Comité Eje-

ciendo a un siempre creciente círculo de palestinos de cuyas vidas podía extraer, en la incómoda presencia de los individuos mismos, una increíble cantidad de información erudita y de homilía útil. Maestros, abogados, académicos, empleados bancarios e ingenieros



cutivo por su profundo desacuerdo con Arafat respecto de Oslo; y Abdel Mohsen al Qattan, un exitoso empresario que ha gastado buena parte de su fortuna en ayudar a los palestinos a construir instituciones y que, igual que Shafik e Ibrahim, ha sido abiertamente crítico de Oslo.

Ibrahim se mantenía al día sobre sus vidas con el celo de un cronista medieval. En las reuniones del Consejo Nacional, o durante las asambleas de la Asociación Benéfica, me iba introdu-

obtenían de él evaluaciones expertas en su condición de parte concreta de la historia de Palestina. Uno podía sentirlo rechazando la evanescencia a medida que su relato se desarrollaba, otro rasgo conradiano que daba profundidad a lo que estuviera diciendo.

Fue Ibrahim quien introdujo a los árabes de Estados Unidos al mundo de las luchas de liberación nacional y a la política poscolonial. Lejos de ser un nacionalista palestino provinciano, tenía un punto de vista amplio, alimenta-

do por una envidiable ambición de conocer el mundo entero. Hablaba en forma sobrecogedora sobre lugares a los que yo nunca había pensado viajar, incluidos Perú, China y Rusia. Amaba estar en la gran ciudad y a menudo pasaba temporadas en París, El Cairo y Chicago. Más importante aún, vivía alerta al potencial –y a los límites– de la capacidad de las personas para ayudar a la causa palestina. Un decenio antes de mi tiempo, por ejemplo, comprendió que C.L.R. James se veía como un occidental y que no le sería fácil identificarse con los árabes. En el mismo sentido, como director del Programa de Estudios Africanos de Northwestern University tenía una impresionante familiaridad con los movimientos de liberación africanos. A muchos de sus líderes los conocía e invitaba a Northwestern. Le llevó años de ventaja a su tiempo en el reconocimiento del valor de figuras como Amílcar Cabral y Oliver Tambo, en distinguir sus movimientos y el tipo de colonialismo o sistema de opresión que ellos combatían, así como en encontrar paralelos con la situación en Palestina. A través de él uno también se encontraba con las grandes figuras del discurso nacionalista árabe, como Mohammed Hassanein Haykal y Munif el Razzaz.

Fue gracias a Ibrahim que en 1970 conocí a Eqbal Ahmad, el otro compañero de armas cuya extemporánea muerte me dejó tan disminuido. Como Ibrahim, Eqbal fue (para usar uno de los más altos elogios de Ibrahim) asil, un «auténtico», con el mismo don de una elocuencia infatigable, interminablemente fértil. Sentarse a escucharlos hasta las altas horas de la noche era ser lentamente intimidado hacia el silencio, mientras ellos iban tejiendo sus dilatadas disquisiciones, sus informes y hasta arcanos análisis, nunca del todo libres de un celo competitivo. Ninguno de mis gurús fue jamás mezquino con su tiempo y a ninguno

–acaso por el mismo motivo– le interesaba mucho la relativa parsimonia de lo impreso. Estilistas de la palabra dicha, plurilingües, generosos con sus ideas y sus historias, me apoyaron durante mi enfermedad de maneras que la timidez me impide presentar aquí. Lo que me desconsuela es que hayan tenido que morir antes que yo, en especial ahora que sus voces hubieran sido tan elocuentes y humanitariamente informativas.

Escribiendo sobre Eqbal al momento de su muerte hace dos años, y ahora sobre Ibrahim, me ha resultado difícil hacer una relación de sus logros esencialmente performativos. Ambos causaban una impresión duradera en todo aquél con quien se encontraban; sin embargo su recuerdo no está encarnado en un cuerpo de obras, sino disperso por entre varios grupos, sociedades, asociaciones y familias, todos los cuales fueron visible e invisiblemente transformados por la naturaleza de estos hombres y de sus logros.

Ambos volvieron a sus lugares de origen en sus últimos años: Eqbal, oriundo de Bihar, a Islamabad; Ibrahim, oriundo de Jaffa, a Ramallah. Pero en verdad no volvieron a casa. Al intentar capturar su memoria, uno la confina y la solidifica, y en tal sentido la traiciona: lo que estos hombres representaban era energía, movilidad, descubrimiento y riesgo. En el desarrollo de la historia palestina Ibrahim, creo, seguirá siendo un modelo de lo que significa haber estado dedicado a una idea: no como algo ante lo cual uno se inclina, sino algo con lo cual uno vive y que reexamina constantemente. Comprenderlo adecuadamente es reestrenar el drama de la lucha y los principios en que vivió enfrascado, no copiándolo, sino volviéndolo a vivir y, al hacerlo, dejándolo abierto para futuras revisiones y reflexiones críticas.

(London Review of Books, Londres, 13 de diciembre del 2001.) ■



Un pequeño Roberto Lerner, en El Olivar. (Archivo familiar)

La identidad compartida¹

ROBERTO LERNER

Nadie quiere ser estereotípico, vale decir reconocerse en el promedio consagrado por la imaginación popular y por los prismas ideológicos que la modelan de maneras sutiles o desemozadas. Uno de los componentes más importantes de mi identidad es ser judío. Es algo que quienquiera se encuentre conmigo por primera vez sabrá casi inmediatamente. Pero no por mi apellido, apariencia física, forma de hablar o vestimenta, sino porque lo digo. Lo digo, lo muestro y lo uso en mi discurso privado, así como en cualquier actividad de comunicación pública en la que me involucre: en los medios, las aulas y la intimidad de mi trabajo profesional.

Como no tengo nariz ganchuda, ni acento particular, ni soliderio, ni barba, ni caftán, ni limitaciones dietéticas, ni asistencia sinagoga que mostrar, mi judaísmo es discursivo antes que conductual. Soy consciente de que en el caso de una religión cuya esencia descansa en una suerte de manual de operaciones de la vida cotidiana —que cubre desde el nacimiento hasta la muerte, desde el amanecer hasta el anochecer, desde la alimentación hasta el sexo—, lo anterior podría ser equivalente a afirmar que soy un judío, literalmente, de la boca para fuera. Lo que no es especialmente enaltecedor.

1 El autor agradece la lectura benévola y los comentarios sobre ella que asumieron Julio Cotler, Mirko Lauer, Guillermo Bronstein, Felipe Burstein, Percy Goldemberg, Zurik Radzinsky y una colaboradora de **Quehacer** con quien me une un estrecho vínculo: Karina Lerner.

* Psicólogo de formación, conduce un programa televisivo sobre temas educativos y de juventud con León Trahtemberg.

Pero no es eso. Por lo menos no acepto que lo sea. No pretendo ante nadie —ni judíos ni gentiles— hacer lo que no hago. En el caso de los segundos explico, difundo y relato, siempre dejando en claro que, por ejemplo, los judíos no comen cerdo, pero que yo sí lo hago; y en el de los primeros, a quienes no tengo mucho que enseñar, reflexiono, escribo y comparto sin ocultar nunca —como en un comentario en el templo, el Día del Perdón, cuando conté que hasta hace cinco años atrás yo trabajaba en Kippur, y que hasta hace dos iba al baño turco— que no hago muchísimas de las cosas que mis correligionarios hacen.

En ambos casos es un ejercicio de descubrimiento. Me pongo en evidencia ante mis interlocutores a través de una diferencia que me marca, aunque no es fácil de definir: no soy como tú, aunque hago como tú, en unos casos; y soy como tú, aunque no hago como tú, en otros. Digamos que lo anterior se deba, en parte, a una vocación exhibicionista y egocéntrica, propia de personas que se dedican a oficios confesionales —los judíos, que no tenemos confesionario, abundamos entre quienes los ejercemos o consumimos los servicios que brindan—, pero no completamente. El ejercicio de la diferencia, como dimensión fundamental de lo humano —que se haga por obligación o inclinación, como logro o condena, no tiene, en el fondo, relevancia—, es indesligable de la experiencia judía.

Pero como quiera que las particularidades son siempre históricas o, más bien, están ancladas en la conciencia de una historia, permítaseme explicar cómo aprecio la de los judíos, en general; y cómo así, en particular, un eslavo

étnico, con dos apellidos alemanes, nació en la Clínica Americana de la Ciudad de Los Reyes.

Los judíos inventamos un Dios único con el que hicimos un pacto que debía reflejarse en el devenir concreto de la historia. A un pueblo nómada, de

cas sobre la inminencia de un evento que concretaría la promesa hecha a los patriarcas y que, desde el exilio babilónico –entre 596 y 538 AC– parecía haberse pospuesto *sine die* ante las sucesivas conquistas por parte de Persas, Griegos, Ptolemáicos y Seléucidas. El



Con sus padres, Enrique y Elena, 1953. (Archivo familiar).

pastores, le fueron prometidos una tierra que se encontraba en el cruce de las principales vertientes de la civilización mediterránea, y un futuro reinado moral sobre las naciones de la tierra. El texto del contrato –la Biblia hebrea– es una combinación de personajes densos desde el punto de vista psicológico, legislación frondosa sobre la convivencia social, mitos fundacionales, crónicas sobre el devenir de las relaciones internacionales, reflexiones sensuales y filosóficas, dilemas morales, denuncias sobre los abusos del poder temporal y profecías cada vez más específi-

breve paréntesis –entre 142 y 67 AC– del reino hebreo de los Hasmoneos, no hizo más que excitar la imaginación de los judíos y hacer mayor su frustración ante la pérdida de autonomía que significó la *Pax Romana* y la dinastía de los Herodianos.

El diálogo entre el Dios único y el pueblo que había elegido fue siempre complejo. Nadie puede acusar a los judíos de haberse dado una divinidad fácil, ni de haber mantenido con ella una relación de exclusivo sometimiento. La agresividad, la provocación, la ironía, la traición y el cuestionamiento

a Dios, están presentes a todo lo largo de la Biblia hebrea. En ella, las criaturas no le hacen la vida fácil a su creador y éste las llena de exigencias y regulaciones difíciles de cumplir, algunas francamente a contrapelo de todo lo que hacían los demás grupos humanos, además de las dolorosas pruebas que les envía como castigo por sus transgresiones o en respuesta a lo que parece en ocasiones sus propios divinos caprichos filosóficos.

El particularismo inevitable de un pueblo esencialmente errante, que no podía mostrar lo que lo particularizaba con imágenes o un panteón visible, sino con conductas diferenciales y regulaciones comunitarias, chocó con el universalismo conceptual heleno y el universalismo burocrático romano que lo había incorporado. Una cultura basada en el pacto se estrelló con una basada en el contrato. Una cultura sustentada en la administración de la escasez se enfrentó con una basada en la administración de la riqueza. Una cultura cimentada en la ética racional se contrastó con una basada en la estética racional. Una cultura centrada en la comunidad rebotó contra una centrada en la ciudad.

Desde el punto de vista militar el asunto no dejaba espacio para la incertidumbre. En la segunda mitad del primer siglo de nuestra era y en la primera del segundo, sendas rebeliones hebreas fueron aplastadas, y con ellas cualquier pretensión de autonomía nacional. Pero también quedaron canceladas las esperanzas apocalípticas y escatológicas que venían resonando con muchísima fuerza a través de libros como Enoch y Daniel y, posteriormente, de movimientos como los Esenios, los rabinos carismáticos, Juan Bautista y, por cierto, Jesús. Quizá el mundo mediterráneo estaba preparado, por esa época, para recibir alguna forma de monoteísmo o, por lo menos, de religión revelada. No faltaban candidatas y, de hecho, sus adeptos compitieron entre ellos, por ejemplo

los seguidores de Mitra, los de Jehová y uno de los grupos derivados de estos últimos, los cristianos.

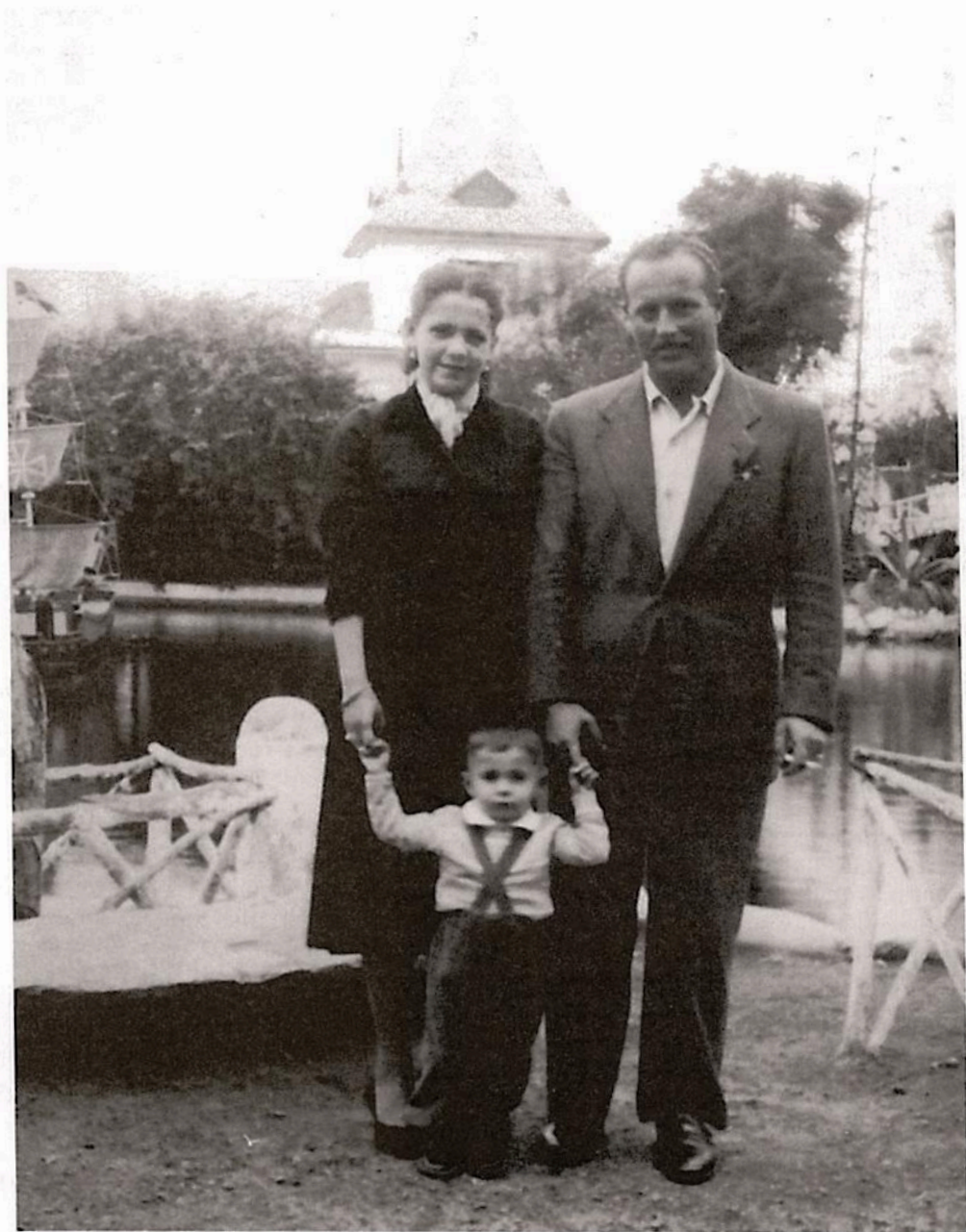
La guerra ideológica la ganaron, sin ninguna atenuante, los cristianos bajo la conducción genial de Pablo, quien decidió que, a través de las comunidades judías de la diáspora egipcia, turca y siria, debía lograr la aceptación del mundo helenizado y, luego, Roma, dejando de lado el particularismo judío y su normatividad –desde la circuncisión hasta las limitaciones dietéticas– e insertando, además de los aportes de la prédica de Jesús, elementos propios de los misterios helénicos. El triunfo de un Dios hecho carne –Jesús– sobre uno hecho texto –Jehová– y sobre deidades hechas madera o piedra –las deidades paganas–, se dio en el año 313 por medio de la conversión de Constantino. En 325 el Concilio de Nicea separó la Pascua judía de la cristiana y en 438 los judíos quedaron fuera de la ley, consolidándose así una reducción importante de una población que había llegado a constituir en algún momento el 8% del imperio romano.

A partir de ese momento –si dejamos de lado el atípico éxito proselitista con los Kázaros– los judíos habrían de vivir en casi todos los lugares de la tierra, sin expresión nacional ni evento apocalíptico que concretara la promesa de su Dios. Tampoco es que se hayan tomado, con el correr de los siglos, demasiado en serio una u otra posibilidad. Es más, los integrantes de las comunidades desparramadas por la tierra, siempre desalentaron y terminaron reprimiendo cualquier expresión –las hubo– en uno o ambos de esos dos sentidos. Pero sí intervinieron, cuando les fue posible y los dejaron, en los asuntos de este mundo, haciendo muchas veces de vasos capilares, de acuerdo con su suerte en diversos centros de civilización, que llevaban de un lado al otro ideas, tecnologías, bienes y servicios, al mismo tiempo que mantenían su fidelidad al Dios

único, a sus textos discutidos interminablemente, a sus particularidades conductuales y a sus reglas de vida comunitaria.

Es en la asimilación que ocurrió como consecuencia de la Ilustración en

Europa occidental y de los movimientos de liberación nacional en los países de Europa oriental, que nace el judaísmo moderno—una de cuyas consecuencias es la creación del Estado de Israel—que es parte de mis raíces. Laico, libe-



En Barranco, junto a sus padres. (Archivo familiar).

ral, secular, progresista, tolerante, escéptico, racionalista y abierto a todo aquello que concilie libertad y justicia, ética y estética, ciudad y comunidad, innovación y progreso. Aun con esos rasgos nadie está al margen de los ecos apocalípticos y escatológicos: dos judíos, Freud y Marx, que se inscribían en esa estirpe, terminaron fundando religiones.

Mi familia paterna circuló siempre por las fronteras entre Rusia y Rumania. Empujados por los pogroms, algunos de sus integrantes llegaron al puerto de Buenos Aires a fines del siglo XIX. Aron y sus padres se aventuraron en la ciudad porteña, pero, a la postre, sólo quedó él y su madre, Sara. El papá salió una tarde a comprar tabaco y no se supo más de él. Quizá terminó sus días en Odessa o tengo primos desconocidos atrapados hoy en el corralito financiero. Se casó con una dama con la que tuvo cuatro hijos. Se trasladó a Chile y enviudó. Se volvió a casar, en un matrimonio muy parecido a una compra-venta, con la sobrina de la finada, a la sazón una adolescente de 15 años –él tenía 32–, con quien tuvo a mi padre, a quien Sara crió hasta que mi abuela, más hermana de sus hijastros que madre, creció.

En 1927, cuando mi padre, Enrique, tenía diez años, llegaron al Perú. No tengo claras las razones de tanto movimiento migratorio, aunque el que Aron haya sido dueño luego de caballos de carrera –recuerdo uno, enorme, llamado Bayaceto– debe haber tenido algo que ver. Nunca poseyeron casa. Primero vivieron en el hotel Mauri y, luego, en el Bolívar, desde donde el hijo menor acudía al colegio Guadalupe en el que hizo toda su escolaridad. Durante la década del 30, la colectividad judía peruana atravesó una crisis institucional importante. Mi abuelo –que escribía poesías en Yiddish que desgraciadamente no puedo entender y de cuyas composiciones en español sólo tengo dos escritas en papel membretado del Bolívar,

una dedicada al reloj y otra a un diestro español– asumió algún papel de importancia en la reunión de los fondos necesarios para construir lo que fue la primera sinagoga en nuestro país en la era moderna: el templo de la calle Iquique. Contribuyó, igualmente, a la formación de la Unión Israelita de la que fue presidente.

Cuando mi padre terminó el colegio, mi abuelo tenía una sastrería en la plaza Pizarro. La sastrería Berlín cambiaría de nombre cuando, en 1936, nuestra selección fue eliminada injustamente por el régimen nazi después de ganarle en buena ley al once futbolístico de un país ario. Me cuentan que, en medio de una manifestación popular de repudio, Aron reemplazó el letrero por uno que rezaba «Sastrería Lerner». No puedo, por cierto, saber desde tanto después, y sin haber conocido lo suficiente a mi abuelo, las proporciones de miedo, sentido de oportunidad, solidaridad con el país anfitrión y habilidad marquera, en la receta de un gesto que fue bien recibido y no poco comentado. Pero mi padre no fue sastrero, contrariamente a su medio hermano, Sansón, que se hizo cargo del negocio, aunque dedicaba mucho más tiempo al ajedrez, en el que era especialmente bueno, y a la masonería en la que Aron también militaba.

Mi padre estudió derecho. Aunque el primer año lo hizo en Santiago –la decana de América había sido recesada–, el resto lo pasó en la vieja casona de San Marcos y culminó, exitosamente, con una interesante tesis sobre responsabilidad civil. Luego, abrió con otro abogado un estudio en la plaza San Martín. Su práctica profesional duró algo menos de ocho años. Me decía que no se sentía cómodo en un quehacer que consiste en probar que casi cualquier cosa es justa, en un país donde las injusticias más estrambóticas suelen ocurrir, con o sin sustento legal. El hecho es que él y Aron estuvieron entre los pioneros de la construcción de casas para la venta,

actividad en la que se desarrolló hasta el final de su vida.

Ese hombre inteligente, poco ambicioso, bastante culto, de esfuerzos intensos pero poco sostenidos, bien parecido y seductor, alegre y ávido de sensualidad, vestido a la moda y con

mania, estaba afincada en un pueblo que se llamaba entonces Noiern y ahora Ñirsko. Ciudadanos del imperio Austro-Húngaro, eran parte de los sudetes, cuyos habitantes hablaban alemán y cuya población tendría en los años 30 un muy importante contingen-



Niños judíos neoyorquinos con su típico atuendo negro. (Crédito: Bernard Hermann).

carro del año, juguetero y bromista, de ánimo cambiante y reacciones impredecibles, generoso y jaranista, tierno y pesado, adolescente hasta el último aliento, no practicó su judaísmo ni se involucró en la vida comunitaria. De todos los 613 deberes -248 prescripciones y 365 prohibiciones- que definen la vida judía, adhirió solamente a los que figuran en los Diez Mandamientos.

Mi familia materna circuló siempre por Bohemia. En los límites entre lo que ahora es la República Checa y Ale-

te de simpatizantes del naciente partido nazi. Industriales y comerciantes, muy trabajadores y responsables, severos en la crianza de los hijos y austeros en su modo de vida, estaban ciertamente orgullosos de su cultura secular y universal. No obstante vivir en una modesta concentración urbana, podían darse el lujo de visitar con alguna frecuencia Viena, Praga, Múnich y veranear en Italia.

Hansel y Gretel, así se llamaban mis abuelos, tuvieron dos hijos, Peter y

Elena, a quien llamaban Mady, el equivalente de Naña. Una pareja profundamente unida, tradicional y convencional, pero muy poco religiosa, vieron con preocupación y alarma el desenvolvimiento de acontecimientos que fracturaban inevitablemente el orden emergido del Tratado de Versailles. En las discusiones con otros miembros de la familia resurgían temas viejos de un siglo y medio entre los judíos occidentales. Muchos habían asumido con expectativas optimistas la Iluminación –Haskalá– iniciada por alemanes y posteriormente rusos, que rompía los marcos del gueto y proponía asumir la cultura secular occidental, reivindicar en todo caso valores más hebreos que judíos, y abandonar las marcas de la diferencia que se centraban en la observancia religiosa. ¿Estaban ellos identificados con la cultura alemana, a salvo de que las señales que ya no ostentaban en su modo de vida, lengua y costumbres, sustentaran una marginación o, peor aún, una persecución?

La discusión quedó zanjada definitivamente cuando mi madre fue sacada violentamente de la cama una noche de 1938. Hitler, en un ensayo general de lo que habría de suceder luego, invadió ese territorio, alemán desde el punto de vista lingüístico, sin que las potencias europeas occidentales reaccionaran. De Noiern a Praga y de allí, previa coima –un carro Tatra del año– a Inglaterra, pasando por Holanda, donde una turba pro nazi detuvo al tren cargado de judíos durante una noche. En Liverpool, la familia Stein pasó un año durante el cual Mady, en ese entonces de diez años, fue al colegio provista de una máscara anti gas ante el temor, felizmente no cumplido, de que Alemania utilizara esa sustancia como arma. El destino final fue Chile, más específicamente Iquique, donde el abuelo Hansel trabajó como empleado en una fábrica de conservas cuyo dueño era cuñado de mi padre.

Ninguno de los dos hermanos Stein culminó la secundaria. Los padres no se opusieron a su deseo de abandonar el colegio: se habían vuelto sumamente prácticos, o quizá escépticos, frente a planes de largo plazo cuyos presupuestos pueden ser hechos añicos en un tris. Hicieron trabajos de distinta índole, mientras se comprometían con un movimiento de extrema izquierda sionista, cuyo fin era la emigración a Palestina bajo mandato británico y la lucha por un Estado judío igualitario y basado en el trabajo comunitario de la tierra. Ninguno alcanzó ese objetivo sino hasta mucho más tarde y por distintas razones. Él, con toda su familia, cuando cayó Salvador Allende, y ella once años después. En una visita a Chile de mi padre, la joven europea de diecinueve años se enamoró y lo desposó en diciembre de 1949.

La pareja se instaló en Lima. Improbable unión la de un abogado de treintaitrés años que había vivido en hoteles y gustaba de la buena vida, con una austera izquierdista de veinte, que había sido formada con la idea de vivir en una granja colectiva. En ambos casos, se trataba de personas que buscaron alejarse de sus contextos de origen: en el primero, aboliendo las diferencias y acercándose lo más posible al entorno en el que vivía; en el segundo, a partir del fracaso de la asimilación, pero también de su contrario –ninguna de las dos opciones salvó a nadie de los campos de exterminio– formando parte de una sociedad donde la identidad fuera nacional y no religiosa.

La dinámica y la tensión entre esos dos estilos, dos personalidades y dos concepciones de la vida, me marcó fuertemente. Pero, además, no estuve expuesto al judaísmo conductual en el marco de mi hogar. No viví ninguno de los rituales propios de la vida judía en la logística cotidiana de mi casa. Ni comidas de viernes por la noche para recibir el *Shabbat*, ni limitaciones alimenticias en ninguno de sus alcances, ni Yiddish –o cualquier otro idioma o

dialecto, que no fuera el español, como instrumento de comunicación adicional—ni cambios perceptibles en la vida diaria con ocasión de ninguna de las celebraciones—incluyendo el día del perdón—tradicional. Dado que no tenía familia que pudiera eventual-

yor del ciclo vital, se identificó con las clases que seguía con el rabino Goldstein, antes que con un proceso relevante desde el punto de vista espiritual. No es que haya vivido eso con indiferencia. Para nada, si releo algunas de las palabras que dije frente a la



Lerner con sus abuelos paternos, Aron y Bertha, en 1953. (Archivo familiar).

mente servirme de modelo alternativo por ningún lado, la fenomenología del judaísmo estuvo ausente de mi crianza.

Eso fue la provincia del León Pinelo, colegio en el que estudié toda mi escolaridad y donde aprendí los signos exteriores de la identidad judía y sus significados. Dado que en esa época, finales de los 50 y los 60, se trataba de una institución educativa bastante laica, puedo decir que el proceso tuvo mucho más de académico que de otra cosa. Incluso mi Barmitzvah, la mayoría de edad religiosa y un evento ma-

congregación el día que fui llamado para leer la Toráh: «Responsabilidad ante mi pueblo, el pueblo judío... Y ahora tengo miedo. Pensar que unas líneas de su historia las escribiré yo...» Más allá de la soberbia adolescente que trasunta el texto, no puedo dejar de lado el sentimiento de estar nuevamente frente a un discurso que se ancla en relatos, antes que en la realidad de rituales.

Ese fue mi judaísmo hasta los dieciséis años: una suerte de explicación histórica de mi presencia en el Perú y la de una familia aislada de las

redes que proveen el parentesco y los ritos. Un relato contado por los representantes de una tradición que había sido parcialmente cancelada por motivos distintos, pero que servía de referencia y contraste con una cotidianeidad de la que estaba ausente. Es más, no sólo las experiencias concretas de judaísmo estaban atrincheradas en el colegio, sino que éste también era la fuente casi única de vivencias con judíos de carne y hueso. En efecto, mis padres no frecuentaban a personas de la comunidad. Más bien, los hijos de sus amigos me hicieron sentir la realidad de la Navidad y mis noches en casa eran frecuentemente interrumpidas por animadas jaranas protagonizadas por Oscar Avilés, Alejandro Cortés y Juan Egoaguirre, los integrantes del legendario trío Los Morochucos.

Entonces me fui a estudiar a Israel. No por razones ideológicas —aunque asistí a un movimiento juvenil, no me consideraba sionista— sino porque gané una beca que me permitiría estudiar Psicología y Educación para, luego, regresar al país y eventualmente hacerme cargo, irónicamente, del colegio. Eran los meses posteriores a la Guerra de los Seis Días, pero también los tiempos de rebelión estudiantil. Cuando estaba aterrizando en el aquel entonces aeropuerto de Lod en Tel Aviv, París estaba llena de barricadas, y memorables, aunque inocentes graffiti habían prohibido prohibir y querían llevar la imaginación al poder. Miles de jóvenes judíos llegaban a Israel, trayendo consigo los sonos de Woodstock, el **Libro Rojo** de Mao, las canciones de la Nueva Trova, las exploraciones psicoactivas, el amor libre, frustraciones familiares y traumas personales.

Fue en ese contexto, de una inicial intoxicación con el orgullo por una guerra brillantemente ganada, de un posterior desgarramiento ante los dilemas morales que significaba el control militar de territorios y poblaciones

ajenos, del descubrimiento de costumbres y experiencias vitales absolutamente inauditas para mí, de un debate intelectual permanente, de una vida universitaria riquísima y gratificante, que conocí el lugar donde en los documentos de identidad se pone «judío» cuando hay que especificar la nacionalidad.

Estar en un país en el que lo único que comparte la mayoría de sus ciudadanos es ser judío, fue ciertamente interesante a la vez que desconcertante. Pero puso el asunto del judaísmo conductual como marca de pertenencia o diferenciación, entre paréntesis. Ser de derecha o izquierda, estar a favor o en contra de la devolución de los territorios, querer romper con el modo de vida burgués o no, eran cuestiones mucho más importantes. Durante los años de mi estadía en Israel nunca pisé un templo y las únicas celebraciones en las que participé se dieron en granjas colectivas donde el espíritu era indudablemente bíblico pero no religioso. Pero leí, escribí, estudié y hablé en hebreo, y viví en Jerusalén impregnado de su enorme poder místico y en medio de los testimonios macizos de las raíces espirituales de una parte importante de la humanidad. Al mismo tiempo que formaba parte de una sociedad que es, sin duda, entonces y ahora, uno de los experimentos sociales más fascinantes de la historia.

Los años siguientes fueron más bien indiferentes con respecto de la identidad judía. Los pasé en París terminando mis estudios y dedicado a definir mi camino profesional y académico que iba, supuestamente, a terminar en un instituto de investigación sobre el desarrollo de la mente, especialmente la relación entre la afectividad y la inteligencia. Hasta que la muerte de un familiar político me condujo nuevamente a mi patria, donde además de no tener parientes fuera del núcleo padres-hermanos, ni vínculos comunitarios, tampoco había desarrollado las

redes de soporte que emergen de una vida universitaria común.

La docencia universitaria en la Sección de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú, la lucha gremial por lograr el Colegio de Psicólogos del Perú, la práctica privada en psicoterapia de niños y adolescentes, los avatares políticos del regreso de los militares a sus barracas y la transición hacia la democracia, fueron los marcos en los que me desenvolví al llegar. Ser judío fue en ese entonces anunciar claramente que lo era ante quienes no lo eran, y dejar en claro que lo era de una manera distinta ante quienes lo eran. Experiencia diferente a la que tenía mi pareja, una judía, hija única, nacida el 28 de julio, con bastante más calle limeña que yo, de padres húngaros –idioma que se había hablado siempre en su hogar– provenientes de áreas disputadas entre Rumania y Hungría o Yugoslavia y Hungría, que habían sido prisioneros en Auschwitz y desplazados, cuando ya habían sobrevivido a los campos de la muerte, por la conquista del poder de los partidos comunistas de los países de Europa Oriental, hacia nuestro país donde llegaron ya adultos.

El nacimiento de mis hijos cambió las coordenadas de manera significativa, ya que hubo que negociar concepciones distintas frente a su crianza, aunque no hubo mayores divergencias cuando se decidió su inscripción en el León Pinelo. Durante un tiempo más o menos largo, se reprodujo el patrón de socialización judío que yo había tenido, aunque las fiestas se reflejaban en algunos cambios importantes en el nivel del hogar: velas prendidas los viernes, comida de pascua, comida de año nuevo y rompimiento del ayuno el día del perdón, pautaban el discurso del tiempo e introducían una interacción familiar marcada por ciertas referencias religiosas e históricas, acompañadas de rituales hechos a la medida de ocasiones en las que siempre había gentiles invitados.

Pero el cambio más importante no lo trajo el nacimiento, sino la muerte. La de mi padre en 1984 y la de mi hermano siete años más tarde. Cuando personas que no conocía en la primera, se introdujeron en la casa y asumieron absolutamente todas las tareas relacionadas con los rituales funerarios, desde los trámites civiles, hasta los rezos y el entierro propiamente dicho, pasando por el lavado del cadáver. Ese hacerse cargo de la parte más cargosa aunque no la más pesada de la pérdida, me pareció francamente extraordinario, más aun cuando quienes cumplían esa función eran voluntarios de la misma comunidad que yo veía con tanto recelo y, a veces, desprecio. En la segunda, en 1991, las circunstancias difíciles y atípicas en las que ocurrió la muerte de Raúl me hicieron reflexionar más profundamente sobre la dinámica de las pertenencias y la lógica comunitaria que subyace en la vida judía.

Es verdad que luego del fallecimiento de mi padre, mi mamá cumplió su meta de emigrar a Israel donde se volvió a casar y también volvió a usar, cuando la Guerra del Golfo, máscaras anti gas. Al poco tiempo mi otro hermano la siguió, concluyendo un deambular que lo había llevado por muchos países desde que salió del Perú en 1974. Y un poco antes de la trágica desaparición de Raúl, cuando fue el Barmitzvah de mi hijo, regresé al Medio Oriente después de una ausencia muy extraña –dado el hecho de que viajaba con mucha frecuencia por asuntos de trabajo– de veinte años.

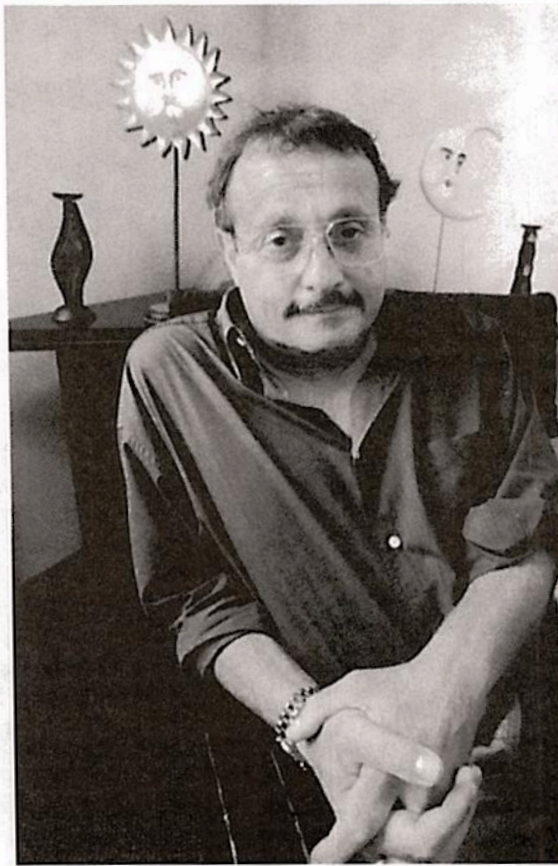
Desde entonces, la historia del judaísmo ha sido un tema de estudio *amateur* de mi parte, incluyendo la búsqueda de conocimientos sobre el Jesús histórico y la comprensión de lo ocurrido entre el último siglo antes de Cristo hasta que, al principio del cuarto, Constantino hizo del cristianismo la religión oficial del imperio romano. Visito todos los años Israel y me sumerjo por unas semanas en su devenir

desgarrado y apasionante. Participo en la vida comunitaria como profesor del colegio León Pinelo y en los debates organizados a propósito de temas, casi siempre polémicos, en los que expongo mis posiciones de manera clara y sin ambages. Trato de convertir las festividades en ocasiones de encuentro entre la familia y los amigos, judíos y no judíos; y raramente perdono la comida del viernes por la noche, que se convierte en una asamblea familiar.

Contrariamente a muchísimos compatriotas, judíos y no judíos, sólo poseo un pasaporte: el peruano. Aun si quisiera tener otra nacionalidad, no podría: a ninguno de mis antepasados se le ocurrió nacer en un territorio que perteneciera a una nación de manera indisputable. Mucho me liga a lejanos horizontes que albergaron a mis antepasados y albergan a familiares, muy cercanos, que no tengo en mi patria. Mucho me vincula a espacios en los que he vivido y que se encuentran a miles de kilómetros del país que me vio nacer. Mucho me remite a lenguas ajenas a las que hablamos los peruanos. Mucho me acerca a metáforas, mitos, relatos y emociones, distintos a los que dan sentido a las vidas de mis compatriotas. Poco me atan las creencias religiosas de otros judíos y, menos aún, las de quienes, gentiles, tienen el mismo pasaporte que yo.

Pero es en este país donde aprendí a ser lo judío que soy y a investigar en los misterios de mi identidad. Es en este país donde he podido luchar por lo que creo y que es más importante que cualquier otra cosa: la posibilidad de decir siempre lo que pienso, de sustentar mi derecho a ser, de aceptar las diferencias y oponerme a cualquier poder, temporal o espiritual, que pretenda esclavizar la curiosidad y achatar lo humano, características que yo identifico plenamente con el espíritu del judaísmo. Para mí, ser peruano y ser judío son dos vivencias especulares: no puedo entender la una sin la

otra. Y son, igualmente, dos experiencias inacabadas. Se trata de dos identidades que se siguen haciendo, dos identidades que tienen futuros inciertos por los que vale luchar, dos identidades complejas que –ambas– se nutren –cada una de ellas– de ele-



«Para mí, ser peruano y ser judío son dos vivencias especulares, dos experiencias inacabadas. Dos identidades que se siguen haciendo, complejas.» (Foto: Caretas).

mentos que cuesta mucho integrar. Intento transmitir mi orgullo de ser judío y el de ser peruano a mis hijos, quienes, cada uno a su manera y con distintas proporciones, van recogiendo algunos de los valores que caracterizan a ambas identidades, con los que harán lo que ellos y sus circunstancias decidan. ■

Los judíos llegamos huyendo

**UNA ENTREVISTA
CON ISAAC MEKLER*,
POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN**

¿ Podría explicar los conceptos de comunidad e identidad judía?

– La Comunidad judía es la organización de todos los que profesamos la religión judía. La comunidad se ha organizado en el Perú por lo menos hace cien años, con la llegada del primer judío. Todos los judíos que estamos acá somos descendientes de inmigrantes, de los judíos originarios, porque la religión se lleva por la sangre. Nuestros antepasados han venido de Europa, corriendo, perseguidos, escapando de las diversas guerras y del holocausto. Todos los judíos que estamos en América somos consecuencia de las expulsiones que hemos sufrido a lo largo de la historia. La comunidad se ha ido organizando

Isaac Mekler es actualmente el presidente de la Comunidad Judía en el Perú.

Alumno del León Pinelo, dice que «los judíos que estamos en América somos consecuencia de las expulsiones que hemos sufrido a lo largo de la historia».

(Foto: Carla Leví)

por la necesidad de recibir a los inmigrantes, y una vez instalados, vivir. Los judíos veníamos a América en busca de un orden antisemita, para vivir de acuerdo a nuestra fe; eso era lo que buscábamos, ya que antes nos habían expulsado básicamente por el ejercicio de nuestra fe. Entonces ahí se organizan como comunidad. En el Perú, básicamente, funcionó así al comienzo como en todas las comunidades del mundo; tú formabas parte de una comunidad judía según el origen de tus antepasados. Con el tiempo eso ha cambiado y ya no es en base a tu origen, sino que hay los judíos ortodoxos, los judíos conservadores, digamos, según como quieras mantener las tradiciones que te han enseñado.

– **¿La religión es tan fuerte como elemento vital de la identidad judía? ¿No hay otro?**

– Tenemos un elemento nacional que es muy importante: el Estado de Israel, nuestro Estado, nuestra patria, pero sobre todo es una religión. El pueblo judío es originariamente una religión. Tenemos como Estado solamente cincuenta años y como religión casi cuatro mil años. Eso no significa que todos los judíos sean practicantes. No significa que todos los judíos te van a decir «yo creo profundamente en la fe que heredamos de Moisés»; algunos te van a decir que son ateos. Pero el judaísmo es un asunto de sangre, que se transmite y se hereda de padres a hijos. Todos los que han nacido de una madre o de un padre judío son considerados judíos, aunque ellos te digan, «no creo en esa ley», o «la ley hay que cambiarla». Pero ese es el judaísmo. El judaísmo principalmente es una religión.

– **¿Hay un sentimiento de ser diferente en la identidad judía, de mundo cerrado?**

– Siempre se nos ha dicho que somos un pueblo cerrado. No somos un pueblo cerrado, simplemente somos

un pueblo diferente; ni mejor ni peor, sólo diferente. Tenemos otras costumbres y queremos vivir de acuerdo a ellas. No queremos cambiarlas. Yo creo justamente que si después de tres mil años y a pesar de todas esas presiones que he mencionado, no nos han matado y hemos sobrevivido, es porque somos un pueblo diferente y nos empeñamos tercamente en mantener esas diferencias en un mundo en el que no tenemos más remedio que vivir y en el que queremos vivir. Por eso mantene-mos nuestras diferencias.

– **¿Cómo se siente un judío en el Perú, espectando el conflicto palestino-israelí, el centro del conflicto mundial actualmente?**

– Esa es una carga que nos cuesta mucho llevar. Israel es nuestro centro. Cada vez que hieren a un soldado israelí, nos hieren a cada uno de nosotros. Cuando matan a un israelí, matan a cada judío en cualquier parte del mundo. Nuestra identificación con Israel no es sólo como Estado, sino como patria, como tierra eterna, eso está claro. Pero de allí a afirmar que el conflicto árabe-israelí es el culpable de todos los males del mundo, me parece un poco exagerado; y así como se están poniendo últimamente las cosas, entonces Israel tendría la culpa que se hayan volado las torres gemelas de Nueva York.

– **¿Qué piensas del lobby judío en relación al conflicto Israel-Palestina?**

– Mira, yo creo que hay cosas mucho más elementales que el lobby judío; Israel es la única democracia en toda esa zona y tal vez es por eso –mucho más que por lobby– que Estados Unidos nos apoya. Es el único país que respeta claramente los derechos humanos. Evidentemente, Israel es mucho más fácil de apoyar, porque es un Estado democrático, occidental, con instituciones fuertes, con un poder judicial independiente, que a esas dictaduras árabes. Aparte de Israel, en toda esa región no hay una sola democracia, ni Arabia Saudita con la que Estados Uni-

* Presidente de la Unión Israelita del Perú y de la Sociedad de Beneficencia Judía.

dos tiene grandes relaciones. Probablemente haya un lobby judío, yo no tengo certeza de eso, pero a los Estados Unidos le es mucho más fácil estar del lado de Israel porque es un país que respeta los derechos humanos, que respeta la democracia; la gente vota por su presidente y si no le gusta lo saca, como lo han sacado tantas veces en los últimos años.

– ¿Se siente una especie de racismo contra el judío en América?

– Hay una cierta lección aprendida desde chico, por ejemplo, que el judío es tacaño. Esas cosas no se han logrado erradicar, pero hemos avanzado bastante. El judío está absolutamente integrado pero creo que hay en la parte de atrás de la sociedad unos recuerdos, unas enseñanzas muy antiguas que aún quedan. Yo no sé si es racismo, o cosas que nos enseñaron, pero es muy difícil olvidarlas; el tema está ahí, siempre latente. Nosotros, los judíos, vivimos con un poco de temor de que en cualquier momento vuelva a salir ese terrible antisemitismo. Y en el tema este de las torres de Nueva York, cuánta gente acusó a los judíos de ser los culpables, eso es una especie de racismo, más o menos contenido, controlable, pero yo no diría que ese asunto ha desaparecido, ni mucho menos.

– Gracias a tu experiencia en la comunidad judía en el Perú, ¿cuáles serían los rasgos, si es que los hay, de un judío peruano frente a un judío de otra nacionalidad?

– Yo sé que los judíos nos comportamos más o menos igual en todas partes del mundo, con un enorme espíritu solidario al interior de nuestra comunidad y un deseo de progresar y aportar al país en el que residimos. Nosotros tenemos un inmenso agradecimiento por los países que nos han recibido. Nosotros llegamos hace pocos años a estas tierras, como te decía corriendo, con una mano atrás y otra adelante, sin conocer el idioma, sin conocer la cultura y a los pocos años hemos llegado a ser empresarios de éxito, o ministros de Estado, hemos

hecho aportes a la cultura; lo único que podemos tener es agradecimiento por estas tierras que nos recibieron.

– Hay una rara combinación en los judíos: son comerciantes, científicos y artistas. ¿Cómo se logra?

– Lo que pasa es que en nuestra cultura la educación es el gran tema. Por eso hay una dedicación, sobre todo de las madres judías, a educar bien a sus hijos, para que cada vez aprendan, conozcan y aporten más. La educación no es un tema accesorio en nuestra comunidad.

– ¿Es fundamental?

– Sí, fundamental y de una gran presión. O sea, los judíos tenemos que estudiar mucho. No es una coincidencia que nuestro colegio León Pinelo sea uno de los mejores a nivel académico, uno de los de más altos índices de ingreso a universidades. Eso tiene que ver con esta sensación de desarraigo que todavía existe: si nos vamos a tener que ir, tendremos que llevar nuestros conocimientos con nosotros, de forma tal que podamos triunfar también en otros sitios.

– Esa es una posibilidad remota, imposible...

– Sí, como también era remota en la Alemania Nazi, que justamente por esa idea de remota e imposible costó tantas vidas. En esa época, los judíos decían: «nosotros somos primero alemanes y después judíos», hasta que tuvieron que morir varios millones para darse cuenta de que alguien te va a recordar que eres primero judío. No digo que esa posibilidad exista, estoy tratando de adivinar por qué esa agrupación es tan tensa por saber más, por tener más, por ser más en todo el mundo.

– Quizá por eso los judíos están tan cercanos al psicoanálisis.

– Sí.

– ¿Es una característica?

– Woody Allen lo hizo famoso. Woody Allen es un típico judío, que además en sus películas se encarga de recordarnos todos sus traumas judíos. De hecho, Sigmund Freud era judío.

- ¿Qué es lo que tratan de desentrañar? ¿Algunos problemas propios de la identidad judía, o humanos en general?

- Yo diría que son humanos. Tal vez habría que desentrañar nuestra enorme preocupación por todo lo humano.

libros que la interpretan, como el Talmud. El Talmud no es otra cosa que un libro de discusiones entre sabios sobre cómo interpretar la Biblia. Nuestra fe nos obliga a discutir, a cuestionar, a preguntar, a saber; entonces, todo eso desarrolla el interés por saber

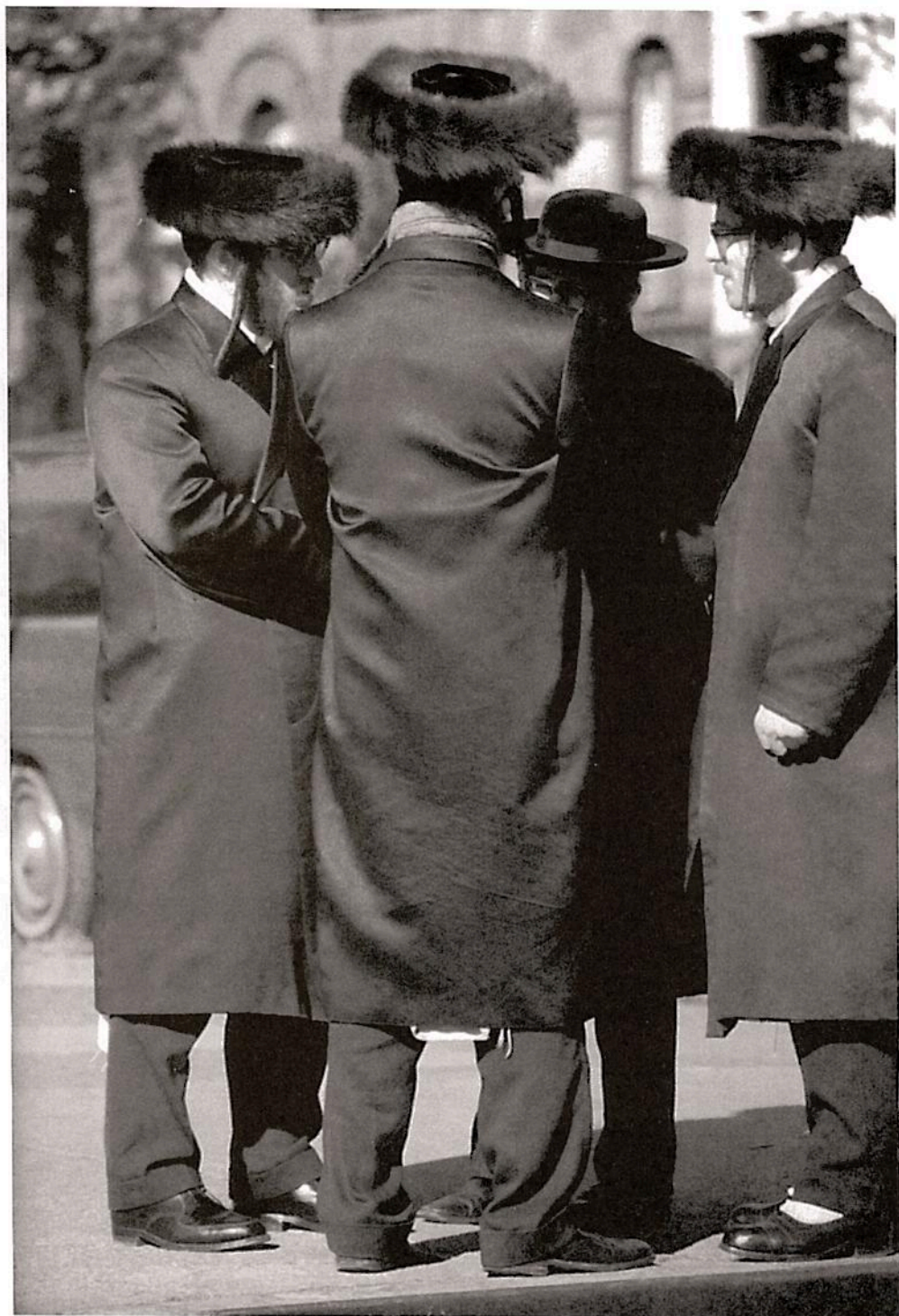


Benjamin Netanyahu reza en el Muro de los Lamentos. Para Isaac Mekler, «Cada vez que hieren a un soldado israelí, nos hieren a cada uno de nosotros».

- Como la madre, por ejemplo.

- Porque la madre judía es un personaje muy característico, muchas veces fuente de bromas y de chistes entre los comediantes, pero es la que empuja a su hijo a que se prepare. No son sólo chistes, es la preocupación por que el hijo tiene que ser mejor que el padre, que avance. Es lo que pasa con nuestra religión, muy dada a la discusión. El libro fundamental es la Biblia y hay

más. Tú vas a una sinagoga y vas a ver, a diferencia de una iglesia, un montón de libros desordenados. Y la gente se pregunta, ¿por qué? Porque constantemente se está consultando, y por qué dice esta palabra y no otra; y por qué Abraham dijo esto y no lo otro. Hay una necesidad constante de saber más y de preguntar. Yo diría que el mayor reto judío es el constante preguntarse: por qué, para qué y cómo.



«Nosotros, los judíos, vivimos con un poco de temor de que en cualquier momento vuelva a salir ese terrible antisemitismo». (Foto: Bernard Hermann).

- Mis amigos judíos tienen una rara combinación: son inseguros, y al mismo tiempo se consideran intelectualmente superiores al resto.

- Probablemente seamos un pueblo inseguro, pero tiene que entender que es un pueblo que está caminando hace tres mil años; es difícil que uno sienta la seguridad, la certeza y la estabilidad. Y superior no se siente, de eso nos han acusado mucho. Ser diferente no significa ser mejor, de ninguna manera.

- Pero son conscientes de que poseen una mejor formación.

- La educación y la alimentación son los dos grandes temas del pueblo judío, sobre todo la educación. Trajimos al mundo el documento probablemente más importante y más leído, que es la Biblia. Documento que nos fue entregado hace casi cuatro mil años y que aún tiene vigencia. No es una sensación de superioridad, de ninguna manera, es una sensación, al contrario, de obligación; nosotros sentimos de alguna forma la ética judía

- Háblame de la comunidad acá.

- Es una comunidad pequeña, pero altamente solidaria.

- ¿Cuántos son?

- Es difícil saberlo, porque nosotros consideramos como judíos a algunos que quizá no se consideren judíos, o al revés. Es un tema complicado el del número. Pero mucho más importante que el número es el activismo que tiene la comunidad judía. Nosotros, por ejemplo, tenemos tres sinagogas en Lima que funcionan todos los días con rezos; tenemos dos hogares de ancianos, tenemos nuestro cementerio y un colegio maravilloso. Es una comunidad que funciona a pesar de las crisis, muchísima gente se ha ido del Perú, han perdido sus empleos, han perdido sus empresas; sin embargo, los servicios comunitarios no se han reducido en nada. Es una comunidad de la cual nos sentimos muy orgullosos.

- ¿Se inscribe la gente?, ¿es una especie de asociación que aporta?

- La gente se inscribe, paga una cuota, que es una cantidad simbólica, sobre todo la comunidad en general. Las comunidades en el mundo viven a partir de donaciones, del buen corazón de los judíos que quieren que sus instituciones sigan funcionando. Ese es nuestro sistema de vida. Los que mantienen verdaderamente a la comunidad, sin embargo, son aquellos judíos a los que les ha ido bien. No es una obligación, al final es un asunto voluntario, está en ti, es una cosa que te nace, donas constantemente a tu colegio, a tu beneficencia, a tu sinagoga, y de eso se vive.

- ¿Los matrimonios mixtos abundan o son escasos?

- Abundan, porque justamente en comunidades pequeñas como ésta, es mucho más fácil un matrimonio mixto. Lo que tratamos de hacer es rescatar a esa pareja para que forme parte de nuestra comunidad, enseñarle los valores del judaísmo para que los entienda, los conozca. Porque muchas veces lo que pasa es que perdemos gente, jóvenes sobre todo, por un desconocimiento de nuestros valores y nuestra fe.

- ¿Qué me dice de la presencia de varios personajes judíos en el entorno de Montesinos?

- Ultimamente se han hecho famosos varios casos: los Winters, miembros de nuestra comunidad judía que están pasando problemas. Baruch Ivcher también es de nuestra comunidad, ése fue un tema que nos afectó mucho.

- ¿La comunidad ejerce sobre ellos una conducta ética, una sanción...?

- No en este caso. Ha sucedido, por ejemplo, en el tema del Banco del Nuevo Mundo, que ha cerrado hace poco, cuyos accionistas eran todos judíos, donde miembros de nuestra comunidad judía depositaron, además de su dinero, mucha confianza. Este dinero se perdió por distintas circunstancias que a nosotros no nos toca evaluar, pero que perjudicó a muchísimas familias de la comunidad judía. La co-

munidad judía, en ese caso, como lo hace en otros, tiene un sistema de arbitraje. Los judíos somos un poco los inventores del arbitraje, ahora que está de moda. La comunidad judía lo tiene desde hace muchos años, bajo el principio de que los problemas de los ju-

mos que estar diez hombres, no podemos rezar con menos de diez, algunos rezos son muy importantes y ellos no son tomados en consideración. Es decir, si hay diez con uno de estos accionistas, no rezamos. No reza nadie. Estas sanciones son muy graves y no



Hay varios judíos políticos: Drasinower, en la época de Velasco, fue el empresario de la revolución; Jaco Mishkin fue viceministro de Agricultura de Alan García y Efraín Goldenberg fue primer ministro de Fujimori. (Foto: Carla Leví).

díos se resuelven dentro de la comunidad. En este caso se hizo una especie de Constitucional Rabínico, conformado por los tres Rabinos que están en la comunidad de Lima y se sancionó duramente a todos los accionistas. Con sanciones que para nosotros son duras. Se hizo público, la gente los conoció. Creo que está bien, porque cuando la comunidad tiene que sancionar, sanciona sobre todo cuando se incumplen las normas básicas de la ética, que es no dañar la integridad de tu prójimo.

- La comunidad no tiene autoridad para una sanción legal.

- No, no, pero digamos tiene cosas, como por ejemplo, para rezar tene-

se habían hecho nunca en el Perú. En el mundo entero son contados los casos. Un parangón sería la excomunión de la religión católica. Una cosa de ese nivel.

- ¿Israel es una idea?

- Israel es una idea, pero es una idea que amalgamamos y su centralidad hace que nos mantengamos unidos. Porque a la vez que somos peruanos, que vivimos en el Perú, cualquier problema de Israel lo sentimos como propio, cualquier sangre derramada de Israel es sangre de cada uno de los judíos en el mundo. No sé si es una dicotomía porque no se opone el uno al otro, pero sí es una doble sensación que para algunos resulta complicada.

El Perú es en este momento nuestra patria, mis padres están acá, mis hijos. Yo nací acá.

- **Un viaje a Israel es mucho más fácil para ti que para mí, por ejemplo.**

- No necesariamente. Nosotros también tenemos que pedir visa. Mi nacionalidad es la peruana y yo tendría la visa turística igual que tú.

- **¿Y por qué no eres un israelita?**

- Porque israelita es una nacionalidad, tienes que haber nacido en el país, o tener un padre israelí, o sea como cualquier otra nación. Si yo me voy a vivir a Israel, con ciertos requisitos, seguramente puedo adoptar la nacionalidad. El judaísmo es una religión e Israel es un Estado; están muy muy entrelazados y es difícil marcar la línea donde se separan, pero no es lo mismo. Los judíos no somos nacionales de Israel.

- **¿Cuáles son los momentos en que los judíos han tenido una participación política activa en el Perú?**

- Es un gran tema, cuántos de los judíos en general en el mundo deben comprometerse en la política de los países.

- **¿Tú crees que no?**

- Yo creo que sí, si somos parte de un país, somos parte en todo, y eso está mucho más latente en los últimos años. El primer judío que yo recuerdo que sonó a nivel político fue Drasinower, en la época de Velasco. Él era el empresario de la revolución, así lo llamó Velasco, hizo una gran empresa que se llamó Moraveco, fue toda una revolución en el Perú; hacía refrigeradoras en la época de la sustitución de importaciones. La vida da vueltas y después de ser un gran empresario, tuvo reveses económicos, ahora vive con nosotros en el hogar de ancianos. En su momento fue todo un personaje.

En el gobierno de Alan García, el viceministro de agricultura era Jaco Mishkin, que tuvo un papel más o menos importante y fue presidente de Petro Perú. Con el gobierno de Fujimori, inclusive, llegamos a tener un ministro

judío: Efraín Goldenberg, que llegó a ser primer ministro. Si nos ponemos a pensar, para nosotros que llegamos recién en el treinta, bajando de los barcos, asustados y nerviosos, llegar a ocupar el segundo nivel de importancia en un gobierno es un record impresionante.

- **¿Y Eliane Karp...?**

- La primera dama es una mujer judía, cuya familia, además, sufrió el holocausto directamente; ella misma vivió en Israel un tiempo, asiste a la sinagoga en las fechas más importantes.

- **¿Cómo es?**

- Ella nos parece una mujer brillante, muy inteligente; no he tenido la oportunidad de conversar personalmente con ella, pero la impresión es muy positiva y confiamos que toda esta moral judía que tratamos de mantener viva, la lleve también al gobierno y la transmita, que sea una luz. Los judíos nos identificamos mucho con el tema de iluminar al mundo; ojalá que ella ilumine a nuestro gobernante para salir adelante.

- **En el gobierno de Toledo sí tiene una presencia la comunidad judía**

- Sí, tenemos a Dávid Waisman, que fue el ministro de Defensa y antes estuvo en la comisión anticorrupción. Es muy querido. La gente lo llama payasito, eso denota cariño. Ha tenido una conducta muy recta durante toda la vida. En una entrevista, hace buen tiempo, cuando era candidato, le preguntaron al presidente Toledo, quién era su amigo. El mencionó a Adam Pollack como su mejor amigo, que es director junto conmigo de la Unión Israelita, un tipo muy importante en nuestra comunidad; entendemos que es amigo cercano del presidente Toledo y también esperamos que se conduzca con sabiduría. En general, el gobierno del presidente Toledo tiene unas relaciones muy estrechas con la comunidad judía. Esperemos que de esa relación salgan cosas buenas. ■



En la foto un Woody Allen ñato de risa, sin paltas ni divanes neoyorkinos, al lado de su antiguo amor Diane Keaton, «Annie Hall» (1977), que ganó cuatro premios Óscar.

Inventores de sueños

EMILIO BUSTAMANTE*

El aporte judío al arte cinematográfico es inmenso. Para tener una idea al respecto bastaría citar algunos nombres: Sergei Eisenstein, Ernst Lubitsch, Max Ophüls, Roman Polanski, los herma-

nos Marx, Woody Allen... No obstante, la mayor contribución de los judíos al cine ha sido, probablemente, la gran industria de Hollywood. No es una exageración decir que Hollywood fue inventado por los judíos.

Hollywood nació en medio de una guerra en la que se enfrentaron la poderosa y monopólica Motion Pictures Patent Company, encabezada por Thomas Alva Edison, y un puñado de pequeños empresarios judíos que demandaban mayor libertad en el negocio cinematográfico.

Hacia 1908, la Motion Pictures Patent Company dominaba la producción, distribución y exhibición cinematográfica en Estados Unidos. Más conocida como el **Trust**, la MPPC comprendía a un conjunto de empresas propietarias de los derechos sobre el celuloide, los proyectores y las cámaras cinematográficas. En todo el territorio norteamericano no se podía realizar, distribuir o exhibir un filme que no fuera del **Trust** o no contara con su permiso y no hubiera cumplido con el correspondiente pago del tributo. A este monopolio se opusieron unos empresarios judíos que venían invirtiendo en el negocio del cine desde hacía algunos años. Ellos habían creado los Nickel Odeons, salas populares a las que se ingresaba para ver filmes por sólo cinco centavos (un nickel). Con el tiempo, estos hombres de negocios se habían dedicado también a la importación, distribución y producción de películas, y se negaron a someterse a las normas del **Trust**.

El **Trust** consideró que los empresarios judíos estaban al margen de la ley, y los denunció. Edison los llamó «proscritos», ellos se autodenominaron «independientes» y demandaron a su vez a la MPPC por ejercer un monopolio prohibido por la Constitución. Mientras se desarrollaban los procesos judiciales, los independientes fueron creciendo. Conocían el gusto del público y eran más audaces que los miembros del **Trust**. Apostaron a favor de los largometrajes, cuando los conservadores productores de la MPPC sólo se atrevían a realizar cortos; se percataron de la influencia de las «estrellas»

de cine en el imaginario de la gente y crearon el **star system**; impulsaron géneros como el **western**, de gran acogida popular, y ampliaron la distribución de películas más allá de las fronteras de los Estados Unidos.

Su traslado de la costa este a Hollywood, según la leyenda, se debió a la persecución del **Trust**, en la que no sólo participaban abogados sino también matones que destruían sus platós y salas de exhibición en Nueva York y Chicago. La verdad es que las empresas afiliadas a la MPPC se habían establecido en Hollywood antes que los independientes. Hollywood era entonces un ignoto paraje de California. Pero los independientes acudieron también a ese lugar pues les ofrecía ventajas: buen clima, leyes laborales convenientes y la posibilidad de huir a México si los agentes de la MPPC los perseguían. Así que establecieron allí sus estudios y continuaron haciendo **westerns**, esta vez en el auténtico **Far West**, aunque a menudo la ficción se empezara a confundir con la realidad, porque el **Trust** enviaba pistoleros a caballo a interrumpir sus rodajes. La guerra entre el **Trust** y los «independientes» terminó con un fallo de la Corte Suprema a favor de estos últimos en 1915. La MPPC desapareció al poco tiempo, y el terreno quedó libre para los «independientes».

Pero, a todo esto, ¿quiénes eran los «independientes»? La mayoría eran inmigrantes de Europa oriental. Su origen era muy humilde, sin embargo pronto se convertirían en los grandes magnates de Hollywood, los verdaderos fundadores de la «fábrica de sueños». Sus nombres: William Fox, Carl Laemmle, Marcus Loew, Adolf Zukor, Samuel Goldwyn, Louis B. Mayer, Harry Warner...

William Fox se llamaba en realidad Wilhelm Fries, y había nacido en Hungría; se dice que antes de dedicarse al negocio del cine había sido payaso e incursionado en el comercio de ropa. Su compañía daría origen más tarde a la 20th Century-Fox. Carl Laemmle ha-

* Crítico de cine y profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica.

bía nacido en Alemania; fue peón agrícola, empleado de una droguería, y vendedor de ropa; más tarde fundó la Universal. Adolf Zukor, nacido también en Hungría, se dedicó al comercio de pieles antes de incursionar en la explotación de los Nickel Odeons que fundó con Marcus Loew en 1905. Fue el patriarca de la Paramount. Marcus Loew, el único nacido en Estados Unidos, era hijo de un emigrante austríaco. Fue vendedor de periódicos, peletero y sastre; años después de haber fundado con Zukor los rentables Nickel Odeons, compró las empresas Metro Pictures, Goldwyn Pictures y Louis B. Mayer Productions, creando la Metro-Goldwyn-Mayer. Samuel Goldwyn, cuyo verdadero nombre era Samuel Goldfish, había nacido en Varsovia, huido de su casa a las doce años hacia Inglaterra, y a los quince años había llegado a Estados Unidos, donde se dedicó a la fabricación de guantes antes de convertirse en productor independiente. Louis B. Mayer, había nacido en Rusia de donde huyó con su padre a Estados Unidos para trabajar inicialmente como hojalatero, luego fue productor independiente y, después de vender las acciones de su compañía a Lowe, aceptó el encargo de dirigir la empresa, tarea que llevó a cabo con mano dura e incuestionable talento. Los hermanos Warner (Harry, Albert, Sam y Jack) provenían de Polonia y se ocuparon de la venta de helados y la reparación de bicicletas, antes de dedicarse a la exhibición y convertirse en los fundadores de la Warner Bros.

Casi todos ellos habían padecido hambre, discriminación y miedo de niños, y habían tenido que huir (algunos solos, otros con sus familias) del antisemitismo y los terribles pogroms. Estaban acostumbrados a luchar por su supervivencia y a enfrentar enemigos poderosos. Sólo así pudieron derrotar a Edison y su Trust.

Eran muy trabajadores, duros, serenos y desconfiados; convertidos en jefes de los grandes estudios no fueron

muy queridos por actores, directores y técnicos, pero sí respetados y temidos. El guionista Dalton Trumbo dijo de ellos: «Todos habían sido hombres de negocios que buscaban un negocio con futuro. Pudieron ver que el cine era ese negocio. Eran hombres de imaginación, de mucha habilidad; pero también eran hombres que a nadie le gustaría tener como suegros». Su aporte al cine, sin embargo, no se limitó a la creación de un negocio, sino también a la de un imaginario vinculado con sus propios sueños.

Una película documental de 1997, **Hollywoodism: Jews, Movies and the American Dream**, dirigida por Simcha Jacobovici, pone énfasis en el hecho de que estos productores judíos crearon a través del cine la imagen de los Estados Unidos que los espectadores de todo el mundo hemos consumido durante un siglo. Es decir, la imagen de un país de inmigrantes, democrático, con igualdad y oportunidad para todos; la de una sociedad tolerante, integrada y construida sobre la base del esfuerzo individual, la familia y la solidaridad. Sin embargo, esta imagen no se correspondía con los Estados Unidos verdaderos de aquella época. Estaba edificada sobre el terreno del deseo del inmigrante y no sobre el de la realidad.

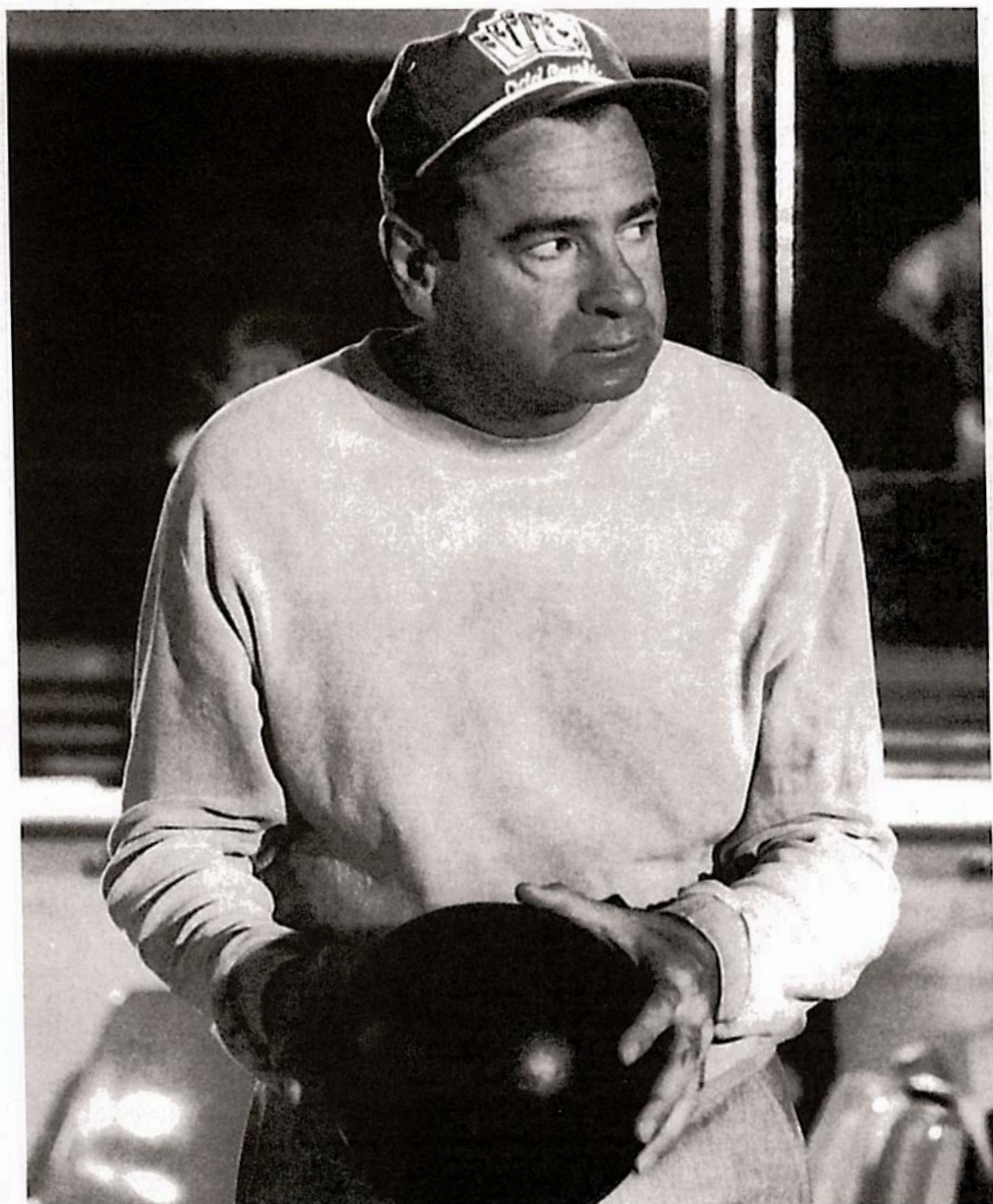
Mientras en las pantallas se perfilaba un país ideal al que se aspiraba, en el país real había aún intolerancia y segregación. Los mismos magnates de Hollywood no lograban ser aceptados como «verdaderos» norteamericanos, ni se hallaban tan integrados a la sociedad como deseaban.

En los años veinte, cuando ya derrotado el Trust los independientes se convirtieron en los grandes ejecutivos de los estudios, el industrial Henry Ford publicó un libro antisemita, **El judío internacional**, donde «alertaba» a los ciudadanos norteamericanos sobre «la preponderancia judía en el mundo cinematográfico». De un lado pretendía explicar la supuesta pobreza moral y artística de los productos de Hollywood

por la extracción social de los dueños de las empresas; de otro lado, sugería que la «degradación» del público a través del cine se vinculaba con las oscuras intenciones contenidas en los «Protocolos de los sabios de Sión». El libro de Ford es un ejemplo de cómo los magna-

tes de Hollywood eran rechazados por un sector de la sociedad americana blanca, anglosajona y protestante, que los seguía considerando extranjeros, advenedizos y peligrosos.

Conocedores de este sentir (ya lo habían experimentado de niños en Eu-



Como tantos actores de Hollywood, Walter Matthau fue un pobre inmigrante que llegó a New York en 1920 con el nombrecito de Walter Matuschanskayasky. (Photofest).

ropa), los fundadores de Hollywood no desaprovecharon ninguna ocasión para poner de manifiesto su patriotismo. Louis B. Mayer, por ejemplo, celebraba su cumpleaños el 4 de julio y era, según recuerda su nieto Daniel Selznick, sumamente exigente cuando se trataba de convocar a las estrellas del estudio para actos cívicos. Jacobovici menciona en **Hollywoodism...** estrategias de integración más cuestionables: algunos magnates se separaron de sus esposas judías y se casaron con mujeres protestantes, otros enviaron a sus hijos a colegios católicos.

Este ocultamiento o negación de la identidad judía se manifestaría también en los cambios de apellidos, no sólo de los productores sino también de actores a instancia de los mismos ejecutivos de los estudios, como si pensarán que cuanto menos judío pareciera el apellido, más aceptable sería el actor para el público. Así, Theodosia Goodman se convirtió en Theda Bara, Isser Danielovich Demsky en Kirk Douglas, Leo Jacoby en Lee J. Cobb, David Kaminsky en Danny Kaye, Emmanuel Goldenberg en Edward G. Robinson, Muni Wizenfreund en Paul Muni y Betty Persky en Lauren Bacall, por citar sólo algunos.

El temor a ser rechazados por la sociedad a la que aspiraban a integrarse «definitivamente» explicaría, según el filme de Jacobovici, que la producción de películas anti nazis fuera escasa antes de que Estados Unidos entrara en la segunda guerra mundial. Los magnates de los estudios habrían temido ser acusados de empujar a Estados Unidos a una guerra con la intención «particular» de defender a los judíos que estaban siendo asesinados en Europa. Hubo, por cierto, excepciones: la película *Confesiones de un espía nazi* producida por la Warner Bros. causó la ira de Goebbels, y Carl Laemmle firmó en 1939 junto a los actores John Garfield, Edward G. Robinson y Melvyn Douglas un enérgico manifiesto anti nazi. Lástima que el corajudo Laemmle muriera ese mismo año.

Si bien la guerra sirvió para demostrar el patriotismo de los ejecutivos de la industria cinematográfica, concluida ésta y ya conocidas las matanzas de judíos en campos de concentración, Hollywood no puso demasiado énfasis en el tema del holocausto, por lo menos de inmediato. Probablemente porque tuvo que enfrentar a la «caza de brujas» del Mccarthismo, donde paradójicamente declararse anti fascista era casi igual a confesarse comunista.

Hollywood fue blanco del senador Mc Carthy y su Comité para la Investigación de Actividades Anti Norteamericanas, y los judíos volvieron a estar bajo la sospecha de la derecha norteamericana que los relacionaba históricamente con los comunistas. Así como en los años veinte en sectores conservadores se llegó a sostener que la revolución bolchevique era parte del complot judío diseñado por los sabios de Sión, en los paranoicos años cincuenta, nos recuerda el crítico Jonathan Rosenbaum, se solía hacer una simplista asociación: judío = extranjero = anti-americano = ruso = comunista. Lo más penoso fue, quizá, que algunos de los antiguos «independientes» (los hermanos Warner, Louis B. Mayer), que habían combatido valerosamente a Edison, convertidos ahora en magnates de la fábrica de sueños y ansiosos de ser reconocidos como «americanos», terminaron por denunciar y despedir a empleados sospechosos de actividades «antiamericanas», entre los que se contaban varios judíos estadounidenses como los guionistas Walter Bernstein, Abraham Polonsky, Carl Foreman y Lillian Hellman.

Frente a la actitud temerosa de quienes antaño se habían enfrentado al Trust, destacó, sin embargo, el gesto valiente de otros judíos norteamericanos que se negaron a declarar ante el Comité invocando sus derechos constitucionales. A diferencia de los magnates de Hollywood, ellos sí habían nacido en los Estados Unidos y habían crecido viendo sus películas sobre el

sueño americano; más tarde las habían escrito, actuado o dirigido. Ante el Comité defendieron los valores invocados en esos filmes. Por supuesto, eso no los salvó del ostracismo. Una vez condenados por el Comité no pudieron trabajar durante varios años, te-

dores habían muerto, se habían retirado o estaban a punto de hacerlo. Algunos se resistieron a la jubilación: Louis B. Mayer intrigó desde su separación de la Metro-Goldwyn-Mayer hasta su muerte para ser repuesto en el cargo, Jack Warner se mantuvo al frente de su



Spielberg, autor de La Lista de Schindler, no pudo escapar a la tentación de hacer una película sobre el holocausto, la misma que fue nominada para doce óscaros de los cuales obtuvo siete.

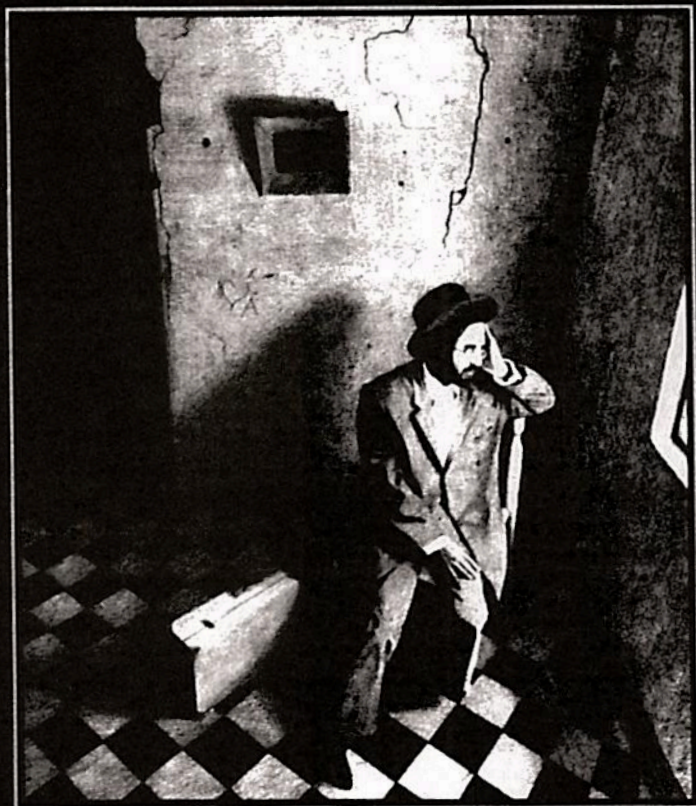
niendo que sobrevivir muchos de ellos firmando guiones con seudónimo o empleando a otro escritor para que prestara su nombre a fin de que sus textos fueran aceptados por la industria, como más tarde lo haría explícito una de las víctimas de Mc Carthy, el director Martin Ritt en el filme *The Front*, escrito por otra víctima, Walter Bernstein, y protagonizado nada menos que por Woody Allen.

La caza de brujas puso fin a la etapa más brillante de la historia de Hollywood. Para entonces los viejos funda-

major hasta los años setenta; otros tuvieron una vejez plena de homenajes: Adolf Zukor, el verdadero creador del sistema de estudios, el *star system* y las cadenas de salas de exhibición, murió a los 102 años, y hoy se le considera tan importante como Griffith en la historia del cine. Hollywood, tal como lo conocimos y lo conocemos, no hubiera existido sin ellos, y nuestros sueños no hubieran sido los mismos sin los sueños que los inmigrantes judíos pusieron en las pantallas de todo el mundo. ■

Isaac Goldemberg

La vida a plazos de don Jacobo Lerner



LIBRE

La vida modificada de Jacobo Lerner

MELVIN LEDGARD*

LA VIDA A PLAZOS

Al publicarse *La vida a plazos* de Jacobo Lerner en 1978, Isaac Goldemberg (Chepén, 1946) ya llevaba viviendo catorce años en Nueva York; de hecho, en la primera edición peruana de la novela se indicaba que ya había sido publicada, en 1976 y en inglés, en aquella ciudad. La lectura del libro sugería que bien podía haber usado de inspiración historias escuchadas sobre familiares o conocidos que salieron de Europa oriental para establecerse en el Perú de los años veinte y treinta. Ese marco histórico se reconstruía en base a párrafos sucintos que esbozaban acontecimientos que partían de 1923, con la reelección del presidente Leguía, pasaban por el golpe de Sánchez Cerro en 1931 y su asesinato en 1933, sus enfrentamientos con los apristas en el momento inicial y estelar de su propia historia partidaria, para luego mostrar la guerra con Colombia de 1932 a 1934, durante la cual se iniciaba el gobierno del general Benavides, período en el cual culminaba la novela. Estos hechos, apenas bocetados, y que hacían recordar el «ojo de la cámara» de John Dos Passos, se alternaban con otros específicamente acerca de la comunidad judía en el Perú, entremezclados con incidentes en la vida de los personajes de la novela.

También se incluía extractos de una publicación llamada *Alma Hebrea*, que ocupaban apenas una página o dos y eran fascinantes en su manera de acercar al lector al punto de vista de la comunidad judeoperuana, en base a citas de documentos que mostraban los castigos recibidos en tiempos de la Santa Inquisición, interpretaciones

seudocientíficas que se esmeraban en determinar qué era ser judío y cómo funcionaba esto en relación a un país que se proclamaba oficialmente católico, aparte de que se anunciaban actividades programadas que asomaban al lector a aspectos de su vida cotidiana.

Los principales protagonistas de *La vida a plazos* de Jacobo Lerner eran dos inmigrantes judíos, provenientes del mismo pequeño pueblo de la Ucrania meridional, que habían llegado a Chepén: uno se quedaba allí y el otro emigraba a Lima; uno trataba de fusionarse a una sociedad hegemónicamente católica y el otro se aferraba a sus propias tradiciones. La amistad de Jacobo Lerner y León Mitrani planteaba un contraste sobre el que se construía la novela: Lerner dejaba encinta a una muchacha católica de Chepén, pero decidía emigrar a Lima donde, tras descubrir que había sido desfalcado por su hermano Moisés, lograba salir adelante en base a organizar un negocio prostibulario, pero sin poder construir la familia judía soñada. Mitrani, por su parte, luego de haber participado en los albores de la revolución rusa y haber abjurado voluntariamente del judaísmo, se quedaba en Chepén casado a una «gentil», pero caía en la locura, empujado por la culpa y una esposa que enceguecía y pedía perdón al cielo por haber aceptado a un «hereje, descendiente de los filisteos», así que no tardaba en dar delirantes discursos, en los que anunciaba una inminente invasión alemana al norte peruano frente a la iglesia donde el párroco del pueblo oficiaba misa.

Otro importante hilo narrativo se conformaba en base a monólogos: cuatro tenían que ver con las confusas y atormentadas reflexiones de Efraín, el hijo «natural» de Jacobo, correspondían a los años sucesivos entre 1932 y 1935, en los que lo veíamos entre los

* Crítico de cine en el diario *El Comercio* y profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica.

siete y doce años, en medio de una difícil relación con su nada afectuosa madre, traumada de por vida por la manera en que había sido abandonada; dos eran de Samuel Edelman, un agente viajero proveniente de Vinnitsa (pueblo cercano al de Staraya Uchiza de donde venían Lerner y Mitrani) establecido en Chiclayo, preocupado por devolver a Efraín a su padre; tres correspondían a las tres mujeres importantes en la vida de Jacobo una vez radicado en Lima: el de la esposa del hermano que lo desfalcó; la hermana viuda de ésta, a quien infructuosamente propuso matrimonio para hacer realidad su deseada familia judía; y su modesta conviviente no judía por cinco años. Por el monólogo de la cuñada, comprobábamos que ésta sabía perfectamente que, gracias al dinero de Jacobo, ella y su marido, nada menos que el presidente de la Unión Israelita, habían logrado constituir una familia destacada en la comunidad. Estos monólogos repartidos a lo largo del libro hacían un intenso contrapunto a la historia de Jacobo y León, entremezclada con la del Perú, la de la comunidad judía residente y los artículos de **Alma Hebrea**.

El que los monólogos de Efraín fueran acercándose a 1935, al año del que provenían todos los monólogos de los otros cuatro personajes, los hacía coincidir con los días finales de Jacobo en un sanatorio de Lima, apenas pasada la barrera de los cuarenta, sabiendo de la misteriosa muerte de su amigo Mitrani en Chepén, y muriendo de pena él mismo por jamás haber podido concretar su familia judía. Era un entramado eficaz que hacía recordar las novelas del Vargas Llosa de los años sesenta y que culminaba con un monólogo de Efraín que lo presentaba en estado de abandono, metiéndose arañas a la boca, fechado un 25 de diciembre de 1935. Con esa fecha el perturbador final sugería la ramificación de una tradición en la que el elemento judío era negado por la parte cristiana que se quedaba con el niño, a quien se le ocultaba el nombre de su padre.

EL NOMBRE DEL PADRE

A mediados del 2000 hubo una «lectura dramática» de la obra de teatro **Hotel Amérikka**, en el marco de un coloquio organizado por la Universidad de San Marcos en un hotel de Miraflores. Para cualquiera familiarizado con su novela de 1978, era evidente que las escenas presentadas estaban desarrolladas a partir de las principales situaciones del libro, aunque se había cambiado el nombre a algunos personajes clave y la acción no ocurría en el Perú sino en un país latinoamericano innominado.

Cuando Alfaguara presentó **El nombre del padre** en diciembre del 2001, aparte de un puñado de nuevos episodios consistentes en escenas dialogadas concebidas en términos dramáticos, la novela era, en su mayor parte, salvo nombres propios cambiados, de personajes y lugares, y una cronología que empuja la acción, según cada caso, de cuatro a seis años hacia adelante, un reordenamiento de **La vida a plazos de Jacobo Lerner**. El autor parecía el primer interesado en que esto fuera evidente; comenzaba **El nombre del padre** con un primer capítulo que, salvo incluir el tipo de modificaciones indicadas, era exacto al primer capítulo de **La vida a plazos de Jacobo Lerner**. A partir de allí era fácil reencontrar capítulos enteros, también palabra por palabra, en partes distintas del nuevo libro.

El nombre del padre, aunque mantiene casi idéntica la redacción de las secciones de **Crónicas** y **Alma Hebrea**, les cambia los años para que vayan de 1927 a 1941, borra el nombre del Perú, con todos sus topónimos y figuras históricas para que imaginemos un país hispanoamericano innominado, y agrega artículos de una publicación católica llamada **La Voz de San Sebastián**, porque el Chepén de la novela original ha sido convertido en «San Sebastián». Este desplazamiento hacia adelante en las fechas permite esta vez mostrar la persecución judía en un contexto his-

tórico más aterrador que en la novela anterior, pues en vez del ascenso de Hitler a principios de los años treinta lo tenemos ya como el nefasto *führer* que hace realidad, entre 1939 y 1941, la invasión de Polonia, Francia, Bulgaria, Yugoslavia, Grecia, y el norte de África. La nueva novela ahora se suma a la literatura sobre los horrores sufridos por los judíos durante la segunda guerra mundial, horrores que localiza perfectamente en la geografía y en el tiempo, mientras borrona o abstrae los que tuvieron que ver con el Perú en el libro anterior. Por ejemplo, en vez de que en 1923 el joven líder Víctor Raúl Haya de la Torre se enfrente al presidente Augusto B. Leguía, para que no consagre la República al Corazón de Jesús, en la nueva versión, en 1927, el joven líder Luis Castro de la Puente se enfrenta al presidente Belisario Aponte por el mismo motivo o, en medio de los párrafos modificados que en la novela anterior versaban sobre la guerra con Colombia, se asesina a un presidente en un hipódromo de manera idéntica a aquella en que se asesinó a Sánchez Cerro en tiempos del conflicto con Colombia.

Entre los nombres de los personajes que cambian en *El nombre del padre* se incluye el de León Mitrani, ahora «León Minsky», y el de Efraín, ahora «Jesús». Si esa novela culminaba con un monólogo de Efraín un 25 de diciembre, ahora su nacimiento se da en esa fecha. Obviamente subyace el tema de la divinidad de Jesús, ya que determina la diferencia más insalvable entre creyentes judíos y cristianos: el judío se ve forzado a utilizar un calendario que divide el mundo en un antes y después de Cristo, y encuentra su Torah, traducido, de la lengua que él todavía habla, al latín del mismo imperio que destruyó a Jerusalén, convertido en un mero prólogo a la vida del Jesús considerado hijo de Dios. El tema bien puede estar detrás de la resistencia de Jacobo a casarse con Virginia, a pesar de que ella esté fascinada con la

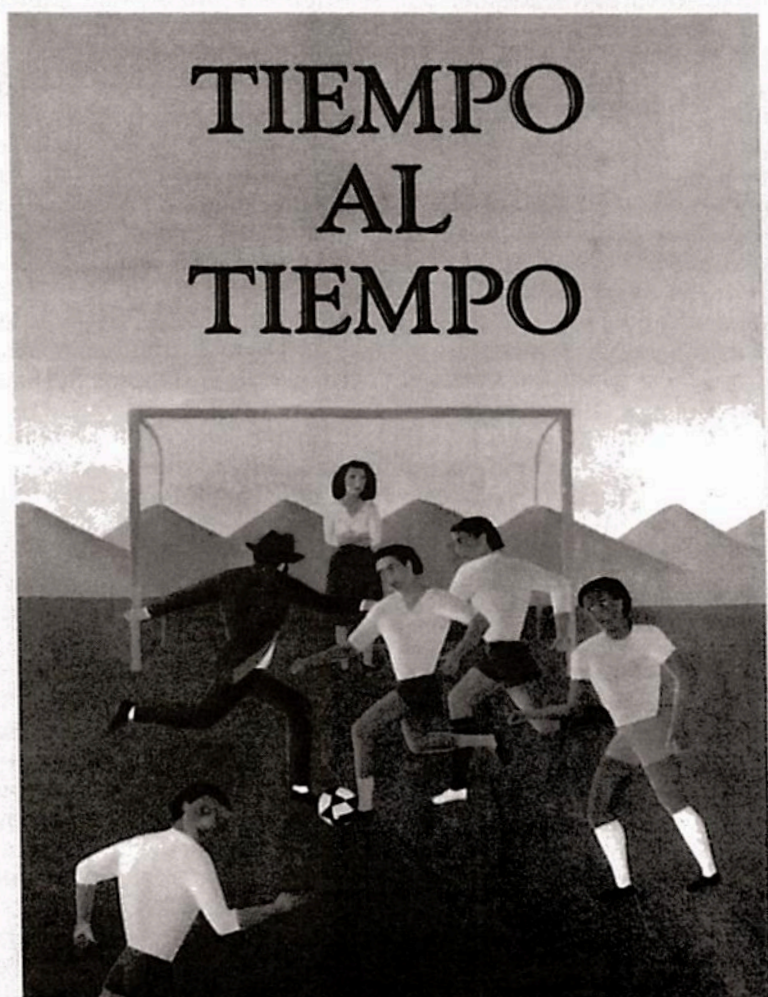
idea de que su boda sea como la de David y Betsabé con la que él la ha seducido, lo que revela una cierta voluntad de asimilarse a sus creencias. Jacobo sabe, en todo caso, que sus creencias son un asunto más serio que las del padre de Virginia, Don Benjamín Wilson (antes «Don Efraín Wilson», como su nieto), de origen inglés y nacido en la sierra (Cajamarca en el libro original y ahora «Magdalena»), para el que basta el hecho de que Jacobo sea de raza blanca como él y la fama de buenos negociantes de los judíos, para aceptarlo como yerno y un buen partido para su hija. Curiosamente, Don Benjamín, contando constantemente sus monedas y haciendo cualquier cosa por dinero, semeja mucho a la caricatura del judío forjada por el antisemitismo.

Al huir Lerner de San Sebastián y abandonar a la madre, el hijo ilegítimo lo convierte a él en un padre no reconocido, como el cristianismo crea una problemática relación de continuidad con el judaísmo. Goldemberg parece proponer dos paradigmas humanos a los dos momentos en los que se piensa que el culto cristiano ha divinizado la naturaleza de Jesús, su nacimiento y su muerte, a través del nacimiento del hijo de Jacobo y la muerte de su amigo León. La muerte de Minsky se entremezcla, como ya ocurría en *La vida a plazos* con la muerte de Mitrani, con una película que muestra el juicio de Pilatos y la crucifixión, notando un gran parecido entre los rasgos de Jesucristo y los de León. La comparación ahora está más subrayada porque *El nombre del padre* quiere ser en alguna medida un libro más asequible que la novela anterior. Pero esta vez el crimen ocurre luego de que Jesús se mete en la iglesia, destruye una imagen de la Virgen María y, al salir corriendo, se le cae una estrella de David regalada por Minsky, que el Padre Chirinos encuentra allí como si fuera una evidencia de que el acto vandálico hubiera sido realizado por Minsky, lo que le comunica

al teniente de policía. Hay aquí un simbolismo sugerente –un símbolo de idolatría ha despertado la ira de Jesús, como si hubiera respondido a ciertos instintos judíos, y el primer nombre del cura Chirinos, que como antisemita

es un gran tergiversador de la tradición, es Isaías, irónicamente el de un profeta que predicó especialmente contra la idolatría–, pero que desencadena una confrontación esquemática entre malos y buenos, donde el teniente Al-

Isaac Goldemberg



Tiempo al tiempo, publicada en 1984, es la novela menos conocida de Goldemberg.

varo Donoso, que se atusa el bigote como lo hacían los malos del cine mudo, viola a las jovencitas del pueblo y asesina premeditadamente a León.

Un personaje nuevo, más interesante que el del archivyllano teniente Donoso, es el del Doctor Enrique Sánchez. Sánchez, un abogado de nariz aguileña y pómulos abultados como un indígena, de color de piel y cabello «decididamente moriscos», le muestra a Jacobo un candelabro con tubos para siete velas, herencia de su familia por el lado materno, y le anuncia que es judío sefardita.

En *La vida a plazos*, Jacobo sólo se enteraba en una cena en casa del alcalde, y por boca de este mismo, de la existencia de los judíos sefarditas, mientras que en *El nombre del padre* se suma a este episodio el relato del Doctor Sánchez acerca de «Paradés», un lugar en la selva donde los sobrevivientes de matanzas de la Colonia, en las que se quemaba a indios y judíos por igual «por el simple hecho de negarse a abandonar sus prácticas religiosas», se han fusionado en una nueva y armoniosa comunidad. Esa historia es escuchada por Jacobo mientras ve, desde la ventana del estudio del abogado, a un destacamento de soldados disparando contra unos manifestantes campesinos y obreros. Por la noche sueña con hombres barbudos «como salidos de la Biblia», y con hombres «de color cobrizo y aviados con túnicas, pecheras y copetes de plumas» que son atacados por una caballería de soldados con uniformes estrafalarios, entre los que distingue al padre Chirinos y al teniente Donoso. Tanto en los agregados a las nuevas crónicas, como en los artículos de *La Voz de San Sebastián*, se pone mayor énfasis en el pasado indígena del pueblo, sobre todo cuando se descubre, justo detrás del cerro más alto de San Sebastián, donde se ha levantado el monumento católico del Vía Crucis, una ciudad lítica fortificada perteneciente a la cultura Warkaj, de nombre muy similar al de

Warka, una cultura de la Mesopotamia del 3500 o al 3100 A.C. de la que se ha estudiado posibles relaciones con el origen de los judíos. Son especulaciones que de alguna manera buscan abrirse de una visión exclusivamente askenazí del tema, a pesar de que los acontecimientos europeos tienen un rol más importante y ocupan más espacio en *El nombre del padre*.

Los juegos temporales de *La vida a plazos de Jacobo Lerner* ceden aquí a una cronología más tradicional que hace que los monólogos recién comienzan a aparecer más allá de la página cien, lo que le quita algo de esa tensión que el contrapunto de tiempos diferentes, así como de monólogos, insertos, crónicas históricas y acción novelesca, daban al conjunto en su presentación original. El nuevo final feliz de *El nombre del padre* ya no tiene el carácter desgarrado del final de la novela anterior; en lo personal, la presencia más concreta del Perú es algo que echo de menos, justamente por recordar lo bien que funcionaba la primera vez. Goldemberg mantiene su visión crítica de los ambientes que no saben valorar bien el lado judío de su importante herencia judeocristiana y su texto modificado aún transmite la soledad de esos judíos que emigraban a lugares apartados, donde los prejuicios del entorno los convertían casi en fenómenos de circo, mientras por dentro los corroía un pasado lleno de sufrimientos y pérdidas que los asaltaba luego en visiones y sueños perturbadores. Hay que tener en cuenta que Jacobo llega al Perú con los fantasmas de los padres que mueren en el lugar del que vino y el de la hermana desaparecida en medio de una guerra, al que se suma el fantasma más reciente de su amigo y contemporáneo León, nacido como él con el siglo veinte. A un cuarto de siglo de la primera publicación de *La vida a plazos de Jacobo Lerner*, Jacobo, León y los demás personajes parecen ser fantasmas que aún acechan a Goldemberg. ■

Hijos del libro: escritores americanos judíos

PETER ELMORE



Norman Mailer en octubre de 1970. Judío, novelista prolífico, amado y odiado por las mujeres, exponente del nuevo periodismo.

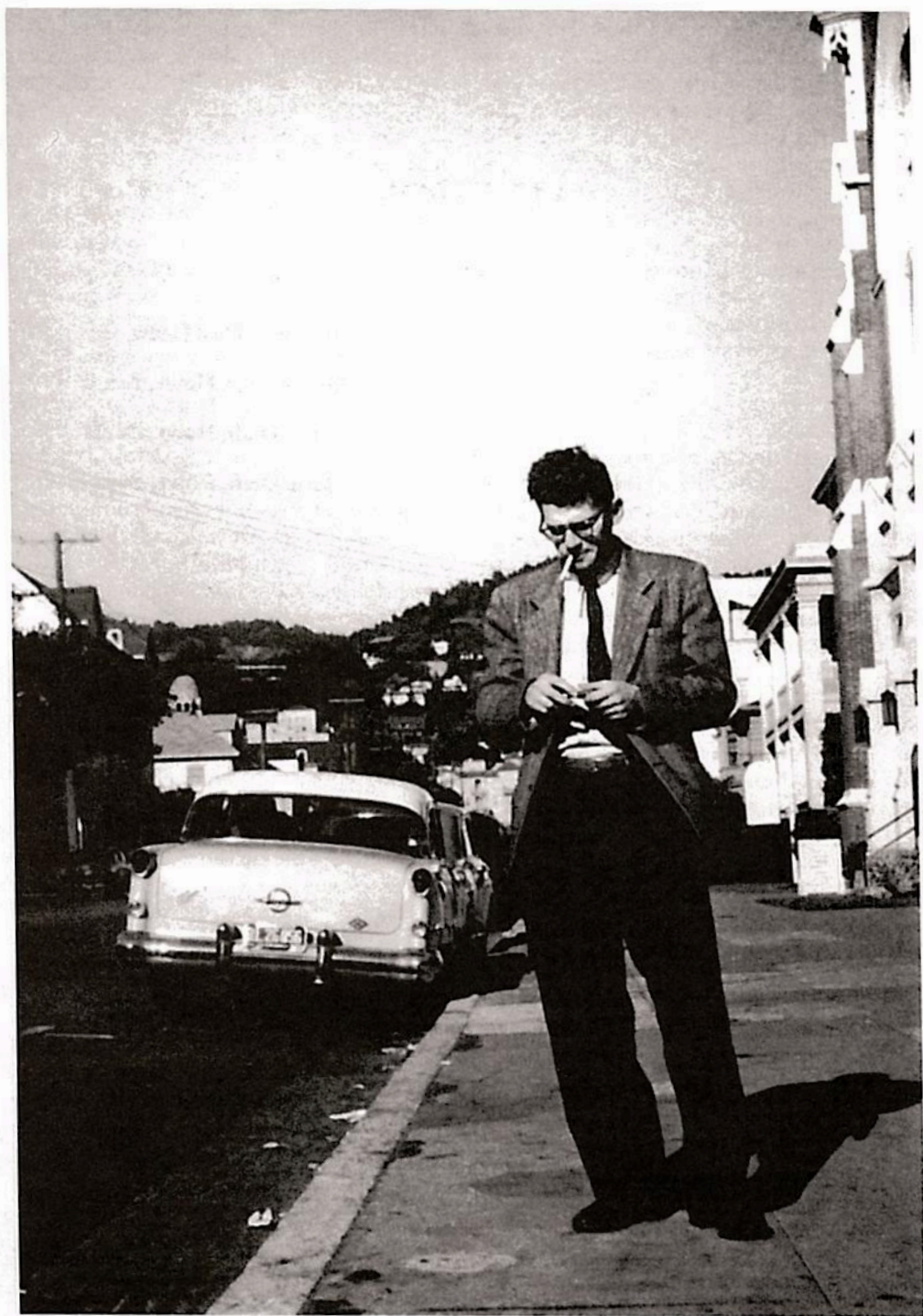
Sin los laberintos metafísicos y burocráticos de Kafka la literatura europea moderna quedaría, sin duda, disminuida. La resta sería también empobrecedora si se desconociera la minuciosa inquisición de Proust en los misterios de la vocación literaria. El proceso y **En busca del tiempo perdido** son obras centrales en los cánones germánico y francés, pero la identidad étnica de los autores colisiona —o, al menos, entra en fricción— con los dominios de la nacionalidad y la lengua. Kafka fue judío y checo de lengua alemana; Proust, judío y ciudadano de Francia. En ambos casos, la pertenencia a la más itinerante de las minorías culturales (hablo de «cultura», pues ni Proust ni Kafka practicaron la religión judía, aunque Kafka intentó aprender hebreo y se interesó en la Kabbalah) explica en parte que los escritores fuesen, de alguna manera, extranjeros en sus propias sociedades. Es difícil imaginar estilos e imaginaciones más diferentes que los de Kafka y Proust, pero bajo las divergencias se intuye una vivencia compartida: la de quien, estando adentro, observa como si estuviera aparte.

De Europa migraron masivamente a los Estados Unidos millones de judíos entre 1870 y el período de entreguerras. A las primeras olas de judíos rusos y de los territorios eslavos no se les recibió del todo hospitalariamente, pero el antisemitismo de los protestantes anglosajones era casi benigno en comparación con lo que los recién llegados habían padecido en el Viejo Mundo. En los Estados Unidos no hubo pogroms como los de Rusia ni ghettos de los que no se pudiera escapar: los inmigrantes llegaron a América con la intención de no regresar jamás a sus lugares de origen. Si mantuvieron algún idioma, no fue este ni el ruso ni el alemán, sino el yiddish —ese dialecto internacional, ple-

beyo, de las comunidades judías—. Aprender inglés, dominar la lengua de la nueva sociedad, fue la consigna: ya a fines del siglo XIX aparecen, entre los hijos de los inmigrantes, los primeros escritores judíos americanos. Habrá que esperar, sin embargo, al siglo XX para que surjan autores imprescindibles o influyentes. La «Generación perdida» —en la que se encontraron, por cierto, Hemingway y Fitzgerald— tuvo como anfitriona en París a Gertrude Stein, cuyo papel en la promoción de la poética y la estética vanguardistas entre sus compatriotas sólo es comparable al rol de Ezra Pound. No deja de ser curioso, dicho sea de paso, que una judía y un antisemita formen la desigual y excéntrica pareja fundadora del «modernismo» anglosajón. La obra de Pound —desde *Personae* hasta los **Cantos pisanos**— ha persistido en la memoria de los lectores mucho más que la de Stein, pero la de ésta es también valiosa, aunque generalmente se recuerde a la verdadera autora de la **Autobiografía de Alice B. Toklas** por el desparpajo tautológico de un verso vanguardista: «Una rosa es una rosa es una rosa». Pero fue ella también la novelista de **La creación de los americanos** (*The Making of Americans*), extenso y complejo relato que tiene como asunto la propia familia de Stein, refractada en una prosa que intenta replicar en el medio narrativo los procedimientos plásticos del cubismo. Hemingway, que la ayudó a transcribir el texto de esa novela, fue en cierto sentido su discípulo, como lo fue también Sherwood Anderson. Ni Hemingway ni Anderson le deben gran cosa al estilo de Stein, pero rescatan de la autora el propósito de producir a través de la escritura el efecto de lo fenoménico y concreto.

Gertrude Stein rigió con tacto amable y lengua afilada su salón de expatriados americanos en París, pensando siempre que su lugar estaba en las letras del país lejano. A diferencia de T.S. Eliot y Henry James, que adopta-

* Escritor y crítico literario. Ejerce la docencia en la Universidad de Boulder - Colorado, en Estados Unidos.



*Allen Ginsberg, el mayor representante de la **beat generation**, en foto de 1956, cuando no era calvo, barbudo y panzón cervecero, tal como se describe en uno de sus últimos poemas. (Foto atribuida a Peter Orlovsky).*

ron la nacionalidad británica, Stein jamás consideró la posibilidad de renunciar a su pasaporte americano. De hecho, el vanguardismo fue para ella una forma peculiar de afirmar su filiación nacional, porque desde su perspectiva no había país más radicalmente moderno que aquél en el cual había nacido. Uno tiene la impresión de que, para Stein, ser una judía secular y una estadounidense en el extranjero eran dos manifestaciones de lo mismo: la pertenencia irónica a la comunidad, la inserción excéntrica en el cuerpo de las tradiciones.

El camino que lleva de Stein a Nathanael West va de París –la capital del siglo XIX, según Walter Benjamin– a Hollywood –la fábrica de sueños, en la metáfora de Bertolt Brecht–. En los años 30, West escribió dos novelas estupendas que conjugan el realismo social con la capacidad visionaria: *Miss Lonelyhearts* y *El día de la langosta*. En la primera de las novelas, el protagonista es un periodista encargado del consultorio sentimental de un diario: las cartas que le llegan –patéticas y cómicas, sórdidas y conmovedoras– constituyen un archivo que testimonia el carácter delirante, esquizoide, de la miseria afectiva en la sociedad de masas. En la segunda novela, el héroe –y *alter ego* del escritor– es un pintor que se propone pintar un fresco apocalíptico cuyo asunto es la destrucción de Los Angeles. De manera convincente, la realidad urbana resulta casi idéntica a la fantasía surreal del artista. La obra de West –fulminante y lúcida– acabó antes de tiempo con la muerte del escritor en un absurdo accidente automovilístico. El seudónimo del escritor parece un homenaje algo sarcástico al Oeste californiano en el cual transcurren sus ficciones. Vale la pena notar que West –cuyo verdadero nombre era Nathan Weinstein– adoptó el nombre con el cual firmaría sus libros en París a fines de los años veinte. El territorio que ocuparon sus ficciones es, en cierto sentido, sólo parcialmente geográfico: con West, el espacio suburbano se enrarece y

desrealiza, como si las presiones grotescas del mercado y las pulsiones sordas de los ciudadanos anónimos convirtieran a Hollywood en un sitio del delirio, flotando indefinidamente entre la realidad y la imaginación.

Pese a la importancia de Stein y West, el auge de la literatura judía en los Estados Unidos ocurre en los años que siguieron a la segunda guerra mundial. El lado turbador y secreto del «sueño americano» inquieta, de diferentes maneras, a novelistas para los que Europa se ha vuelto la referencia lejana de los ancestros o el teatro de las batallas recién ganadas. Estados Unidos, por su parte, es un vasto continente moral, histórico y mítico –pienso en *América*, del poeta beatnik Allen Ginsberg– o, con más frecuencia, se identifica en la obra de los novelistas con las grandes urbes, en particular New York y Chicago. Chicago es la ciudad en la cual se sitúa –o ancla– la experiencia de buen número de personajes de Saul Bellow, Premio Nobel de Literatura y uno de los escritores centrales de la segunda mitad del siglo XX. Aunque Bellow nació en Canadá, se formó sentimental y culturalmente en Chicago, la ciudad a la que Carl Sandburg dedicó sus mejores poemas y sobre la cual Upton Sinclair escribió *La jungla*. El entorno de la gran urbe –Chicago, casi siempre, y a veces New York– explica el desarraigo y la tendencia a la fragmentación síquica que distinguen a buena parte de los personajes de Bellow. En su escritura parecen confluír tendencias en apariencia divergentes: el realismo, con su atención precisa a las circunstancias sociales de los sujetos; el expresionismo dostoiévskiano; la picaresca inglesa del siglo XVIII; y, por último, la fantasía kafkiana, particularmente en el examen de la tensión entre el individuo aislado y la maquinaria ominosamente hostil de la sociedad. De los libros tempranos de Bellow, acaso el más notable sea *La víctima*, escrito poco después del término de la

segunda guerra mundial. Los nexos con **El doble**, de Dostoievsky, son ostensibles, pero la novela de Bellow no es derivativa. En su relato, un protagonista judío de clase media sufre el acoso de un vagabundo que lo acusa de haber causado su ruina; que el vagabundo resulte ser un anglosajón protestante y que su queja no sea del todo arbitraria le otorga a la historia un giro insospechado, pues pone en escena las tensiones y ansiedades que marcan a la experiencia judía a mediados del siglo XX. **Las aventuras de Augie March**, en su vena picaresca y su escala amplia, muestra otra de las facetas de Bellow. La preocupación por pensar la herencia del arte moderno desde la ficción se hace evidente en **El regalo de Humboldt**, así como la situación límite de quien se ve enfrentado a la intemperie de la alienación y la soledad se expresa, magistralmente, en **Herzog**, acaso la más intensa y perturbadora de las novelas de Bellow.

Bernard Malamud –sobre todo en **Las vidas de Dubin**– es un autor comparable a Bellow, pero me parece que el contrapeso y el complemento de la obra de Bellow se hallan en Philip Roth. Prolífico, sardónico, procaz y agudo, Roth explora el predicamento existencial del judío culto a partir, sobre todo, de los esplendores y miserias (en particular estas últimas) de la sexualidad masculina. Desde el joven obseso de **El lamento de Portnoy** hasta el anciano incontinente de **El teatro de Sabbath**, Philip Roth ha seguido con persistencia las peripecias priápicas de personajes que, sometidos a las urgencias de la libido, ponen en riesgo su estabilidad personal y en cuestión su formación judía. Otro Roth –Henry–, es uno de los casos más insólitos que haya visto la literatura de los Estados Unidos. Luego de un comienzo prometededor en los años 30, con **Llámalo sueño**, Henry Roth sufrió décadas de angustiosa esterilidad, hasta que ya en la ancianidad volvió a él la capacidad de escribir. Una tetralogía –**Merced de**

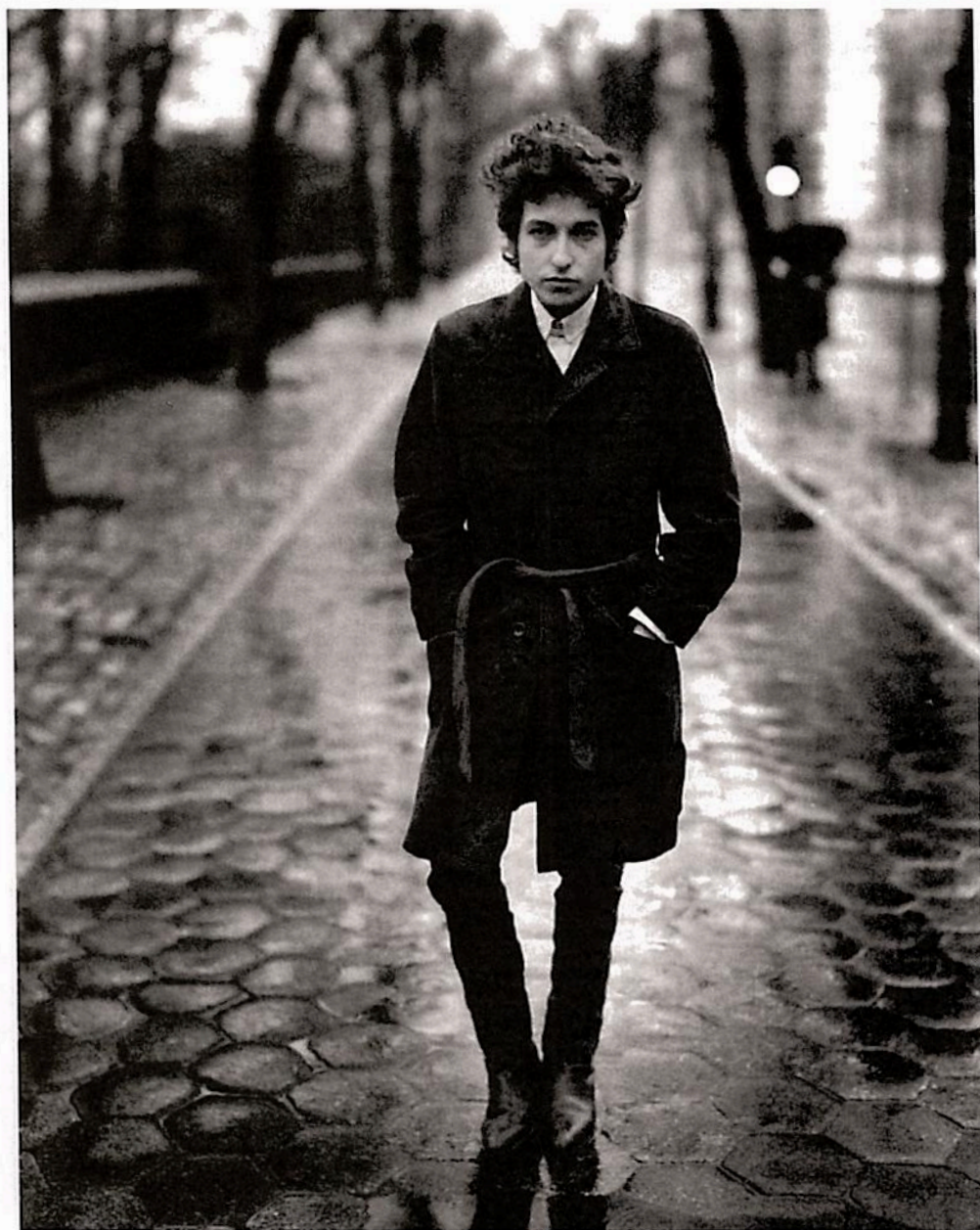
una áspera corriente– fue su testamento literario, concluido apenas unos días antes de su muerte.

Entre las escritoras judías americanas, las más prestigiosas son Cynthia Ozick –autora de **El rabino pagano y otros cuentos**– y Grace Paley –que escribió **Más tarde el mismo día**–. La perspectiva de las mujeres añade a la literatura judía americana una dimensión que desde los años de Gertrude Stein había estado casi ausente. El rasgo más notorio de su escritura es el de un autoanálisis que no excluye la ironía a costa de la propia experiencia. Las vicisitudes y transformaciones de la vida comunitaria y doméstica, así como la difícil negociación entre las exigencias profesionales y las demandas de la tradición suelen alimentar las ficciones de las narradoras judías americanas, cuyo centro geográfico y espiritual es, en la mayoría de los casos, la ciudad de New York. Con esas mujeres Norman Mailer –convertido ya hace tiempo en un antifeminista convicto y confeso– no comparte mucho más que el fervor neoyorquino. A propósito de Mailer, su poderosa novela sobre el frente del Pacífico en la segunda guerra mundial –**Los desnudos y los muertos**– sigue siendo uno de los textos más intensos y ricos en el ámbito del subgénero bélico, que en los Estados Unidos es de los más populosos. La revisión histórica ha tenido en E. L. Doctorow un exponente de primer orden: buenos ejemplos de ese empeño son **Ragtime** y el **Libro de Daniel**, en los cuales la soslayada trayectoria del radicalismo estadounidense ocupa el centro de las tramas.

No hay en los Estados Unidos otra minoría étnica o religiosa que cuente con tantos escritores como la comunidad judía. Esa circunstancia resulta comprensible, considerando el valor que a la escritura y a las operaciones de su desciframiento han acordado no sólo los judíos practicantes, sino también los agnósticos, los ateos y los disidentes. También en otras tradiciones na-

cionales modernas, por lo demás, la impronta judía es notoria y numerosa. En ellas, sin embargo, una cierta pátina de extranjería y extrañeza cubre la obra, mientras que en el caso del canon estadounidense no se descubre esa reser-

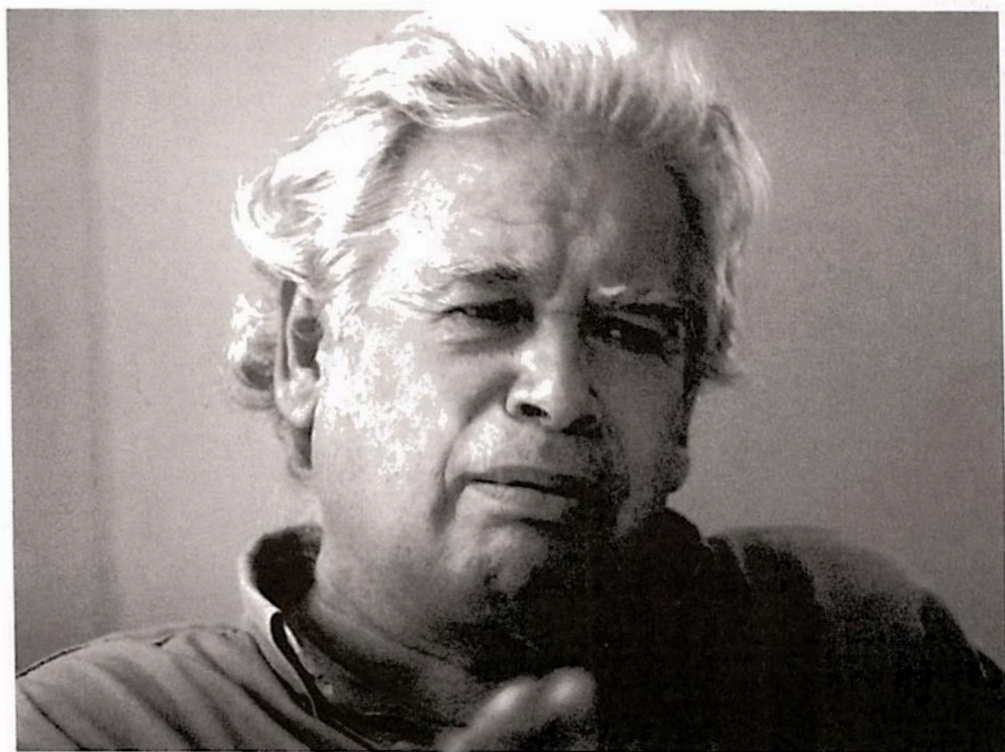
va, pues la experiencia judía –marcada por la errancia y la migración– puede parecer emblemática en una sociedad cuyo imaginario privilegia las imágenes del viaje y el hallazgo de nuevas fronteras. ■



Bob Dylan en 1965. El gran cantante de música folk, ídolo de José Tola, actuó en la película de Sam Peckinpah, «Pat Garrett y Billy the Kid» (Foto: Richard Avedon).

«Siempre digo que no escribo poesía para que no me jodan»

ENTREVISTA CON RODOLFO HINOSTROZA* POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN Y MARTÍN PAREDES



Rodolfo Hinostroza, curioso, variado y cosmopolita, ha incurrido exitosamente en la poesía, el ensayo, el teatro y la novela. Ahora anuncia la próxima aparición de su libro *Cuentos de extremo occidente* bajo el sello de la Universidad Católica. (Foto: Carla Levi).

Hablemos de tu libro de cuentos. Es un género en el que por primera vez vas a publicar.

-Todos los cuentos del libro están publicados. Son cuentos que he ido escribiendo en los últimos veinte años. Publiqué un cuento en *La Crónica* en 1957 que se llamaba «El noveno tranvía»; después he publicado muy esporádicamente en revistas y recién me decidí a juntar los cuentos porque gané el Premio Juan Rulfo y me dije tengo que completar estos cuentos, son siete cuentos. El primero se publicó el año 80 y el último el año pasado. Yo sólo escribo cuentos cuando me asalta una idea de cuento. Reconozco que la idea que se me acaba de ocurrir tiene una estructura de cuento. No escribo cuentos, como algunos amigos que no quiero mencionar, que escriben un cuento de cualquier cosa. Se cae un alfiler y escriben un cuento. Solamente hay algunos temas de cuento, no son ilimitados. Hay cosas que ya vienen como cuentos, vienen cantados y contados como cuentos.

-¿Y cómo reconoces que este material es para un cuento y éste no?

-¿Cómo lo reconoces? Porque viene con una estructura implícita. Ya viene armado, tiene una secuencia lógica, de desarrollo esférico, totalmente implacable. Una vez que plantas el primer postulado tienes que irte hasta el final. Por ejemplo, te cuento un cuento. Se llama «Memoria de Drácula». Escribí este cuento porque vi en la televisión el Drácula de Bela Lugosi. Pensé, ¿por qué matan a los pobres vampiros?, ¿qué pasa con los vampiros? Me di cuenta de que lo que pasa es que los vampiros ofrecían inmortalidad. Si te picaron podías ser inmortal, contagian inmortalidad. Y ese es el gran delito, por eso los matan. Los católicos creen que son engendros de demonios. Me dije, bueno, si todo el mundo quiere ser inmortal, por qué no reconocemos que queremos ser inmor-

tales y aceptamos el mensaje del vampiro. Y así partió el cuento. Es el desarrollo de una idea por etapas que hace que los hombres reconozcamos que queremos ser inmortales, no importa ser vampiros, tampoco vivir en los polos con tal de ser inmortales. Aceptamos todo con tal de ser inmortales. Y el mundo se ve obligado a cambiar, a vivir de noche en lugar que de día. El cuento es una profecía a partir de un par de postulados. Así son todos los cuentos.

-¿Y en el caso del poema? Del material del poema.

-En el poema la articulación no es tan lógica. Es secuencial, evidentemente, pero depende de valores de sonido, de emotividad, aunque también articulas, pero ya la masa es distinta, no es la gran lógica que articula todo el aparato.

-Tu poema «Nudo borromeo», ¿cómo se articula?

-Es una especie de lógica de movimiento de viaje. Ya no es la lógica aristotélica implacable sino más bien el nudo borromeo que toma el nombre del Papa Borromeo; es un nudo de tres aros que cuando se corta uno se sueltan los tres. Eso lo ponía Lacan como metáfora de articulación del mundo de lo real con el mundo simbólico y el mundo imaginario e inconsciente. Se cortaba uno y todo el resto se desarticulaba y el hombre quedaba en la regresión, la locura. Esta es la forma de articular que uso en «Nudo borromeo».

-En tu poesía, que son dos libros conscientemente concebidos como tales, los poemas se valen en conjunto del libro. ¿Cómo comparas eso con tus cuentos, que son válidos en sí mismos pero estarían organizados como tales en un libro de cuentos?

-De alguna manera tienen un aire de familia todos los cuentos, ese aire fantástico que siempre se basa en esa premisa real que deriva en lo fantástico. Lo fantástico, por aplicación excesiva de esa misma norma. Por ejemplo, el cuento más bonito que he escrito es «El benefactor». Partió de una idea muy francesa que dice que un texto lo inscribe, lo

* Reconocido poeta peruano, ha escrito también obras de teatro y ensayos literarios. El Fondo Editorial de la Universidad Católica anuncia la próxima publicación de su libro de cuentos *Cuentos de extremo occidente*.

marca a uno. Yo escribo un libro pero qué pasa cuando un libro me escribe a mí. Cómo me podría escribir un libro a mí. Comencé a desarrollar esa premisa y escribí un cuento que tiene seis novelas adentro; entonces me vi obligado a contar las seis novelas dentro de un solo cuento, como las *matruchkas* rusas, un cuento de otro cuento. Todo se articula y da una cosa bien rara que es cuento y no es novela. Te cuenta las novelas pero sigue siendo un cuento.

-¿En ese cuento está el tema de la despersonalización?

-El desdoblamiento, más bien. Cuando uno escribe, a mí me ha pasado con mi experiencia de poeta, se siente un rey; cuando deja de escribir se siente un chanchito. Y mira sus poemas como si no fuera capaz de escribirlos; no sé si yo mismo lo he escrito. Uno no se siente absolutamente seguro de ser autor de un texto porque cree, en mi caso, que ha habido una ayudita, una ayuda de afuera que se llama inspiración. Este misterio, esta ambigüedad, es la que yo pongo en escena en este cuento («El benefactor»). Por ejemplo, los bailarines de ballet están tan concentrados que los sientes cómo se desdoblan. O un guitarrista, sientes que sus manos actúan independientemente de su cuerpo. Esa especie de desdoblamiento ocurre también cuando uno escribe.

-Tú has tenido unos referentes muy claros, Saint-John Perse, Pound, Eliot. ¿Cómo se hace eso, con lo que estás diciendo, esa especie de espontaneidad, subconciencia, frente a un Rodolfo Hinostroza que para muchos lo vemos intelectual, rebelde, que quiere escribir cosas claras, mayo del 68, Cuba, la bomba, o es la crítica que te ha reducido a esa cosa...?

-No estoy de acuerdo con la crítica en un sentido general. Lo último que se ha escrito, el libro de Camilo Fernández, está bien. Es una cosa mucho más estructurada, menos referencial, de colocarlo a uno en una escuela. Como poeta siempre he dejado actuar las imágenes automáticas. Y cuando escribo, los primeros versos son dictados por el

inconsciente. He escrito todo un libro sobre el inconsciente, **Aprendizaje de la limpieza.**

-Ese libro, ¿cómo lo ubicas en tu producción?

-Practiqué psicoanálisis durante siete años, fui presa de él. Y fui puntual, nunca falté a una sesión. Cuando yo volvía de la sesión lo primero que hacía era anotar lo que había pasado; como escritor te quedas frustrado porque hay cosas que quisieras escribir, para que no se te pierdan. Entonces volvía de la sesión y apuntaba, escribía tal como si estuviera en la sesión, reproducía la conversación que había tenido en la terapia. Y después de siete años me quité del psicoanálisis con un portazo, me encontré con un alto de papel amontonado, pensé en quemarlo pero lo leí por curiosidad y me gustó. Reconocí que la voz que hablaba ahí no era la mía propia, no la reconocí como mía completamente; había otra voz que hablaba al lado de la mía, que era justamente el inconsciente que se manifestaba a través de mi voz. Tiene su plano interesante el monólogo psicoanalítico, por lo mismo que es una cosa de develamiento, ocultamiento, acercamiento progresivo a la verdad a través de asociación de ideas, donde el inconsciente asocia a veces por un sonido, porque una palabra suena igual. Escribí ese libro porque me era inevitable escribirlo.

-Lo redujiste mucho.

-Sí, mucho. Tenía 230 páginas, escritas por los dos lados. Lo publiqué en España y aquí. Pero me fue mal con ese libro. Todo el mundo me insultó. Me he ganado cada lío con ese famoso libro... Pero hay gente a la que sí le gusta, y eso me consuela un poco. Había gente que me decía, ¿tú has escrito esa porquería?

-¿Es un libro sin género?

-Sí, se puede decir que sí. Es un libro bien *sui generis*. Pero tengo la impresión de que ese libro forma parte de un proyecto mayor y que de repente lo voy a incluir como un capítulo, como parte de un proyecto mayor. Porque así está como descontextualizado. Tú abres el



RODOLFO HINOSTROZA
CONTRA NATURA

BARRAL EDITORES - POESIA - LIBROS DE ENLACE

Con su segundo libro de poemas, Hinostraza ganó el importante Premio Maldoror de 1970.



Rodolfo Hinostroza nació en Lima, Perú, el 27 de octubre de 1941. Ha realizado estudios de Medicina y Literatura. Durante varios años vivió en La Habana y actualmente reside en París dedicado íntegramente a quehaceres literarios. Colabora en diversas revistas latinoamericanas y sus poemas han sido traducidos a varios idiomas. En 1965 publicó en Lima y La Habana, simultáneamente, *Consejero del lobo*, poemario que lo situó rápidamente entre los poetas latinoamericanos de voz más propia y sugerente. *Contra natura* mereció el PREMIO MALDOROR de 1970.

En la foto, un Hinostroza de 29 años, barbudo, cuando vivía en París. En jerga actual, «En París reformateó su disco duro».

libro y entras de frente al inconsciente de un fulano, habría que darle un contexto y sería otra cosa.

-¿Y cómo estás enfrentando la diversidad de géneros? Todos te vemos básicamente como un gran poeta, pero que escribe muchas cosas y no tanta poesía.

-Siempre he tenido un montón de proyectos. Y muchos de ellos incluían la prosa, porque siempre me ha gustado la prosa. He escrito mucho más prosa que poesía. Termino un proyecto y paso a otro. Tengo en proyecto un libro de poemas que lo tengo tirado al fondo; cuando tenga tiempo escribiré ese libro. Pero uno no se agota con la poesía. Se dice que la poesía es el lenguaje más rico, más universal, más amplio; sin embargo la poesía a mí no me sirve para contar algunas cosas. Por eso el cuento. Hay otra manera de contar. En poesía no suelo contar. Son formas de contar, que no te satisfacen sino a medias, no cuentas todo lo que deseas contar, no es la forma más adecuada la poesía.

-Tus dos libros son dos poéticas distintas. Son como si fueran dos personas. ¿El tercero sería también una nueva poética?

-No sé. Un poema que publiqué aquí, en *Quehacer*, «Los huesos de mi padre», es el primero de una serie, y todo está dado por la estructura. Ese toque va a ser el que va a predominar. Estoy escribiendo un poco de poesía. Pero siempre digo que no escribo poesía para que no me jodan, pues. Pero sí escribo algo de todas maneras. Yo soy un espíritu libre, hermano. Estoy escribiendo un segundo libro de astrología que es el resultado de treinta años de trabajo. Es una cosa completamente distinta.

-¿Cómo surge tu interés por la astrología?

-La astrología es una fascinación, un enamoramiento. Me fascinó siempre. Y luego comencé a estudiarla y me gustó más todavía.

-¿Cuál es la esencia de la astrología?

-La astrología ha sido una religión, son los restos de una religión. Se basa en

los signos y marca a la gente. Todo eso lo detallo en el libro *Los colores invisibles*, que estoy terminando. Lo voy a publicar supongo que afuera, donde hay mucho campo para la astrología.

-Tú eres visto como un artista ambicioso. Que no escribe poemitas, sino que va a escribir su libro de poesía, obras de teatro con muchos personajes, un libro de cuentos con cuentos de veinte, treinta páginas cada uno. Eso te diferencia un poco de tu generación. ¿Cómo te sientes tú en tu generación? Releyendo las famosas declaraciones en *Los Nuevos*, hay una especie de ruptura con gente que no leía mucho, no leía a Joyce, no era un monje, y esa es la visión que tenemos muchos de ti.

-Lo que pasa es que los de mi generación se han confinado en la cosa poética. Mirko Lauer, Toño Cisneros, Marco Martos, todos escriben poesía casi exclusivamente. Yo he sido el único que se ha lanzado por otros caminos, entonces me siento ahí solo. Transito otros senderos y muchas veces la gente no entiende por qué diablos estoy haciendo eso y no poesía. Sin embargo, a mí me pareció mucho más interesante explorar otros terrenos. Hay un montón de cosas interesantísimas que están ocurriendo en todas partes y a mí me interesa muchísimo estar en el ajo. La importancia de la astrología tiene que ver con la ecología del planeta, ya no tiene que ver con las lejanas constelaciones sino que forma parte de la ecología. Y cuando la gente entienda eso, se entenderá mejor los alcances de la astrología. No será sólo un asunto de viejas y de mujeres histéricas que quieren saber cómo hacer para que sus maridos no las engañen. La astrología vista por un astrólogo serio es mucho más interesante. Tiene que ver con la historia, con el psicoanálisis, con todo. En la antigüedad era la voz magna, el que sabía astrología lo sabía todo.

-¿En qué actividad plasmas mejor tus lecturas, tus preocupaciones que son variadas?, ¿dónde logras expresarlas mejor, o se desparan en toda tu escritura?

-Creo que cada cosa tiene su sitio. Del caudal de cosas que siempre estás pensando, especulando, mirando, hay una serie de cosas que te saltan a la mente y dices, ésta para el teatro, ésta para poesía y distribuyes, como en una cosecha de papas. Y tienes chamba para rato.

-¿Y esos intereses por distintos géneros es lo que te diferencia de tu generación, o también los temas de tu poesía?

-No sé, no busco diferenciarme de mi generación. He querido realizar mis propios deseos. Además, para mí también significa un **tour de force** en cierto sentido, formal. Por más que la poesía sea alabada como la cumbre de la palabra, uno no puede pretender que porque escribe poesía ya sabe escribir teatro, cuento, novela. No. Cada una tiene su propia técnica, son lenguajes diferentes los que hay que aplicar en cada caso. Lo que sí es para mí motivo de orgullo íntimo es que puedo escribir teatro, novela, cuento, poesía, que son todos géneros distintos, sin mezclarlos. Cada uno siendo lo que es dentro de sí mismo. Hasta canciones populares puedo escribir. Eso es lo que me gusta. Poder dominar, no en vertical sino en horizontal...

-Yo crezco a lo ancho, es una frase tuya, además...

-En todo sentido. No me privo de nada. Si me gusta, lo hago. Depende de mi habilidad para hacerlo.

-¿Este don lo has aprendido?, ¿hay que aprender algunas técnicas o sólo leyendo y escribiendo?

-Soy absolutamente autodidacta. Los poetas somos autodidactas. Lo que pasa es que el género me ha gustado, tengo una gran curiosidad técnica. Me gusta experimentar formas.

-Francia, en el caso de Ribeyro, de Bryce, en el caso tuyo, parece que dio consecuencias distintas. La obra se enriqueció de manera distinta. En el caso de Ribeyro hay un Perú presente. En tu caso, es más cosmopolita; eres el que más absorbió. ¿Por qué no nos cuentas tu experiencia intelectual en Francia? ¿Fueron cuántos años?

-Quince años. La curiosidad natural

es la que me lleva a todos esos caminos. Desde que llegué a Francia me metí en su ambiente cultural tan rico, extraordinario. Tenía la ventaja de tener una mujer francesa, y así frecuentaba franceses y no solamente sudamericanos. Porque muchos sudamericanos se quedan en ghettos y no salen. Me metí más bien con grupos franceses a conversar, dialogar. Mucho con pintores. Me metí en el ambiente francés que es rico y variado, museos... Un reformateo del disco duro. Me adecuó bastante a la manera rigurosa de los franceses, y saqué un caudal muy impresionante creo yo, porque hasta ahora me sirve. Tenía una vida cultural trepidante en Francia. Cosmopolita. Pasé mi servicio cultural obligatorio.

-No sé si llegaste a decirlo, pero te lo atribuyo, como que tú optabas, preferías ser un intelectual marginal del primer mundo occidental a ser un intelectual del tercer mundo latinoamericano.

-Hay una cosa que a mí me ha gustado mucho: la reflexión filosófica, que en Francia es muy común. La gente tiene mucha afinidad con la filosofía. Y su concepto de intelectualidad se basa mucho en eso. Y aquí hay una notoria carencia de filosofía. En América Latina los filósofos brillan por su ausencia. Para mí un intelectual pasa por la filosofía de todas maneras.

-Esa sería la diferencia fundamental.

-Para mí, fundamental. Hay un pasaje por la filosofía y que se nota, de una manera u otra uno pasa por la filosofía y se queda impregnado. En el Perú, ¿por qué no hay tanta filosofía?, ¿por qué no hay un pensamiento filosófico? En América Latina tampoco. Y tampoco es transparente en la obra de la gente, cosa que sí pasa en la obra de los europeos, donde se nota, a veces demasiado. Hay mentalidades filosóficas, una formación filosófica marginal como la de Borges. Pero es uno de los pocos. Constantemente hay un pensamiento filosófico en Borges que no se encuentra en ningún otro escritor latinoamericano.

-Juan Gonzalo Rose, tu amigo, tú lo

respetabas tanto. Cómo verías desde esa perspectiva, como una limitación, su concepto de poesía.

-A mí me encanta la poesía de Juan Gonzalo. Justamente Gonzalo me contaba eso. Cuando él llegó a París por primera vez se quedó aterrado porque un

mente cuadrículadas, muy funcionales, no muy frescas.

-¿Qué modo de vida llevas? Eres una persona que está leyendo y está escribiendo. ¿Cuál es tu vínculo con el mercado, con las editoriales. Este mercado *light* que es el que está predomi-



«Yo sólo escribo cuentos cuando me asalta una idea de cuento. Solamente hay algunos temas de cuento, no son ilimitados». En la foto de Carla Leví, Rodolfo Hinostroza aparece flanqueado por Martín Paredes y Balo Sánchez León.

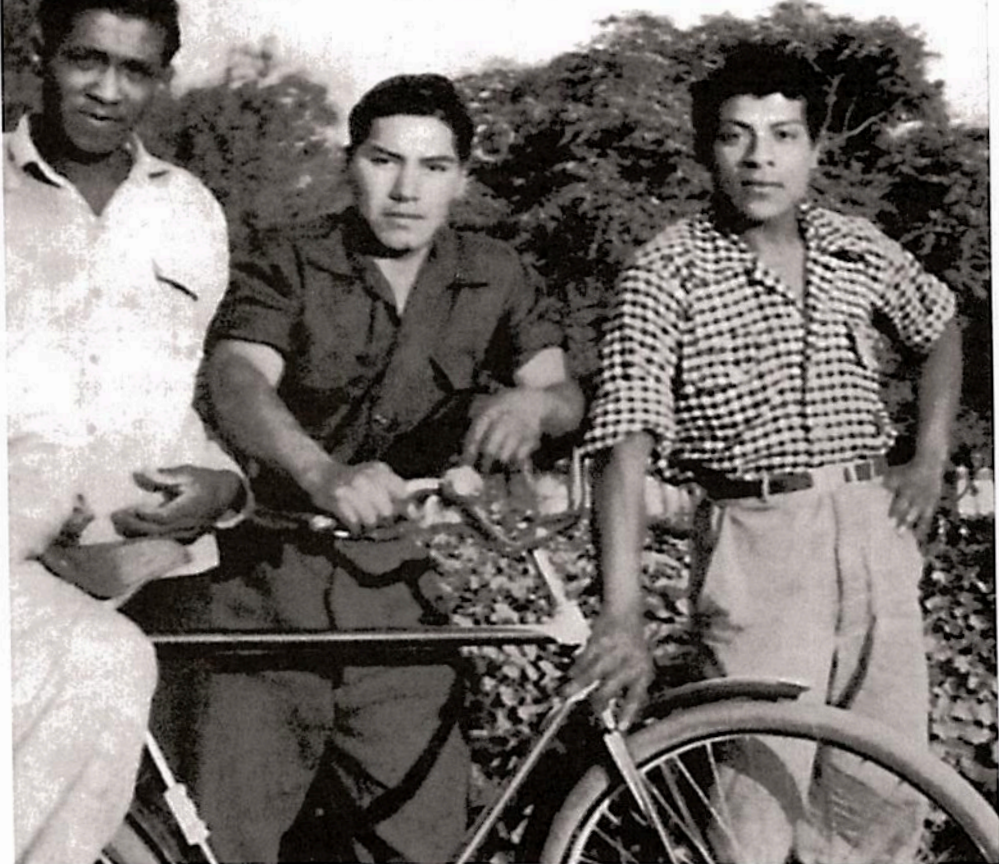
chico de 16 años en un café le dio lecciones sobre Teilhard de Chardin y Gonzalo no lo había leído, estaba asustado. Pero eso no disminuyó la calidad de la obra de Juan Gonzalo. Él fue un aventurero, sus poemas sobre la amazonía, un maestro. Un poeta no tiene que ser un intelectual. Es una afición mía.

-Pero el riesgo de eso es que habría una literatura muy costumbrista, criolla: la cantina, la calle, la poesía que ha derivado en eso es flojona.

-Se cae mucho en eso, inclusive en narradores. Justamente eso, costumbrista, retratando el momento sin mayores proyecciones, anecdótica. Está muy dicho todo eso; habría que buscar formas diferentes de contar, ángulos diferentes. Las formas en que lo cuentan son suma-

nando. ¿Ves una contradicción entre lo que tú haces y quieres?

-Todo libro viene con su mercado bajo el brazo. Pero en el Perú es un mercado bastante limitado. En poesía no he vendido más de mil ejemplares. Un libro de cuentos no sé qué tiraje podrá alcanzar. Pero yo no vivo de esto. Tengo unos cuantos amigos con los que hablo de locura y media. Pero no estoy involucrado en movimientos. Hago un camino un poco singular por la diversidad de intereses que tengo y que comparto con poca gente. En la gastronomía sí hay mucha gente que le encanta el tema. Estoy más cerca de los jóvenes, más bien. Converso con ellos. Si están metidos en este asunto de la poesía trato, por lo menos, de aliviarles un poco el camino. ■



Zózimo Torres, al centro, junto a dos trabajadores de la hacienda Huando. 1956. (Foto: *Caretas*).

«Te vengo diciendo...»

Historia de tres inocentes palabras

GUILLERMO NUGENT*

El año pasado fue publicado uno de los textos con material más innovador para la discusión en las ciencias sociales, *Testimonio de un fracaso. Huando*.

Habla el sindicalista Zózimo Torres, de Charlotte Burenus. En varios casos la crítica se limitó a consignar su aparición como un mero incidente editorial.

En esta nota queremos llamar la atención sobre la relevancia de este libro para la discusión de temas de interés académico y correlatos políticos.

DICHAS E INDIFERENCIAS

Testimonio... se distingue por una muy inusual característica. El relato de la

memoria de Zózimo Torres, el líder más representativo del sindicato de la hacienda Huando y de su posterior administración cuando fue afectada por la reforma agraria, va mucho más allá de la entrega de información sociológica. El hecho decisivo para la articulación del relato es que la entrevista tiene lugar con Charlotte Burenus, la hijastra de Fernando Graña, uno de los hacendados de Huando, y de hecho la principal figura de autoridad en el lugar. La atmósfera que produce el diálogo entre dos personajes que compartieron un mismo universo social, pero en las posiciones más distantes de la jerarquía, es en nuestra opinión lo más valioso y original de esta publicación.

El ensayo introductorio de Burenus permite establecer el contraste entre las maneras de existir en los distintos rangos de la jerarquía. El mundo de la casa hacienda es descrito de manera fluida y concisa («Un ir y venir de maletas al atardecer nos dejaba instalados en aquel mundo perfecto donde todo era dicha» p. 22). En esa «infancia perfumada de azahares», sin embargo, la autora se siente fuera de lugar: «Yo me quería morir enterrada en el hedor alcanforado de los bobos, los abanicos y las castañuelas» (p. 24).

La reforma agraria, que hasta ahora suscita polémica, fue una medida política que produjo el colapso del sistema de hacienda e incluso de sus propietarios. Una escena que describe a Fernando Graña en Madrid permite entender la magnitud del acontecimiento para los afectados: «Una tarde mi madre lo encontró sumergido en la tina vestido, jabonándose la ropa mojada. 'Estoy aprovechando para lavar mi camisa' dijo. Le acababan de expropiar la hacienda... Mi madre, instalada con sus menores hijas y mi mamá Josefina en una casita en Miraflores, el barrio de la clase media

que aborrecía Fernando Graña, allanó el regreso de su esposo al Perú» (p. 26).

Testimonio... no pretende zanjar la discusión sobre si fue o no pertinente cancelar el sistema de hacienda de señores. Su mayor contribución, a través del hilo de la memoria de Zózimo Torres, es destacar algo en apariencia tan trivial que hasta pasa desapercibida para los propios interlocutores: la relación entre la palabra escrita, la ley y la justicia. En un universo jerárquico donde todos los rangos se definen a partir de la relación cara a cara y sin la referencia a un tercero regulador, la reverencia y la revancha marcan los límites de toda acción posible.

En las páginas finales Burenus le pregunta a Torres por su explicación de la destrucción y el deterioro de las instalaciones y la administración de la hacienda. La respuesta es: «La ignorancia, la incapacidad, la falta de educación y de cultura. Porque esto no puede haber sido originado por el despecho o como un acto de revancha por un estado anterior, de la época patronal, porque con el solo hecho de haberle quitado la hacienda a los Graña y convertirla en cooperativa, ya estaba saldada una deuda histórica. *Totalmente otra cosa es haber sido tan indiferentes a partir de ahí.*» (p. 192, mi subrayado GN). Entender las raíces y características de ese «ser indiferentes» es fundamental para cualquier intento posterior de generalizar formas democráticas de ejercicio del poder que se quieran llevar a cabo en el país.

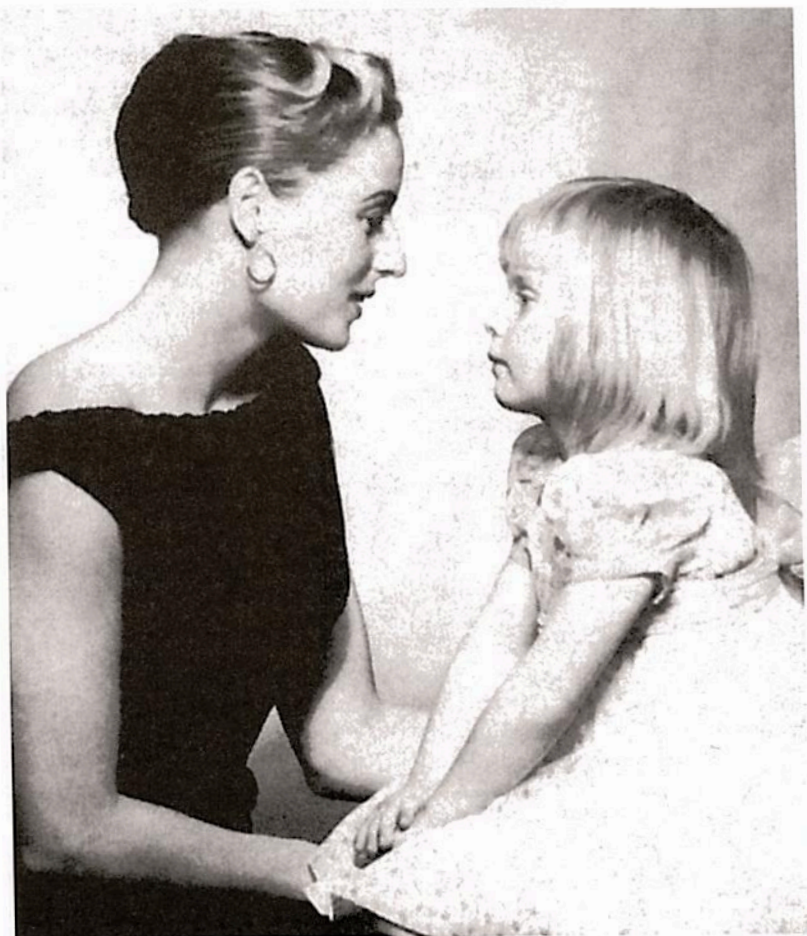
UN CAMPESINO LEE SU VIDA (Y LA DE OTROS)

Desde el comienzo de la narración biográfica la relación entre escritura e identidad es el hilo central: «Nací, según los datos que *me dejó mi padre en un libro*, el 9 de agosto de 1933, en un caserío del pueblo de Paccho que se nombra Huamanquiuro.» (p. 37 mi cursiva). La relación de Torres con la escritura, los

* Sociólogo, especialista en el tema de la cultura. Ejerce la docencia en la UPC y la Universidad de Lima.

libros, aparece de una manera constante. En el momento de describir los ascensos que tuvo como soldado en el ejército mientras estaba en el cuartel San Martín (a pocas cuadras de Desco), sus primeros éxitos en la actividad pública podría decirse, hace una súbita referencia a la lectura: «Yo apenas aprendí a leer me devoré prácticamente de un tirón toda la Biblia, porque mi tía Escolástica y su marido Isidoro profesaban la religión evangelista, y de inmediato me devoré la Historia del Perú que tenía mi tío Isidoro entre sus libros... Me contagié ese afán suyo, de manera que yo casi me quedaba sin ojos por el hambre de leer lo que cayera en mis manos, periódicos, libros, volantes, lo que fuera, hasta

propaganda evangelista de Jehová...» (p. 58) Anteriormente ya hay una mención al tío Isidoro, que lee libros y hace que el niño Zózimo lo imite (p.44). La oposición que da un sentido a las menciones al mundo de la escritura es el mundo de la *costumbre*, que en este contexto es una referencia al poder de la hacienda. Al momento de describir el tiempo crítico de aplicación de la reforma agraria en Huando, Torres usa estas palabras: «El ambiente en ese momento era un ambiente heredado de la *costumbre*, de la época de los dueños, lógicamente. De un lado el trabajador humilde y sencillo que venía de preguntarle con miedo al hacendado...y del otro lado el hacendado *acostumbrado* a mandar y a



CARETAS

Lotta Burenius pasó gran parte de su infancia en Huando, cuando su madre Pinna de Graña se casó en segundas nupcias con Fernando Graña Elizalde.

que se le obedeciera, en este caso don Antonio y don Fernando, que consideraban si era posible o conveniente atender al reclamante, etcétera. Y más *acostumbradamente* decían ellos que no, como también es natural». (p. 83, mis cursivas).

La propia narración biográfica de Torres está marcada por el trasfondo de la lectura cuando compara el relato de su vida con el suspenso de las novelas, en asociación con la biblioteca del sindicato (p. 101). Esta biblioteca luego fue destruida en el momento de mayor confrontación entre el sindicato y los hacendados (p. 168). Los libros y la biblioteca no dejan de estar presentes en momentos críticos de la narración. Hacia el final, cuando Torres invita a Burenius a su casa, le muestra distintos ambientes y diplomas colgados en la pared: «Y esto que ves aquí es lo que se llama la biblioteca nacional de la casa (Zózimo sonríe, se inclina a mostrarme unos libros visiblemente usados). Mira, éste cuenta la vida del compañero Juan Pévez, gran luchador, bien combativo, de Ica era, ¿conoces? Y aquí tengo el testimonio de un yanacona antiguo de aquí de Chancay, don Erasmo, del doctor Matos Mar. ¿Lo leíste? Si quieres te los presto. Pero éstos que ves aquí no son todos los que he leído sino que libro que llega a mis manos, libro que lo paso a otras manos, porque te imaginas con lo que cuestan y con lo que ganamos los campesinos, comprar un libro significaría dejar de comer varias semanas, ¿No es cierto? Bueno, ya conociste mi casa». (p. 198).

LAS PALABRAS SE PORTAN SEGÚN SUS MODOS PROPIOS

Los padres de Torres tuvieron muertes violentas, fueron asesinados en diferentes circunstancias durante la infancia del protagonista. En la última página el texto presenta una asociación de palabras que sólo puede ser posible por la experiencia de considerar el lenguaje como algo diferenciado del sujeto. Casi a manera de estribillo, el relato está marcado por una frase de apariencia anodina «por eso te vengo diciendo» que al

entrevistado le permite con frecuencia hilvanar una escena con otra. Sin embargo, hacia el final de la historia, en un giro inesperado y que da un remate brillante, Torres afirma: «... y me puse a pensar que la palabra *vengo*, ahí en mi cantaleta de *por eso te vengo diciendo*, pudiera entenderse también en el sentido que también tiene de una venganza, dicho del acto de vengar... y dado que la psicología de masas está en boga yo te pregunto si no es molestia: ¿las palabras pueden portarse según sus modos propios, independientemente de quién habla?... Y creo que tal vez sin mi deseo ni discernimiento ya he venido en todos estos tiempos diciéndole a mi padre: *por eso es que te vengo. Diciendo la verdad de los hechos de nuestra vida, así es como te vengo.*» (p. 201 cursivas en el original).

El documento presentado por Charlotte Burenius excede largamente los linderos del género «un campesino, o sindicalista, habla». Más que el balance de una experiencia colectiva e individual, aparece una nueva forma cultural: un diálogo basado en el mutuo interés y desde las cenizas de un universo social cerradamente jerárquico. Para ambos, Burenius y Torres, esta narración era necesaria en sus vidas, de lo que hay explícita constancia en más de un pasaje. La otra novedad es la organización peculiar de las emociones que es posible gracias a la escritura. La oposición entre ésta y la costumbre permite una comprensión más pragmática y menos intelectualista de la cultura escrita. El *Testimonio de un fracaso...* es también la aparición de un nuevo espacio discursivo donde la memoria, incluso de los proyectos frustrados, da origen a un modo de trabajar la palabra como escritura, donde la diversidad de significados posibles permite descubrir nuevas posibilidades para la práctica.

Hubo que esperar la instauración de un trasfondo dominante de cultura audiovisual en el país –Burenius además tiene una larga experiencia con la fotografía– para poder reconocer todas las posibilidades y urgencias de la relación entre escritura y cultura popular. ■

Canto premiado

UNA ENTREVISTA CON JORGE NÁJAR, POR SARA BEATRIZ GUARDIA



Jorge Nájar nació en Pucallpa en marzo de 1946, y vive en París desde 1977. Ha publicado varios poemarios, reunidos en el volumen *Formas del Delirio* –Obra poética 1969-1999– (Ediciones San Marcos, Lima, 1999). Recientemente, su poema «Canto Ciego» ganó el premio Juan Rulfo de

poesía convocado por Radio Francia Internacional y la Maison de l'Amérique Latine. En narración ha publicado las novelas *Mayushin: Ángeles & Diablos* (Pucallpa, 1998) y *Nadie escucha el canto* (Ediciones San Marcos, Lima, 1999).

–¿Qué significa para ti haber ganado el Premio Juan Rulfo de poesía?

—Uno se lanza a la aventura y recoge lo que hay. Eso es lo que significan los premios. Todos. El día de la recepción en la Maison de l'Amérique Latine, afirmé que «La poesía no es literatura, sino su madre. La madre de todos los tormentos. Como cualquier hijo en el anhelo de ganar sus afectos, muchos se vuelven o nacen dromedarios para cruzar el desierto sin probar una gota de agua. Yo, en cambio, nací cachorro, y la vida me hizo perro para morder incluso el hueso magro de ese premio».

—«Canto Ciego», ¿forma parte de un libro?

—Sí. «Canto Ciego» forma parte de un conjunto en el que intenté reflexionar sobre la «traición», esa plaga que ha sacudido y sigue sacudiendo a nuestra sociedad. Ese fue el propósito. Pero como tú sabes la poesía se gobierna sola y se justifica sólo en el poema; objeto musical hecho de palabras, su significación no reside en un «más acá» ni en un «más allá» de la palabra. Sólo en él y nada más que en él.

—¿Me gustaría saber cómo fue que decidiste dejar el Perú y qué significó esto para ti?

—Después de vagar por Barcelona y Madrid, a inicios de 1977 aparecí por París con el único propósito de ampliar el horizonte, de nutrir la curiosidad, una curiosidad que bullía dentro de mí desde hacía años por conocer otros países, otras sociedades, otra gente. El anhelo era subir hacia el norte para después bajar cantando hacia alguna playa del Mediterráneo antes de emprender el regreso al Perú. Seducido por la amistad y el amor comencé a echar raíces. Postergué mis planes y me quedé en París estudiando y trabajando durante los dos primeros años. Trabajé, estudié y me divertí, creo que esto último fue lo que más hice. Al cabo de tres años regresé a

Lima y me encontré con algo que no imaginé, una sociedad en la que ya entonces muchos estaban en la situación de «sálvese quien pueda». Comencé a contactar amigos para buscar trabajo en la enseñanza de literatura, prensa cultural, periodismo, pero nadie me propuso algo concreto, algunos incluso me recriminaron «qué loco, ¿por qué vuelves?» Así que hice lo que tenía que hacer. Y de aquí no me he movido, salvo los frecuentes viajes por las costas mediterráneas y de vez en cuando algún salto a la Amazonía, a Pucallpa, al Perú, en plan de visita. Pero no me quejo. «Uno se va por el mundo buscando felicidad y regresa cuando puede», sostiene el personaje principal de la novela que ahora estoy trabajando.

—Imagino que este cambio en tu vida ha debido tener influencia en tu producción poética.

—Para mí la poesía no es ficción. Nos nutrimos de la historia, de la tradición en la que nos inscribimos, de nuestras propias vidas, pero en el acto creativo estamos solos, totalmente solos, muchas veces incluso desnudos, quiero decir sin ropaje teórico alguno. Así se comprende que desde mis primeros versos estudiantiles hasta 1976, año en el que comenzó el proceso de bifurcación y acercamiento en el que aún estoy, había publicado en el Perú dos libros de poemas: *Malas maneras* y *Patio de peregrinos*. Años después he vuelto a leerlos. Y al confrontarlos con la poesía escrita posteriormente, siento que hay un fisura en la conciencia de aquél que se desnuda ante la escritura. En *Malas maneras* me movía el anhelo de recrear ambientes de la infancia, de mi adolescencia amazónica, en una sociedad abierta y de matriz aborígen, pensando en la música mestiza del acordeón, la guitarra y los rondines que por entonces acompañaban a los vaporinos. En *Patio* la ambición era dar cuenta de lo que se estaba viviendo en el Perú a través de lo que entonces correspondía con mi visión del arte popular andino y mis afectos por el huayno. Te darás cuen-

* *Malas maneras* (Pucallpa, 1973), *Patio de peregrinos* (Lima, 1976), *Arenas de Lutecia* (Madrid, 1978), *Finibus Terrae* (ediciones Cope, Lima, 1985), *Lienzo escrito* (Edición bilingüe. París, 1992) y *Taller Mediterráneo*, (Blanes, España, 1997).

ta que hablo de anhelos y pretensiones, porque no quiero inmiscuirme en un trabajo de enjuiciamiento que no me corresponde. Si se consiguió o no lo buscado, lo dirán quienes vuelvan a esas entregas. Luego vino el viaje a Europa. Y la elaboración y publicación de **Arenas de Lutecia, Finibus Terrae, Lienzo escrito y Taller mediterráneo**. Al volver a leerlos, me di cuenta de que todo lo escrito en esta segunda etapa giraba en torno no sólo a viajes por diferentes espacios culturales sino también a cuestionamientos provocados en mí ante ese espectáculo; algo así como si estuviese habitado por otro, por un judío errante trazando derroteros en el horizonte. Para consolarme, a veces me digo que tal vez ese es el premio que me he endilgado yo mismo alejándome del Perú. En **Lienzo escrito** regreso a una melodía más serena, a un proyecto preciso, que en este caso es la reflexión en torno a la idea de que si bien somos genéticamente hijos de nuestros padres también lo somos de la cultura y la sociedad que nos acoge. Finalmente **Mascarón de proa**, en el que intento una reflexión en torno a un rocoto relleno sobre el destino de nuestras sociedades y nuestras preocupaciones sacras. Ese libro es pues un viaje desde esos puntos de referencia, nacionales, y fruto del afán de trenzarlos con otros hitos de las culturas periféricas occidentales, rumbo hacia la muerte.

—¿Qué sientes cuando regresas al Perú de visita? ¿Cómo es ese encuentro?

—Uy, pucha... Tengo por norma regresar cada dos o tres años a visitar las casas en las que viví, las pensiones en las que me alojé. Y eso tanto en Iquitos como en Contamana, en Pucallpa, Atalaya, y otras localidades de la columna fluvial de la vertiente oriental de los Andes. Lo mismo hago en Cusco, Ayacucho, Huancayo y Huánuco. Sin olvidar Arequipa, Lima y Trujillo. Me fascina reconocerme e identificarme con sus colores, olores y aspectos. Yo sigo siendo un amazónico, un cholo andino-amazónico profundamente identificado

con los sabores que me nutrieron. ¿Has probado alguna vez un juane de yuca? ¿Has saboreado lo que es una patarashka de sardinas? Me preocupa mucho el destino de esos potajes, incluso más que a muchos peruanos del Perú identificados sólo con el cebiche y el seco de cordero, o el fricasé de chanco andino. Sí, regreso a visitar a los habitantes de esas casas para compartir sabores. Y ocurre que mi madre y mis hermanas son expertas en esos potajes. Aparte de los sabores y los colores, en mi última visita he sentido el empobrecimiento de la población en todos los sentidos. En ciudades en las que he crecido y en las que hubo antes librerías, éstas se han convertido en tiendas de cachivaches. No existe una librería digna de ese nombre en Iquitos, Pucallpa, Moyobamba, para hablar sólo de la Amazonía. Las salas de cine también han desaparecido en beneficio de ruidosos «chichódromos». La gente se reúne en esos lugares para hablar a gritos. Y eso, claro, repercute en la calidad de vida de los ciudadanos, la mayoría de ellos sin capacidad de respuesta coherente a políticas erráticas.

—¿Podrías decirme si sabes qué perdiste o ganaste al irte del Perú?

—Estás pidiéndome un balance y liquidación del siglo XX en el Perú. Tal vez la parte positiva es la voz encontrada que no sería tal de haberme quedado. Me he alejado de la política como militancia, como activismo. El activismo me aburre. Otra cosa positiva es que haya seguido escribiendo. Me asalta la sospecha que de haberme quedado hubiera escrito muy de tarde en tarde, absorbido por el activismo y la lucha por la vida. También he aprendido a cocinar y ya no empleo tanto el pues al hablar. Sí, he perdido el pues y la certeza de que la cerveza San Juan, o la arequipeña, o la cusqueña, son las mejores del mundo.

—¿Es importante para ti tener el reconocimiento de tu obra literaria en el Perú?

—¿Qué es eso? ¿La crítica literaria? Bien pensado, no me ha tratado mal. Mis primeros poemas aparecieron en la re-

vista **Hora Zero**, y aunque a muchos espíritus conservadores les sacó roncha lo que el grupo proponía, ahí están los poemas todavía. En la efervescencia de aquellos años J.M. Oviedo concibió **Estos 13**, otro testimonio aún válido. Después aparecieron mis libros y aquí y allá han salido gacetas dando cuenta de ellos. Eso no obvia, sin embargo, el problema de los diversos eslabones rotos que existe en el universo del libro peruano. ¿Lo vamos a analizar ahora? Señalemos simplemente que en la última mitad del siglo XX, el único escritor promovido desde el Perú ha sido Julio Ramón Ribeyro. Los otros, desde Alegría, pasando por Arguedas, Scorza, Vargas Llosa y Bryce, fueron lanzados por la industria editorial española o argentina. Y el fenómeno se ha vuelto a repetir con el caso Bayly, y está ocurriendo ahora mismo con Alfredo Pita. Eso nos lleva a pensar en la responsabilidad de editores, asesores, periodistas, críticos, libreros y autores. A todos les corresponde una parte de responsabilidad en la situación del libro peruano. Porque en la fórmula empleada para la elaboración de esa enorme mermelada de la que nadie quiere hablar han intervenido todos ellos. Pero regresemos al fondo de tu pregunta. La idea de publicar **Formas del delirio**—Obra poética 1969-1999— y mi novela **Nadie escucha el canto** tiene origen en los afectos de mi amigo Ibico Rojas y sus relaciones con Ediciones San Marcos. En las presentaciones realizadas en Ayacucho, Pucallpa y Lima tuve oportunidad de encontrarme con amigos que no veía hacía veinte años. ¿Qué más reconocimiento que contar con los amigos? La crítica y el periodismo es trabajo de quien corresponde. ■





Permiso para escribir

MARTÍN PAREDES Y RICARDO ZAVALETA

La década del 90 se caracterizó —entre muchas otras cosas— por la eclosión de una literatura escrita por jóvenes y casi exclusivamente para ellos. Había llegado el necesario recambio generacional que revitalizó el campo de la narrativa peruana, ya que el panorama literario durante los años ochenta acusó la ausencia de jóvenes narradores. La oferta creó una demanda —modesta, pero demandada al fin— y lo siguiente fue una reacción en cadena: muchos escribían sobre lo mismo hasta llegar a niveles de saturación temática. Estos escritores incorporaban en su literatura un lenguaje massmediático, urbano y de claros referentes a la cultura pop, el cómic, el rock y las drogas como fundamento. Querían sentir y decir de manera diferente. En sus novelas de aprendizaje los noveles escritores abandonaron cualquier tipo de preocupación o crítica social, el ideal de la novela total vargasllosiana fue dejado de lado. Ya no quieren hacer un retrato, ni una metáfora del país en quinientas páginas, ¿para qué? El reto consistía en buscar un estilo, un tono propio.

SÓLO SÉ QUE NO SÉ NADA

Cuando en 1985 Bret Easton Ellis publica *Menos que cero* con tan sólo veintidós años, se convirtió bruscamente en famoso, prácticamente en un ícono cultural y el libro en un *best-seller*. La novela fundó una nueva manera de nar-

rar, un estilo que sería prohijado repetitivamente en Hispanoamérica buscando un equivalente nacional a los «chuchan boys» de Los Angeles: jóvenes hijos de productores de Hollywood que consumen cocaína a granel, manejan autos deportivos, frecuentan discotecas de moda y experimentan con el sexo tanto como con el vacío de sus vidas: *yuppies* con paltas existenciales. La publicidad decía que en esta novela se reconocía una generación. Pero fue el canadiense Douglas Coupland, con la emblemática *Generación X* (1991) —otro éxito de ventas, otro famoso—, quien inventó, con la bendita letra, una marca de época, el símbolo de la indefinición. Éste fue, como dice Vicente Verdú, «un libro insignia de los años noventa». A ellos agreguemos los nombres de David Leavitt, Jay McInerney, Tamma Janowitz o Jayne Anne Phillips, en la misma onda.

El éxito de la novela joven era un hecho, un próspero negocio y un prometedor mercado. Es así que inclusive los publicistas de Pepsi idearon la frase «el sabor de la nueva generación». Ocurrió que las novelas tuvieron sus sucedáneos temáticos en películas (*Bodies*, *Rest and Motion*, *Slacker*, *Dazed and confused*, *Singles*, *Reality bites*), la ropa, el *dirty look*, el MTV (*Beavis and Butthead*), el sonido *grunge* de Seattle. Se trataba de vaciar el escaso contenido y marketearlo todo: la apatía, el cinismo, la desconfianza, la indefinición, las frustraciones, el nihilismo de bolsillo, las camisas de franela.

José Angel Mañas (*Historias del Kronen*, 1994) y Ray Loriga (*Héroes*,

Página opuesta: Bret Easton Ellis, fotografiado por Ricardo Miras para la revista Man.

1996) en España, fueron protagonistas del boom ibérico de la novela joven. En Sudamérica, los escritores más publicitados fueron el chileno Alberto Fuguet y Jaime Bayly. Las técnicas y los discursos de estos autores tienen una evidente filiación con los norteamericanos nombrados, pero la fórmula de esta literatura generacional parecía rendir buenos frutos y se convertía en un fenómeno en todos los sentidos del término, para desconcierto de la academia, la crítica y los guardianes del orden de la literatura sería. El mercado, como dice Óscar Malca, generaba sus propios escritores y lectores. Y los nuevos escritores ya no eran más aquellas figuras sobrehumanas, oráculos de lo bueno y lo malo, pontífices semidioses de las letras. Ahora se abrían paso este **brat-pack**, esta chusma de bacancitos catapultada por los medios como mega estrellas de la industria editorial que, bien mirados, no abandonaron el ideal romántico. Tener éxito, ergo, vender: he ahí la cuestión.

EL SABOR NACIONAL

Empecemos afirmando que no existe una generación de los 90, ni nada que se le parezca. Ante la aparición de la gran cantidad de obras, la crítica periodística (ejercida en nuestro medio con poca seriedad) pretendió ver el surgimiento de un movimiento o generación de narradores. Con criterio oportunista y facilista se quiso homologar y estandarizar a todos estos jóvenes escritores. Si bien la narrativa urbana juvenil fue una de las vetas más explotadas durante este período, nada más errado que etiquetarla como generación, ya que si algo pudiera definir a este grupo de jóvenes propuestas es su conformación heterogénea y las diferentes tendencias y voces que presenta. Los mayores aciertos de la década, dice Marcel Velásquez, son logros individuales y enemigos de toda comunidad literaria. El escritor Peter Elmore es de la misma opinión que Velásquez, y añade que «las propuestas narrativas y la representación en las novelas tienden a ser fragmen-

tarias y a localizarse en espacios sociales o generacionales muy delimitados».

Marcel Velásquez, en un ensayo publicado en la revista de literatura **Ajos y Zafiros**, apunta algunas características de los procesos relacionados con el campo literario en los 90. El interés suscitado por la narrativa estaría basado en la aparición de nuevas editoriales (El Santo Oficio, San Marcos, etc.), la mayor importación de narrativa extranjera contemporánea y la proliferación de revistas y talleres de literatura. La juventud es el público objetivo de esta literatura, por eso la «simplificación de las estructuras de composición, un lenguaje despojado de ornamentos, un vocabulario limitado, y la imposición de temáticas como las calles, la violencia, la soledad, la indiferencia, el sexo y las drogas». Así, este grupo de textos, en cuanto a los temas que aborda, no se aparta de la tradición narrativa peruana —de la cual, paradójicamente quiere marcar distancia— es decir, la realista (aunque, hay que decirlo, empobreciendo la realidad que intenta retratar). Más bien, engarza perfectamente con ella, pues básicamente se trata de una literatura de costumbres. La ciudad ha cambiado y sus hábitos también. La Lima de **Los inocentes** de Reynoso ya no existe. Aquí cabría preguntarse si es posible que con la aparición de estas nuevas sensibilidades literarias, ¿la literatura debería sintonizar, hacer concesiones con los nuevos gustos de los lectores, con los nuevos públicos? En esta implacable lógica de mercado, ¿hoy tendrían espacio, y lectores, la temática de escritores como José Antonio Bravo o el regreso de un Congrains, por ejemplo? ¿O es que están condenados al silencio editorial? ¿Ese realismo urbano murió con Julio Ramón Ribeyro?

Velásquez caracteriza a los autores de la novela *Joven Urbano* Marginal como bastante irregulares, con la excepción de Malca. Novelas como las de Javier Arévalo (**Nocturno de ron y gatos**), Manuel Rilo (**Contraeltráfico**) y Raúl Tola (**Noche de cuervos**), cuentos como los de Sergio Galarza, intentan emular el realismo su-

cio («yo quiero ser Bukowski», escribe Tola) pero, lástima, con malos resultados: «muchos de estos textos con demasiadas hormonas y pocas neuronas han convertido a la marginalidad en una postal decorativa que no cuestiona ni la identidad ni el lenguaje de sus protagonistas; por ello, quedan reducidos a las confesiones de una cáscara», indica Velásquez.

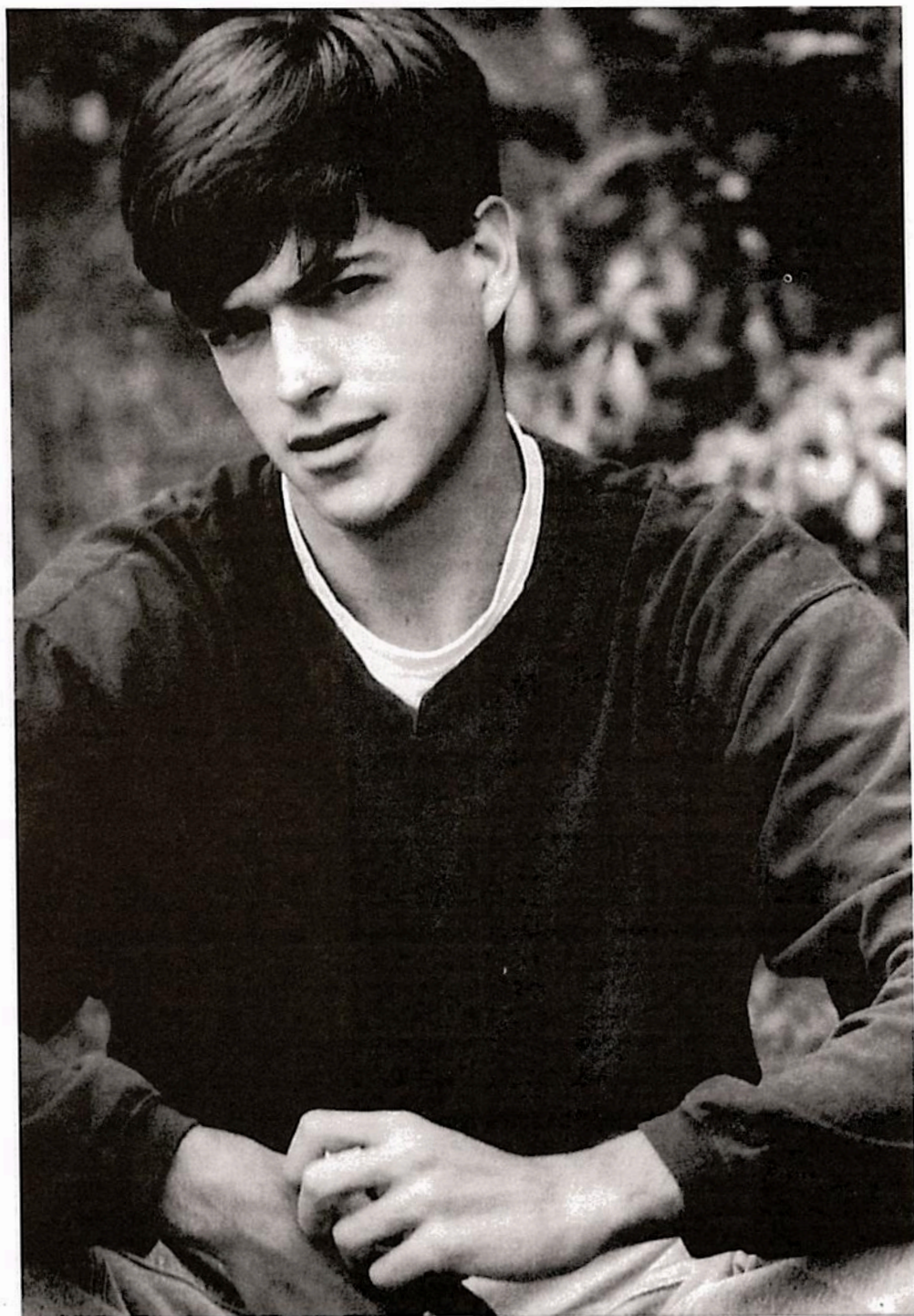
Mario Bellatin e Iván Thays escapan de los tópicos anteriores y sus intereses son distintos al costumbrismo pop. En ambos escritores, los universos narrativos no están determinados por la geografía ni a un hecho social identificable; poseen, además, una prosa más elaborada, más decantada. En el caso de Bellatin, también se puede distinguir en su obra una adecuada dosificación del material narrativo, un cambio en la sensibilidad de los personajes y la visión del mundo (inédita para la narrativa local) fruto, quizá, de los referentes del autor (devoto seguidor de la literatura japonesa). Otros autores de interés son Carlos Herrera, de temática más realista, Jaime Bedoya, Patricia de Souza, Enrique Prochazka, Enrique Planas –cuyas dos novelas se desarrollan teniendo como telón de fondo hechos históricos como la fiebre del caucho y la recuperación de Tacna– y Miguel Bances, quien en los cuentos de *Límites de Eduardo* (1998) se sirve del tópico urbano juvenil como pretexto para hacer una reelaboración del género en base a un envidiable manejo de la técnica.

Cuando en 1993 Óscar Malca publica *Al final de la calle* se hizo patente que el «anti-estilo», lo episódico, lo fragmentario, romper con las formas clásicas de narrar, sería una bandera difícil de arriar. Se trataba de escribir despojando a la narración de artificios literarios, o demostrándolos mínimamente, para exponer el material de forma bastante directa, horizontal, al lector. Un lector no precisamente adiestrado en lecturas más elaboradas. Esta manera de narrar está más emparentada con la estética del video-clip. Como en la música, era una literatura de garage condescendiente con sus limitaciones sintácticas.

Sucedió también que muchos quisieron imitar ese estilo de contar historias secuenciadas, episódicas, a modo de picaresca urbana, como si de modernos Lazarillos se tratara. Aparentemente se pensó que era «fácil» y que cualquiera «lo podría hacer» si se repetía un minimalismo epidérmico, invocando un fantasmal espíritu **punk** del 77: prescindiendo de teoría, de técnica literaria y desconociendo una tradición literaria «cualquiera puede ser escritor». Los resultados saltaron a la vista cuando los temas, las situaciones e inclusive los escenarios se repetían, como un juego de espejos. Era muy difícil encontrar un estilo propio dentro del género de la novela de iniciación. En un ensayo en la revista *Vórtice* (junio de 1999), Iván Thays afirma: «Es demasiado sospechoso que una serie de autores de diversos países, contemporáneos la mayoría de veces, tengan obras tan similares en personajes, situaciones y mundo representado. Salvo el hecho de que están contextualizadas en ciudades diferentes, son la misma obra contada hasta el hartazgo y sin variantes. Por otra parte, la ilusión de que esas obras **representan la realidad** de sus países es vana. En realidad, sólo son las mismas obras vueltas a contar, extraídas más de la lectura de las novelas norteamericanas del género sucio que de la observación de la realidad. No se trata, pues, de llevar la realidad a la literatura sino de hacer encajar a como dé lugar una literatura en la realidad de un país».

¿AQUÍ NO HAY LITERATURA?

Cada cierto tiempo aparece un escritor que provoca gustos y odios con la misma intensidad. Dueño de rápida fama y fortuna con el primer libro, el escritor es blanco de indiscriminada caza del anquilosado **establishment** literario. Eso sucedió con Bret Easton Ellis. Novelas como *American psycho* o *The informers* provocaron históricas reacciones de la crítica: *The New York Times* dijo de esta última que era «tan cínico, superficial y estúpido como la gente que descri-



Cuando se aleja del tópico pituco-gay-coquero, Bayly escribe buenas novelas como *Los últimos días de La Prensa*, diario en el que trabajó siendo muy joven: «creo que allí fui muy feliz». (Foto: Mariana Bazo).

be», y de la primera se dijo meses antes de que saliera a la venta: «sin rumbo, sin tema, sin contenido».

Reacciones similares provocó la primera novela de Jaime Bayly **No se lo digas a nadie**: «He leído buena parte del libro. La prosa me parece más escabrosa que el contenido» (Mirko Lauer); «Es el Miguel Bosé de la literatura peruana» (Óscar Malca); «No lo he leído ni lo pienso leer; no es literatura, no es una novela; es un libro chismoso. No pertenece a ninguno de los géneros que me interesan y no puedo perder el tiempo en chismes» (Abelardo Oquendo) [El Mundo, 14-20 de agosto, 1994]. Bayly, con su cinismo característico, responde: «los críticos siempre tienen la razón, pero son tan aburridos. Yo no escribo para los críticos, escribo para mí» (Vórtice, junio 1999). Patricia Arévalo, representante de Alfaguara en el Perú, indica: «Vargas Llosa apadrinó a Bayly. Qué importa si al profesor nose cuántos de la universidad tal le parezca una cochina. Finalmente, ¿qué cosa es el establishment universitario?, ¿quiénes son?».

¿Qué es Jaime Bayly? Un escritor, ante todo, aunque muchos lo nieguen: «Jaime Bayly, como sabemos, está entregado a la mercadotecnia y al escándalo, de ningún modo a la literatura» (Gustavo Faverón Patriau, **Quehacer** 108). Famoso desde muy joven, es una figura de la televisión y el espectáculo, sin duda. Pero sobre todo es un autor que ha sabido explotar la veta de la literatura de adolescentes de alta sociedad con pulsiones homosexuales y que convirtió en **best-seller** la novela-escándalo con un gran sentido de éste y de cómo manipularlo comercialmente. Cabe mencionar que su tratamiento de estos temas «polémicos» (homosexualidad, consumo de drogas) no es novedoso ni arriesgado; su enfoque carece de acidez o agresividad. Lo que pasa es que en una sociedad tan pacata como la peruana basta la mención de estos temas para que los guardianes de las buenas costumbres hagan su aparición, algo que Bayly ha sabido aprovechar muy bien.

Su último libro, titulado **Aquí no hay poesía**, es con seguridad el libro de poesía más marketeado de la historia de la literatura peruana (10 mil ejemplares vendidos en la primera edición). La sentencia de consenso de la crítica es que su literatura se agota en lo meramente comercial, en lo **light**, y de allí su nulo valor literario. Pero también se le reconocen algunos méritos. El manejo de los diálogos, el humor, la tan mentada oralidad: «la oralidad limeña de Bayly no es la oralidad limeña de Bryce que se había convertido para muchos narradores en la única posibilidad», dice Peter Elmore en una entrevista con **Ajos y Zafiros**. Pero también arrastra graves limitaciones técnicas, de estructura narrativa, y la escasa profundidad de sus personajes, esquemáticos por añadidura. Bayly quiere ser, como lo fue en la tele, el niño terrible de la literatura peruana, pero su literatura no sobrepasa lo acústico-decorativo.

El éxito de sus libros lleva a plantearse a muchos el recurrente ¿por qué no lo puedo hacer yo? Para Patricia Arévalo, «es sorprendente la cantidad de gente joven que empieza a escribir y que quiere imitar a Bayly porque dicen esto se vende, este tema vende». Aunque para una editorial el riesgo de publicar literatura hecha por jóvenes es grande, es indispensable hacerlo; el criterio de publicación siempre es el comercial—antes que nada esto es un negocio— y el mercado se reduce aun más cuando se trata de literatura joven. Arévalo se pregunta: «¿dónde está esa persona que te escriba un libro como **Los últimos días de La Prensa** o **No se lo digas a nadie**? No es tan fácil. Yo sí creo que [Bayly] es muy talentoso. Hay un talento que miles de personas tratan de imitar y no pueden».

Lo que no podemos negar es que la obra de Bayly (seis novelas en seis años) ha contribuido decisivamente, según Velásquez, a la consolidación de la literatura de masas en el Perú. Por último, sólo la buena literatura soportará el paso del tiempo y perdurará más allá de modas, oropeles y malditismos de mercado. La juventud, dijo hace algunos años Jaime Bayly, debe rendirle culto a la autenticidad. ■

No cruzarás dos veces la misma calle

UNA ENTREVISTA CON ÓSCAR MALCA

¿Concebiste *Al final de la calle* siempre como una novela o como cuentos?

—Siempre como novela. Lo que pasa es que en un primer momento tuve dudas, sentía que la narración no avanzaba y decidí abandonarla. La tuve guardada en un cajón por casi dos años. Hasta que una vez, quien era mi mejor amigo, Lorenzo Szyszlo (lo menciono porque no está más en este mundo) la encontró, la leyó y me animó a seguir con el asunto. Se la pasó a su hermano, de ahí a su madre, la poeta Blanca Varela, y ella me pegó una gran regañada por no habérsela mostrado antes. Así que la volví a leer, la rehice y decidí que las novelas también se pueden construir como en *off*. Hay libros que son ficciones que se construyen armando pedazos, construyendo personajes y situaciones, no necesariamente como progresión, ni con las estructuras clásicas de «exposición, nudo y desenlace». Aparte, el mundo de mi protagonista tenía mucho que ver con esa concepción de la historia. Su horizonte de realidad era bastante limitado y en la novela trato de que se vaya ampliando conforme van sucediendo cosas. Y terminé convirtiendo esta debilidad mía de no poder construir una cosa a la manera tradicional, clásica, ortodoxa, en una opción estilística, en una manera de narrar a través del fragmento.

—No era un ejercicio de estilo.

—No, para nada. Mi libro fue el resultado de un naufragio, lo que quedó de una novela de mucho más páginas, casi el doble de lo que fue publicado. Mi idea inicial era hacer una novela muy coherente, muy bien armada, pero no funcionó. Lo que rescaté de ese

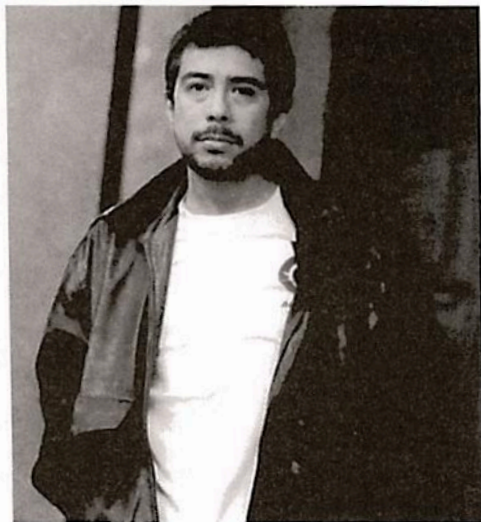
naufragio son esos pedazos que quedaron y que publiqué.

—Tu libro ya tiene nueve años de publicado, y durante la década pasada esos temas que la gente captó en tu novela se repitieron en otros relatos. ¿Crees que estos temas se agotaron?

—No, los temas nunca se agotan. Se desgastan sí, pero en la literatura no hay tema agotado. Los que vuelven manidos o refritos esos temas son quienes los escriben, su manera de enfocar los temas: eso sí es lo que está agotado, cierta mirada sobre los jóvenes. La realidad nunca va a ser la misma. Así como Heráclito decía no cruzaré dos veces el mismo río, yo no voy a atravesar dos veces la misma calle (je). Es otra calle. Y la calle va a seguir siendo un tema literario. El realismo, o como quiera llamársele, nunca se va a agotar. Decir lo contrario es una estupidez. Yo he dejado de escribir por muchos años, digamos que en serio, con un proyecto. Plantearme un nuevo libro, por ejemplo. Siempre escribo cosas sueltas, pero no con regularidad. Las urgencias económicas de estos años desviaron mi atención hacia otras labores. Recién este año, cuando me fui a vivir a la selva, al Alto Marañón, comencé a escribir otra novela. Y en eso estoy. No tiene nada que ver con mi primer libro. Me demoraré uno o diez años, no lo sé. Tampoco me interesa. No estoy en la carrera literaria. No soy de los que se sienten obligados a publicar uno o dos libros al año, ni a competir con el del costado.

—Esas novelas sobre marginales, ¿fueron escritas por necesidad de contar lo que se vivía acá o porque ya se había leído a Mañas, Loriga, Easton Ellis? ¿Fue una urgencia, una necesidad de expresar algo?

-No lo sé, habría que investigarlo, pero también pueden coincidir los dos movimientos. Es cierto que estas cosas se ponen de moda, no nos hagamos los cojudos. Y el hecho de que me interesara por el género puede que haya tenido que ver con eso. Pero también tenía la intención de saldar cuentas con la persona que fui en esos años de apren-



Con su novela de aprendizaje, *Malca* saldó cuentas con su juventud y su generación. (Foto: Cecilia Durand).

dizaje y vida colectiva en la Lima de esos años, porque eso es mi libro, una novela de aprendizaje, una novela de género. Ya era necesario un testimonio de esa etapa de la historia del Perú, desde la perspectiva de un joven. Lo que ocurre es que ese tipo de literatura ya no me interesa. No voy a escribir toda la vida sobre esos temas, ni soy ya el sujeto que escribió ese libro; soy otra persona. Digo que fue saldar cuentas porque creo haber sido siempre fiel, leal, a esa persona que un día soñó con ser lo que hoy día soy, un sobreviviente, que podía o no podía llegar a serlo. Ya cumplí con esa persona que era y con eso cerré un ciclo.

-¿Y Bayly? ¿Fue una moda? ¿Te interesa algún otro autor peruano de tu generación?

-Leí su primer libro y me pareció bastante eficiente, divertido, novedoso; un costumbrismo moderno, bien hecho, un poco reiterativo al final, pero como te repito, divertido. Ese libro me pareció valioso en su momento, cumplió un papel. Lo que me da más risa es que la burguesía peruana está convencida de que Bayly le está haciendo una

caricatura cuando lo que está haciendo es ser realista nomás. Él hizo el retrato de una clase social que, creo, se necesitaba. Es una especie de Bryce moderno, con diferencias, obviamente. Bayly es un cronista de costumbres y es muy bueno en eso. Pero su mundo siempre es el mismo. Ha repetido mucho el esquema. Siempre son los mismos personajes, el mismo pituco atribulado que protagoniza sus historias. Pero eso le rinde, y hace buenos negocios con su literatura. Al resto de narradores los conozco mal, pues como mis trabajos me absorben mucho, leo poquísima literatura peruana. No estoy al día. Pero siempre he dicho que Jaime Bedoya y Mario Bellatín me parecen los mejores escritores de mi generación. A Bedoya se le pasa por alto por la crasa ignorancia de críticos y profesores universitarios, y bueno, aunque no he leído sus últimos libros, Bellatín -creo haber sido el primero en elogiar su primera novela y buscar que la publicara o republicara una editorial de la que yo era socio- ha tenido que volverse mexicano para poder dedicarse a escribir a tiempo completo.

-¿Tú crees que hay un prejuicio de la crítica, de la academia, de la institucionalidad literaria hacia ese tipo de literatura?

-La academia, la institucionalidad literaria, si es que podemos hablar de eso en el Perú, en realidad no existe. Si hablamos de la academia, de los profesores universitarios, obviamente se pierden casi todo, ellos tienen una posición muy clara. Creo que la academia es lo más nocivo que hay acá. Muchas veces los académicos se detienen en la forma y son incapaces de discutir contenidos: sólo les interesan las formas literarias. Y a mí, sobre todo, me interesan los contenidos. Por eso los programas de literatura de las universidades sacan literatos como los que sacan.

-En tu caso, con tu libro, ¿valoraste la crítica que se le hizo?

-La crítica en el Perú es inexistente. Lo que hay es una repartición de *cherrys* y *chismografía*. He valorado las opiniones que he recibido a favor y en contra. Las tomo como de quien vienen y no necesariamente valoro la de los literatos o profesores de literatura. Es más, me preocuparía que, por ejemplo, a los profesores de la Católica -con claras excepciones- les guste mi novela. No me imagino escribiendo para ese tipo de gente. El día que lo haga será porque me he convertido en un completo imbécil. (M.P/R.Z) ■

«El meñique de la suegra» y los orígenes de la novela policial en el Perú

RICARDO SUMALAVIA*

Desde el primer asesinato de la historia bíblica, el lamentable fratricidio de Abel en manos de Caín, el crimen tendría todas sus bases sentadas y el hombre se encargaría de continuarlas. El primer criminal: Caín, arma homicida: una quijada de burro, móvil: celos. Habría que agregar, sin embargo, que sin la presencia del ojo divino, de quien todo lo ve y sabe, este asesinato hubiera quedado sin resolver. Pero como no siempre se puede contar con tal ubicuo testigo, se tuvo que recurrir a los servicios de un investigador, que pudo ser privado, mantenido por el Estado o un simple curioso. Con el tiempo, las relaciones entre el crimen, el criminal y el investigador, así como también los móviles, irían variando de acuerdo a las peculiaridades de cada cultura.

Inicialmente estos crímenes fueron recogidos en los atestados judiciales y, si los involucrados eran personajes públicos, en los tratados de historia —el asesinato de Julio César fue uno de ellos—. Luego serían las crónicas policiales y las memorias las que darían cuenta detallada de los crímenes. En la primera mitad

del siglo XIX, un registro notable de crímenes fue el ofrecido por François Eugène Vidocq. Este hombre: pícaro, ladrón, artista de circo, vagabundo y posteriormente agente de la *Sûreté* francesa, estuvo inmerso desde joven en el mundo criminal francés. Era conocedor de todos los grupos de delincuentes y participó incluso con ellos en múltiples crímenes. Pero en uno de éstos fue capturado y puesto a disposición de la justicia, que pronto se encargaría de aliarlo al departamento de policía. De delator se convirtió en cazador de malhechores, llegando incluso a crear la primera agencia de detectives moderna, llamada **Le Bureau des Renseignements**. Gracias a sus **Memorias**, publicadas en volúmenes a partir de 1827, se sabe que atrapó a miles de criminales con un método que le fue infalible: disfrazado de malhechor, no muy difícil en él, frecuentaba los lugares donde éstos se reunían y conseguía infiltrarse y así poder descubrir al autor de los

* Profesor de la Universidad Católica. El año pasado publicó su libro de cuentos **Retratos familiares**.



Por los años 50 proliferaron los detectives y los ladrones elegantes. (PHOTOFEST).

crímenes por cometer. Vidocq se hizo prontamente conocido a través de sus **Memorias**, gracias a sus fantásticas cacerías de delincuentes, a pesar de que muchas de ellas, se sospecha, fueron inventadas por él mismo.

Es sabido que el escritor norteamericano Edgar Allan Poe era conocedor de las **Memorias de Vidocq**, pero no fue hasta 1841 que este escritor recurriera a la ficción y creara el género policial. Ese año publicó en la revista **Graham's Magazine**, de Filadelfia, **Los asesinatos de la calle Morgue**, presentando al primer investigador de la literatura, Auguste Dupin. Con este cuento Poe también inició los relatos que desarrollan el enigma del cuarto cerrado —conocido como el **locked room mystery**—, en el cual el crimen se vuelve aparentemente irresoluble y por ello más atractivo y estimulante para el investigador, quien apelara a todo su razonamiento para desentrañar el misterio. Otros dos cuentos policiales de Poe siguieron a éste: **El misterio de Marie Roget**, escrito y publicado por entregas en 1842, y **La carta robada**, publicado en **The Gift** en 1845. Estos tres cuentos fueron ambientados en París, aunque se ha confirmado que **El misterio de Marie Roget** está basado en un crimen real acaecido en New York, en el que murió asesinada la muchacha Mary Cecilia Rogers.

El influjo de Poe fue enorme y muchos escritores empezaron a frecuentar el género policial. Primero lo hicieron a través del cuento, pues este modelo narrativo, conciso y eficaz, les permitió mantener la tensión en un único conflicto. Fue recién en 1862 que apareció publicada por entregas en la revista **Once a week** la que hasta el momento se considera la primera novela policial: **El misterio de Notting Hill**. Aunque la publicación fue anónima, algunos investigadores, sin mayor fundamento, se la atribuyen a

Charles Felix, probablemente el seudónimo de otro novelista. No obstante, otros prefieren considerar al inglés Wilkie Collins, quien publicó en 1865 su novela **La piedra lunar**, el primer novelista policial. De esta novela, en la que se presenta el analítico sargento Cuff, T.S. Eliot comentó que era: «la primera, la más larga, la mejor de todas las novelas detectivescas modernas». Lo cierto es que desde estos años la novela le dio otro impulso al género policial. Abundaron muchas novelas cortas, especialmente escritas por ingleses, que se difundieron por entregas a través de las revistas más prestigiadas de la época. En Francia, este género cobraría notoriedad con las novelas **El caso Lerouge**, **El crimen de Orcival** y **El legajo número 113** de Emile Gaboriau.

Otro giro al género policial lo daría el médico escocés Arthur Conan Doyle, cuando en 1887 apareció en el **Beeton's Christmas Annual** su relato **Estudio en escarlata**, con el que presentó al singular investigador Sherlock Holmes. Este cuento, por el cual recibió sólo veinticinco libras esterlinas, le permitió más adelante poder establecer un contacto con un representante de la revista norteamericana **Lippincott's Magazine**, de visita por Londres. En ese encuentro, en una cena literaria a la que también asistió Oscar Wilde, se acordó la publicación para febrero de 1890 de las novelas **El retrato de Dorian Gray**, de Wilde, y **El signo de los cuatro**, de A. C. Doyle. Con estos títulos y los siguientes, la popularidad del detective Sherlock Holmes se volvió abrumadora. Acompañado por su compañero, el doctor John H. Watson, resolverá los enigmas de los crímenes siempre recurriendo a su extraordinaria capacidad de análisis y deducción. Holmes tiene algo distinto del Dupin de Poe. Holmes se dedica a resolver estos enigmas, es un profesional y vive de su razonamien-

to; Dupin, no. El personaje principal es, en última instancia, el restaurador del orden: se vale de su intelecto deductivo y le pagan por ello

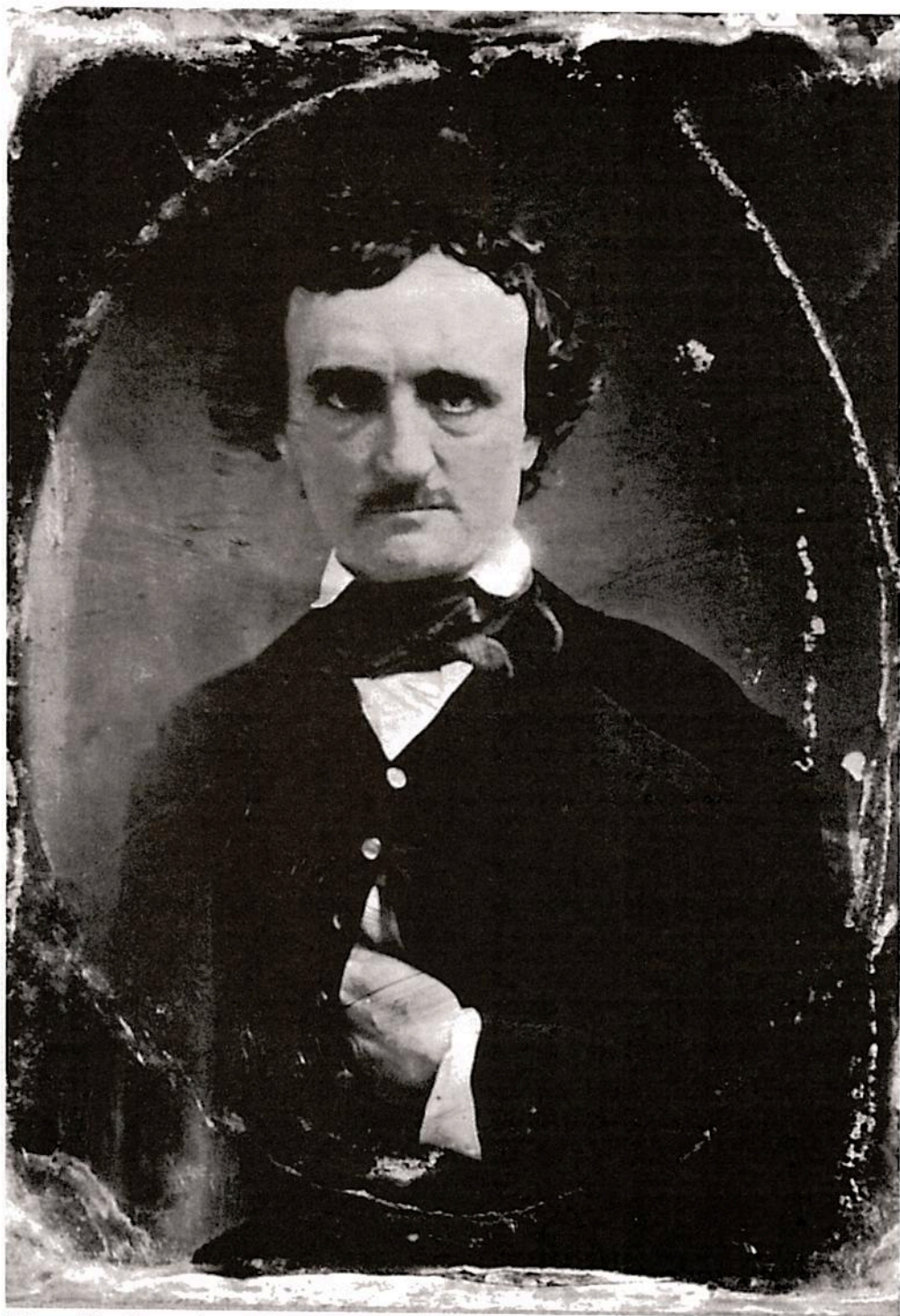
Aquí vale la pena recordar que la pléyade de detectives de la literatura actuó como respuesta a la ineptitud o represiva acción de las delegaciones de policía. Rara vez el Estado produjo buenos investigadores. Por ello, los detectives fueron de lo más variopintos. Tendremos incluso al famoso investigador creado por G. H. Chesterton, el padre Brown, cuyos relatos aparecieron reunidos en 1911 bajo el título de **El candor del Padre Brown**. Estos fueron también los inicios de la que sería llamada la **novela problema**, donde se enfrenta el enigma como un problema matemático y el crimen sólo es pretexto para el juego deductivo del investigador. Con esta línea de narración se crearon rígidos preceptos sobre el género policial. El mismo Chesterton presidió el famoso **Detection Club**, fundado en Londres en 1929, en el que un grupo de escritores debía acatar las leyes dadas por ellos mismos y escribir colectivamente algunas novelas. La primera de ellas fue publicada en 1932, bajo el título **El almirante flotante**. Con los años y cientos de **novelas problema** publicadas, esta modalidad del género policial se desgastó ampliamente. Lo que vendría luego, especialmente en Estados Unidos, sería una variante del policial conocida como novela dura —**hard boiled**— o novela negra. Pero nos detendremos aquí para saber qué pasaba con este género a finales del XIX y primeras décadas del XX en América Latina, y en especial en el Perú.

* * *

Toda la introducción anterior era imprescindible para entender el proceso de desarrollo del género policial en América Latina. Las primeras mues-

tras del cuento policial las encontramos en Argentina al final del XIX. El primero de ellos, **La huella del crimen**, de Luis Varela, fue publicado en 1878; otro cuento policial, de Paul Grousac, apareció en 1884 con el título de **El candado de oro**; y Eduardo Holmberg publicó en 1896 el cuento **La bolsa de los huesos**. Estos cuentos se consideran los antecedentes del relato policial en Argentina y Latinoamérica. Otro de ellos lo tenemos en el uruguayo Horacio Quiroga, quien en 1903 publica el cuento **El triple robo de Bellamore** y en 1904 reúne los cuentos bajo el título de **El crimen del otro**. Pero el primer detective en Latinoamérica aparecerá en Chile en manos del escritor Alberto Edwards. Este detective se llamó Román Calvo y apareció en una serie de cuentos entre 1912 y 1920, que luego fueron reunidos como **Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno**. En el caso de México, fue Antonio Helú quien difundió el género policial a través de sus cuentos aparecidos a comienzos de los años 20, publicando en 1925 su libro **Pepe Vargas al teléfono**. En el caso del género novela, Cuba se arrogaba la primera novela policial colectiva de este lado del mundo. Esta novela apareció en 1926 con el título de **Fantoches** en la revista **Social** de la ciudad de La Habana. **Fantoches** tuvo la particularidad de ser escrita por un grupo de intelectuales pertenecientes al Grupo Minorista y bajo la coordinación de Carlos Loveira (recordemos que el **Detection Club** de Londres fue fundado en 1929). Sin embargo, la atribución se vendría abajo puesto que en el Perú, entre los números 195 y 207, que corresponden a los meses de noviembre de 1911 y febrero de 1912, se publicó en la revista **Varietades**, revista dirigida por Clemente Palma, la novela colectiva **El meñique de la suegra**, con el provocador subtítulo de **Espeluznante novela policial limeña**.

Pero antes de hablar de su contenido es importante conocer el contexto de su aparición, pues este hallazgo



Edgar Allan Poe en foto de 1845. Creador de la novela policial, que se inicia con «Los asesinatos de la calle Morgue».

nos obliga a cuestionarnos sobre la inicial receptividad del relato policial en el Perú, tanto en los lectores como en los escritores, y saber por qué este texto, a pesar de haber sido publicado en una revista que dictaminaba el canon literario de comienzos de siglo, no es consignado por la crítica literaria peruana. Y para tentar algunas respuestas debemos tener en cuenta que la narrativa latinoamericana de finales del XIX y comienzos del XX seguía principalmente las propuestas estéticas del modernismo, y que a través de esta nueva sensibilidad y su forma de narrar, alejada del naturalismo chato, se introdujeron nuevos modelos de narración, como lo fue el relato policial o el relato fantástico—la influencia de Edgar Allan Poe en el modernismo es innegable—. Habría que agregar, además, que estas novedades formas se ajustaron y desarrollaron principalmente en las grandes ciudades, pues el espacio urbano les proporcionaba los elementos necesarios para articular los mecanismos de estos tipos de relato. De ahí que el género policial clásico tuviera especial y rápida acogida en Buenos Aires, primero, y después en ciudad de México, Santiago de Chile, La Habana, etc. En cambio, luego de perder la Guerra del Pacífico, el Perú se enfrentó a muchas tensiones políticas, sociales y culturales, y tardó muchos años en su reconstrucción y en tratar de alcanzar el afamado progreso de las otras naciones. Esta es una de las tantas razones por las que el modernismo demorara en asimilarse en el Perú. Por ese motivo, cuando la prosa modernista caló en los escritores peruanos, sus preocupaciones artísticas se concentraron y trataron de resolver la identidad peruana en crisis, derivando así rápidamente en la vertiente del indigenismo, en la novela de la tierra—baste con citar a Enrique López Albújar, Ciro Alegría y José María Arguedas—, saltando de esta manera incluso la narrativa vanguardista, sal-

vo notables excepciones. Alejados rápidamente de la ciudad, podemos entender que el relato policial clásico perdiera su espacio vital de desarrollo. Esto no significa que los lectores peruanos dejaran de frecuentar el relato policial. Se le continuaba leyendo preferentemente a través de las traducciones de los escritores ingleses y franceses. Lo que sí era evidente es que este modelo no se ajustaba a los cánones estéticos de la narrativa peruana de entonces. Como otros casos singulares de la literatura peruana, podemos mencionar que en 1904 Clemente Palma había publicado sus *Cuentos malévolos*, en 1911 se publicó el poemario *Simbólicas* de José María Eguren y ambos tampoco tuvieron la aceptación inmediata de la crítica.

Es en este contexto, entonces, que debemos leer y apreciar la novela *El meñique de la suegra*. Por supuesto, no se puede afirmar que esta novela cumpla estrictamente con el modelo policiaco clásico, aunque en ella podemos hallar los elementos esenciales de todo relato policial. Es decir, hay dos historias: una trata sobre el proceso de investigación y la otra sobre el crimen mismo. No obstante su defectuosa estructuración, sin duda a causa de su escritura colectiva, se puede notar que la novela se presenta como una parodia del género policial. Y es justamente este tratamiento paródico el que nos llama la atención. En una nota introductoria se nos da directrices para su lectura, diciendo que ella: «(...) se irá confeccionando, capítulo a capítulo, por un grupo guasón y anónimo de diez malos escritores, ansiosos de gloria. Se moverán en esta novela los más variados elementos de nuestra sociedad y conocidos ladrones y policías, así como los no menos conocidos Raffles y Sherlock Holmes, encargados especialmente a Europa para el objeto y sin omitir gastos». La mención a Sherlock Holmes fija la influencia de estos escritores, así como la referencia al famoso ladrón Raffles,

personaje del escritor E. W. Hornung, cuñado de Conan Doyle, quien aparece en el libro *Raffles, the amateur cracksman*, en 1899. Este ladrón se caracterizó por cometer sus fechorías disfrazado, estrategia que sería empleada en *El meñique de la suegra*.

Tal como se propone, en el texto encontraremos la satirización de las costumbres limeñas y de personajes públicos —como, entre otros, el vapuleado Antero Aspíllaga, candidato presidencial de entonces— inmersos en una sociedad saturada de convencionalismos e improvisaciones. La ironía y el carácter lúdico de la novela finalmente permiten que el crimen sea sólo un pretexto para articular a todos estos personajes. El argumento propiamente policial lo podemos resumir de la siguiente manera: vemos al joven Fabio, quien a su manera será un investigador torpe y fallido, y a su amigo Casiano, suerte de Watson vividor. Ambos salen de una fiesta con unos pocos reales en los bolsillos, pero sí muy entusiastas con la presencia de la muchacha Cleofé, proveniente de una familia respetable y cuya madre también atraía la atención, mas no por su belleza sino por el diamante que llevaba engarzado en un anillo de oro. Fabio, convertido en el pretendiente secreto de Cleofé, descubre a un inglés que también le hace la corte a su amada. El nombre de este personaje es Rafel, bien recibido por la madre de la joven y por tanto inmediato enemigo de Fabio. Sin embargo, por una casi inverosímil asociación, Fabio determina que Rafel en realidad es Raffles, el conocido malhechor de los clásicos relatos policiales y que su objetivo no es el amor de Cleofé, sino la joya que descansa en el meñique de la madre. En gran parte de la novela Fabio pretende advertir a todos de la presencia de este ladrón, pero se topa con un servicio de policía realmente disparatado, mostrando en estos capítulos algunos elementos del relato fantástico —como cuando el jefe policial toca un timbre y del piso sur-

ge un lunarejo custodio—. Él aparece con frecuencia en la estación de policía, la cual le promete la convocación directa de Sherlock Holmes, pero este investigador nunca aparecerá físicamente en el relato. El crimen no es menos cómico, pues a través de un juego de sustituciones y una final carta reveladora de parte del verdadero criminal, nos enteramos que el tal Rafel o Raffles no era ni inglés ni ladrón, sino un vividor descendiente de italianos contratado por Casiano, el inicial amigo de Fabio, quien cambió el diamante original por uno falso y fugó sin ningún inconveniente. Como vemos, no es el razonamiento lógico del investigador el que aclara el misterio, sino el propio criminal, inmune a todo castigo.

Deficiencias aparte, *El meñique de la suegra*, a través de la estrategia de la novela policial, intenta hacer una crítica social muy al estilo de la revista *Variedades* y de su director, por lo que no sería descabellado suponer que Clemente Palma fuera uno de sus autores. Pero, ante la variedad de estilos y tratamientos, también se puede percibir que no todos los escritores de *El meñique de la suegra* conocían en amplitud las estrategias del relato policial, y podemos agregar que ni siquiera del relato en general. Algunos de los capítulos tienen un corte costumbrista, otros pierden las proporciones al insertar pasajes que desvían la atención del relato —como cuando se pretende explicar el origen de la fortuna de la familia de Cleofé—. Claro que los demás serían los encargados de volver a encausar el argumento y centrarlo en el inminente robo del diamante de la mujer. Por todas estas razones habría que prestarle mayor atención a esta novela, pues hasta el momento, además de ser un particular y valioso antecedente del género policial en el Perú, la podemos considerar, mientras no se demuestre lo contrario, la primera novela policial colectiva en América Latina. ■

Última publicación

Hacer de Villa El Salvador
una Comunidad Educativa

I Congreso Distrital
de Educación
de Villa El Salvador



desco

EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DISTRIBUYE

editorial

horizonte

